SEGUNDA PARTE

ZAFARRANCHO DE COMBATE

XII

Tejidos sois de primavera, amantes:
de tierra y agua y viento y sol tejidos.
(Antonio Machado - "Rosa de fuego")

De los patios tanto tiempo abandonados de aquel dolor a los puentes del "ferry boat" a Citerea no hubo para Guy más que veinte pasos. Los dio tambaleantemente, franqueando la distancia de un mundo a otro con alcohólica inconsecuencia. Si se hubiera visto desde fuera, se habría odiado. Habría odiado también al barco, transformado en "hôtel particulier" por el afrodisíaco de aquel aire aceitoso, caliente, que removía la sangre y encendía la imaginación; el barco, sórdido e inhóspito escenario de lo que debía haber sido inolvidable despertar de los voluntarios a la embriaguez del sexo. Así lo veía Guy, como un "metteur en scène" lleno de despego crítico; pero para los excursionistas a Citerea cada rincón en sombra tenía, en cambio, toda la magia y la fascinación culpable de la primera aventura.

La costa parecía más lejana que nunca. Una brisa económica y delgada se arrastraba por las cubiertas del "Talk of the Town", compitiendo con los largos suspiros que se levantaban de rincones insospechados. En uno de ellos, que parecía limpio de ardor erótico, Guy se instaló a imaginar a qué responderían las luces encendidas en una media docena de puntos de aquel cerro de Freetown después de haberse acostado toda la población del lugar. Pero no podía pensar en nada; se sentía pobre, desamparado, terriblemente solo.

Frases de las canciones del bote vagaron por su mente: "St. Patrick was a gentleman - who came of decent people"; "Way down upon the Swanee river, far, far away"; "She loved gin, and I lov'd rum - I'll tell you what, we'd lots of fun"; "But me and my true love will never meet again - on the bonnie, bonnie banks of Loch Lomond"... Toda la nostalgia, la agresividad, el alcoholismo innato y el romanticismo de la raza - de todas las razas - flotaba en aquel repertorio sagrado y profano. ¿Cómo, en medio a la serie interminable de gritos de amor y guerra, pudo haber sido tan punzante la recreación de la muerte de su madre? Si al final de un tratamiento psicoanalítico el episodio habría podido resucitar así, tan tangible como

había recogido hacía apenas media hora.

"¡Por favor! ¿Qué importancia tiene eso?"

"Para una mujer, toda la importancia del mundo. Cómo querría que esos **nimbécilos** que tanto charlan y se ríen en nuestra mesa supieran la clase de hombre que sos cuando hacés el amor".

"Déjalos. ¿Qué importan? ¿Qué importa lo que digan los demás?"

"Tem envidio" comentó él "esa gana de hablar todo el tiempo. Mientras nos queremos ¡yo querría decir tantas cosas! Pero no puedo".

"Las decís moviéndote, tocándome, mi vida. Además, con que hable uno, basta".

Esta vez Guy tuvo que cubrirse completamente la boca y la nariz para que no se le oyera una carcajada. El diálogo no era tan cómico como todo eso, pero él ya estaba lanzado por la pendiente de la hilaridad. El amor ¡ay! es serio y poético cuando lo hace uno, para casi siempre cómico cuando lo hacen los demás.

Pero reir era una idiotez de su parte. Aquí le estaba dando la "papa hervida" un mentís a su juicio sobre la gente, o mejor dicho a su pre-juicio de aldea, tan terminante como infundado. El había pensado que con aquellas paletas protuberantes de Miss Greyfield nadie podría atreverse a tener ninguna gracia nocturna, por más secreta que fuera; que una mujer tan incapaz de sarcasmo no podría ser nunca una especie de Cleopatra platense; que una persona que abiertamente se lanza a hacer preguntas sobre cosas que no sabe (¿cómo era posible que alguien se atreviera a reconocer así su ignorancia?) no servirá nunca para hacer el amor o mantener viva la llama del amor, que es un juego de sabios disimulos y revelaciones.

Pero ahora, desde la sombra, desde la intimidad de aquel rito del que él mismo sabía tan poco, la papa hervida rectificaba su juicio, lo pulverizaba, y aparecía como una papa asada al horno con su cáscara y luego abierta e inundada de mantequilla. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!; risa hacia adentro; con aquella imagen él sólo había que

[illegible] la [illegible], la carnalidad; pero las asociaciones obscenas que traí-

"Te gozo tanto que para esperarte tengo que... obligarme a pensar en otras cosas".

"¿Qué cosas?"

"¡Uy! Mil cosas. La lista llevaría horas. Pero al cabo del camino te veo siempre enroscada a mí, como esos niños que se le tiran al pecho a uno y lo rodean con sus piernas".

"¡Ja, ja! Además de eficaz, como siempre, esta noche el señor está elocuente".

Silencio y jadeo intensificado. Cuando se empezaba a decir tonterías, era mejor dedicar la lengua a otros usos que la conversación. Amante comedido y sabio este Peter Clark.

También era completo el silencio por el lado de la columna. ¿Podría irse Guy por fin? Sentía como si fuera a darle un calambre en una pierna; después de todos sus esfuerzos por no delatarse, eso habría sido el colmo. Aguzó el oído. La canción de la gata era una serie de variaciones sobre el mismo tema de Miss Greyfield. ¡Ah, monótona humanidad!

"¿Ya? ¡Ay, no, no! Calmate un poco, descansá. Yo no estoy pronta todavía, mi amor".

El "basso profundo" de voz desconocida respondió riendo:

"No te inquietés. No te voy a dejar así a mitad de camino".

Evidentemente, la madre Natura no era siempre tan sabia como se dice por ahí. Con aquella disparidad de corrientes nerviosas - ¿continua para el hombre, alterna para la mujer? - había que hacer un permanente esfuerzo para evitar un cortocircuito erótico. El vodevil tenía su pequeña moraleja, y el amante vertical filosofó sobre ella a su manera:

"Dios hace a la mujer de una costilla del hombre. Por eso a mí la carne que más me ha gustado siempre es la de costillar, la que está pegada al hueso. La chupo y la muerdo toda, hasta que no queda una fibra".

Su compañera lanzó una risa aguda, líquida, un poco falsa.

"Qué bárbaro. Las cosas que decís".

"Pero esa costilla del hombre no funciona lo mismo que el cuerpo entero. Todo le lleva más tiempo: enamorarse, comprender las cosas, gozar. ¿Cómo querés que el amor sea eterno y el hombre y la mujer se entiendan de una vez y pa siempre?"

"Sí, ya sé. El sexo nos llega a nosotras bien adentro; a veces yo siento como si estuviera al lado del corazón; en cambio en Vds. - no sé si esto lo leí en alguna parte - es como si Dios se lo hubiera agregado a último momento con un montoncito de barro que le sobraba, tirándolo desde lejos, como hacen esos escultores de "music-hall" Y luego, tras de una pausa: "Hmm. ¡¡No!! No muerdas. No me muerdas. Escuchame un poco".

"Te escucho. Yo puedo escuchar y morder al mismo tiempo".

Otra risita aguda y falsa. Y un suspiro cauto de Guy: "Esto no se va a acabar más".

Después de reanudarse, los ayes del boto habían llegado a un punto de aérea exquisitez; ahora parecían puro Mozart. Pero el vodevil no adquiría mayor categoría por ello, y el contracanto de la gata nom variaba.

"No, viejo, ¡No, no! Esperá, dejame".

"Tás loca. Ahora, aunque nos viera todo el barco, ya no espero más, me voy. Me voy, mi negra. Este clásico se acaba aquí mismo".

La imagen hípica, probablemente, la empujó a un esfuerzo final y los bramidos de aquellas dos íes entrelazadas, con los puntos que eran las dos cabezas moviéndose como bajo una descarga eléctrica, se produjeron simultáneamente. Al final fueron como el débil grito de dos palomos heridos de un solo tiro. Pero no hubo amago de partida: sólo un silencio tan grande como el del boto.

Armándose de paciencia - su cualidad sobresaliente - el escucha a pesar suyo se cubrió la cara con las manos. Se le empezaba a pasar la borrachera; el vodevil iba a terminar.

"Oh, Pato, Pato" dijo de repente Miss Greyfield."Si supieras lo feliz que me hace poder

acercarse a él. A las once, sudoroso después de un partido de "volley ball"-¿no había en Cuba gente que, para vencer el calor, jugaba al "tennis"? - Tom Beaden miró por encima del hombro de Guy y vio que estaba escribiendo versos.

"Largaron. La Bolsa de los Muebles" dijo con una risa seca y una mirada ausente. Era parte de uno de los avisos de radio que citaba todo el tiempo. Enseguida, aprovechando la sorpresa de Guy, le arrancó la hoja de las manos. El poeta de ocasión saltó como un gamo y lo corrió por cubierta.

Uno de los soldados australianos salía con Steer en ese momento y los dos bloquearon repentinamente el paso al prófugo: otra sorpresa gracias a la cual, con un oportuno zarpazo, Guy recuperó el precioso papel y, con él, su dignidad amenazada. Hacer versos a una pasajera de un barco en 1942 - la plenitud de la guerra mundial - era un trámite que, de publicarse, lo cubriría de ridículo entre todo aquel "kindergarten" que rodeaba a Karen.

Vencida su intención de travesura, Tom Beaden sacudió dos veces la cabeza nerviosamente mientras Amescua se acercaba por el lado de proa. El soldado, delgado, frágil, con una sangre en la que latía la perpetua sentencia del paludismo, avanzó tres o cuatro pasos hacia adelante, miró sonriendo al muchacho y de pronto se puso a imitar burdamente sus dos movimientos de cabeza haciéndolos más vehementes, más de danza oriental, como si el cuello se le fuera a quebrar de un momento a otro.

Con un salto de pantera Tom se tiró sobre él para ahogarlo cogiéndole con una mano de hierro el cierre del cuello de la camisa.

"¡No!" gritó Guy. "¡No!" Un segundo después estaba entre los dos y retiraba de un empujón al dios cockney, que trastabilló pero no cayó al suelo.

"Déjalo en paz" gritó Steer a Guy.

"No. No hay razón para ponerse así".

"¡No sabes el mal que le puedes causar!"

"¿Y el que puede causar él? ¿Dónde se ha visto, ahogar a alguien por una burla?"

"Yo sé lo que hago ¡imbécil!" rugió el muchacho, terriblemente pálido, los serenos rasgos de estatua transformados e irreconocibles. Y volvió a lanzarse contra el solda

do australiano, y Guy volvió a empujarlo hacia atrás.

Esta vez el dios cockney imitó a su imitador moviendo la cabeza mucho más frenéticamente que él. Finalmente se tiró al suelo, y el terremoto muscular le invadió enseguida el pecho, el vientre, las piernas. Al sacarlo entre tres con rumbo a la enfermería - Amescua y dos de los voluntarios funcionaron con concertada rapidez antes de que Guy empezara siquiera a darse cuenta de lo que pasaba - el rostro de dios griego era una gárgola de Autun y una nube de espuma cubría los labios exangües.

"¡Perdón, perdón!" Guy no pudo reprimir el grito inútil. Inmóvil, apabullado contra una plancha metálica junto a la puerta - era la primera vez que veía a alguien tener un ataque de epilepsia - le vinieron de repente a la memoria frases sueltas: los comentarios del portero del Rex, aquella vaga manifestación de Tom: "No algo que he hecho: algo que soy" y por último el grito de Steer: "¡No sabes el mal que le puedes causar!" Ahora comprendía por qué la ignorancia de una ley no libraba de culpa a quien la violara.

Revuelto contra su ignorancia - todavía peor que su inocencia - Guy buscó con la mirada al soldado de la burla catastrófica. Nada; se había desvanecido. No podía ni siquiera increparlo para lanzar sobre él el rayo de su propia culpa. ¿Qué absolución había para él? Pensó - por pensar - que la misma violencia de la reacción de Tom podría haber precipitado ese estallido de su mal; quizá no se hubiera necesitado de las dos interrupciones de Guy para arrancarlo de las misteriosas zonas de aquel cerebro donde se agazapaba. Pero la idea no le trajo ningún alivio.

Diez minutos después, al volver Steer de la enfermería, encontró a su amigo clavado en el mismo sitio, y tan apabullado como en el primer minuto. Los ojos de Guy le preguntaron desde un ángulo de reproche: "¿Por qué no me dijo nada?", y el viejo chivo lo entendió tan bien que contestó de inmediato:

"¡Eh! La gente no aguanta que se hable de sus enfermedades. ¡No iba a gritarlo delante de él! ¿Y tú por qué no lo adivinaste? ¿De qué les sirve tanta inteligencia a los latinos?"

"Todo fue como un relámpago" murmuró Guy. "Nunca se sabe cuando se le abre la puer-

ta al diablo. Puede que con los años... Pero qué horrible, qué horrible. Pobre Tom".

"Horrible no. Lo único es que... si esto le agrava el estado mental..." dijo el esquelético Capitán, la mano en el aire.

"Y puede agravárselo ¿no? Pero de estados mentales, qué poco sabemos todos".

"Es una lástima. 19 años y semejante pedazo de muchachote".

"Y yo tuve la culpa. Por defender a esa bestia que le hizo burla".

"No seas tan tajante. Ese también está marcado, como yo. Pero yo no me tomo estas cosas a lo trágico ¡líbreme Dios! Ni siquiera el amor" agregó con un guiño. "Te apuesto a que si llevan a ese soldado a la enfermería - podría ocurrir ¿no? - lo ponen al lado de nuestro Julio César. Estaría bueno ¿eh?"

Steer rió. Su risa le vino en oleadas tan intensas y contagiosas que, pese a la desazón de Guy, pronto lo tuvo riendo casi a su diapasón. Pero el Quijote a pesar suyo se detuvo repentinamente y muy a tiempo: Amescua avanzaba hacia ellos.

"Don Alonso" dijo a Guy mirándolo en los ojos, "espero que se haya dado cuenta que después de esa "performance" el título de "bueno" le queda más que grande".

"Es un título que no me ha dado nadie" respondió Guy un poco altaneramente: "La ironía no casa con la bondad".

Ante la misteriosa alusión a la bondad y la no menos misteriosa nomenclatura, Steer levantó la línea incierta y grisácea de sus cejas.

"Ya está bien de quijotadas ¿no?" La vehemencia con que Amescua hablaba devolvió a sus eses y sus eres un énfasis ibérico que los años de Buenos Aires parecían haber limado. Pero Guy no lo advirtió. Guy sintió otra cosa en aquellas frases y lo dijo sin ambajes:

"Cambie el tono con que habla, mi amigo. Ese no me gusta".

"Lo siento, Delatour. El espectáculo no ha sido edificante: Andresillo al revés".

"¿Andresillo?"

"Sí, aquel mozuelo que su amo apaleaba en un bosque. Don Quijote detuvo los golpes: pero una vez que se marchó, arreciaron".

"¿Y qué más?" le preguntó Guy hostilmente.

"Aunque la suerte de su víctima lo deje indiferente, tengo que decirle que se ha

calmado un poco. Pero para alguien en su estado mental, estos ataques no son ninguna broma".

"¿Vd. cree que me va a ser fácil perdonarme ese error?"

"Supongo que no".

"Pero Vd. habla como si fuera un error deliberado. Yo no sabía nada de su enfermedad ¡nada!"

"Entonces su intervención ha sido de un quijotismo perfecto".

El uruguayo lo miró sin decir nada y se metió adentro dando un portazo. Luego de fruncir los labios, Steer le tocó un omóplato a Amescua con la punta de los dedos y le indicó con la cabeza el camino del bar.

* * *

Tres cuartos de hora estuvo Guy echado en su litera. Felizmente nadie vino a interrumpir su somnolienta vigilia, y al bajar al comedor había recuperado el dominio de sí. Llegó cuando ya estaban sentados todos los demás. Por segunda o tercera vez observó que la silla del arquitecto argentino estaba vacía, y además le pareció no haber visto a Mildred desde hacía semanas. Con un traje de seda cruda y unos pendientes que acentuaban el verde de sus ojos, su nueva amiga, acicalada, perfumada, vital, era una potencia a la que Guy, ahora que la conocía mejor, se habría entregado gustoso en administración fiduciaria.

"¿Se siente bien?" le preguntó ella.

"Sí, ¿por qué?"

"No sé. No le veo la cara muy encajada".

El le relató el episodio de Tom. "Hasta anoche este barco era la paz y el olvido" agregó. "Pero es como si un torpedo hubiera venido a pulverizar la paz y otro hubiera abierto un vía de agua hacia el recuerdo".

"Espero que sean los únicos que nos toquen; torpedos de figura retórica. ¡Uy! No veo el momento de que el convoy salga de aquí".

Comieron en silencio, un silencio turbado por el murmullo de algún diálogo ocasio-

nal y un ruido de papeles que, discretamente plegados, distribuyó Pierre en cierto momento entre sus amigos de la mesa. No hubo quien no los leyera con una sonrisa complacida y, terminada la lectura, no mirara al aviador e inclinara la cabeza en un gesto de asentimiento. Los pliegos, escritos a máquina, decían: "El primer mes de vida de Jean-Loup de Grut se festejará el martes 25 en la cabina del Contraalmirante F. Platon-Cadbury, que gentilmente la ha cedido para una "borrachera party" digna de tal motivo. Traiga preparado su número de "varieté" y algunas pastillas de pepto-bismol. La cosa comenzará a las 19 horas y seguirá hasta que Dios disponga lo contrario".

Guy fue el unico en reir al inclinar la cabeza. Servida y consumida la "entrada", el decidió hacer la suya, subrepticia, en el coto amoroso de Miss Greyfield, y al propio tiempo que hablaba a Pierre, se dirigió en voz alta a toda la mesa.

"Apropósito de orgías, viejo. Ayer oí a una pareja haciéndose el amor dentro de un bote. ¡Qué escenita!"

"¡Bah! Yo oí a cuatro, una tras otra, desde el principio hasta el fin" dijo, entre la risa general, Platon-Cadbury.

"Si los que se jactan de su temperamento o de su potencia amorosa supieran que en el 90 % de los casos eso es cuestión de clima..." dijo Mildred con una de sus sonrisas radiantes, sin dirigirse a nadie en particular. Guy pudo percibir el relámpago de burla que iluminó los ojos de la inglesa dientuda al oir a su compañera de mesa; pero fue el único en percibirlo. "Lo siento, pero Vd. no puede haber oído lo que yo" replicó enseguida al contraalmirante."La que hablaba era una criatura celestial. Celestial, sí; una mujer a quien el amor de este mundo le despierta acentos dignos de una Santa Teresa. ¡Y qué voz! ¡Qué voz! No se parece a ninguna de las voces de mujer que he escuchado antes. A ninguna. Absolutamente".

"Caray" masculló Platon-Cadbury.

"Es increíble ¿sabe? Una mujer con esa voz debería dar lecciones de canto a las sirenas".

"¿No estaría soñando Vd.?" le [illegible] Peter Clark

"Aquí los botes ya no bastan para el amor: ¡qué será para un naufragio!" observó, siniestra y picarescamente al mismo tiempo, Platon-Cadbury. Hubo varios ceños fruncidos ante el mal gusto de su frase. La pólvora que Guy pretendía encender parecía haberse mojado, pero Pierre, que quizá adivinaba su juego, le dijo:

"Viejo, qué poco galante de tu parte hablar de voces celestiales. Afina el oído y oye las dos voces de mujer que tenemos en esta mesa. Son bien terrestres, pero no por eso menos maravillosas ¿no?"

"Pero la galantería me impide precisamente pensar en estas dos voces cuando recuerdo aquélla. Porque no sólo es cuestión de timbre: está también lo que decía. Dánae visitada por la lluvia de oro, Leda por el cisne, Safo de Lesbos discreteando con Periandro de Corinto, eran nada comparadas con mi ninfa. Aquí en el barco - ¡qué digo barco, aquí en el mundo! - no hay una mujer así. Por la voz, y por los sentimientos, tenía... no sé, algo de eterno y de primigenio al mismo tiempo. Que me perdonen Mildred y Miss Greyfield, pero Vds. no saben lo que era aquella mujer".

"Se me hace la boca agua" dijo en tono de burla el contraalmirante.

"Lo peor es que, en cierto momento, la diosa - para aumentar el misterio - habló de mí".

La afirmación de Guy tuvo dos respuestas inmediatas. Por un lado hubo una risita nerviosa que Peter Clark soltó mientras Miss Greyfield seguía enseñando sus dientes en una seudosonrisa inmutable; por el otro, una frase terminante de Pierre:

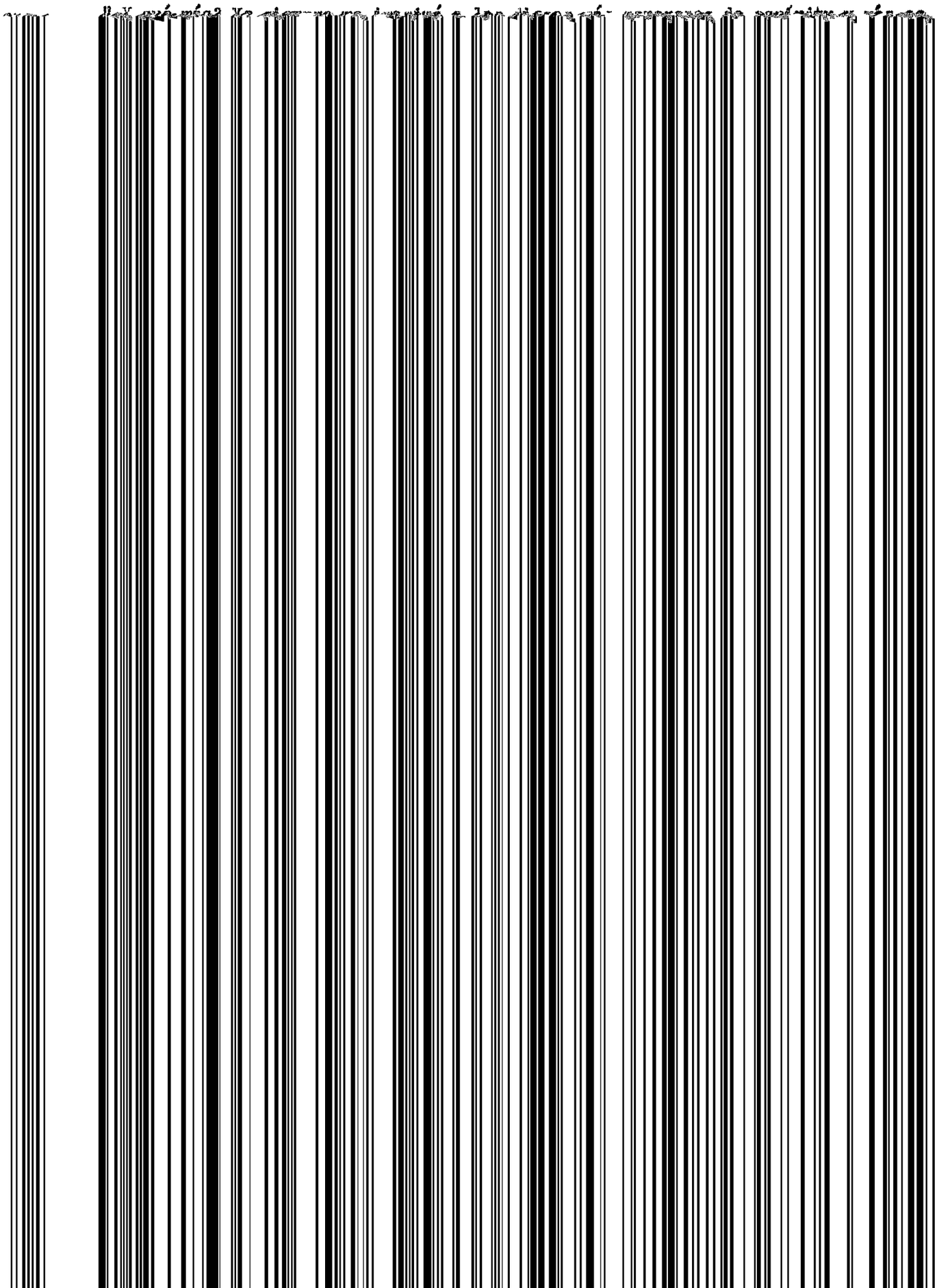
"Nos estás tomando el pelo ¡bah! Eso fue un sueño que tuviste".

"Ojalá. Porque cuando estornudé... (otra risita aguda de Peter Clark, y esta vez Miss Greyfield miró con odio a su campeón de resistencia nerviosa) "cuando estornudé Leda enmudeció de repente y su cisne se metió el pico entre las plumas" (la risa del contramaestre se había hecho completamente histórica).

"Tiene razón, de Grut; nos está tomando el pelo" le dijo Mildred. "Y si no, repita lo que esa voz dijo de Vd."

"¡Ah! Tristes verdades. Tristes, tristes verdades" (en este momento Guy clavó los ojos en Miss Greyfield, cuya seudosonrisa seguía tan inmutable como en un principio).

Que soy un "baba fría" (el rojo que encendió la cara de ella, pero que la abandonó casi de inmediato, fue como el oro del sol sobre la piel de una bailista entre los guiños de dos largas nubes que pasan). "Me supuso intelectual, y como tal reseco; a lo peor tiene razón, pero reseco y todo ¡cómo sabría despertar teniendo una maestra como ella! Una diosa, sin duda, pero desde luego, no una santa. Tanto peor para mí" (aquí, ya convencido de que su risita se quedaría sola mendigando ecos, Peter Clark hizo un esfuerzo desesperado por controlarla).



Pero esto se refiere a mí, y parece ominoso. Por eso, además de sentirlo, quiero entenderlo. ¿Me ayuda un poco, por favor?"

"¿Qué es lo que no entiende, Karen?"

ajena es ajena antes que tortura. Si le aplican la picana eléctrica a algún hijo suyo, ¡eh! entonces la cosa cambia".

"Qué duro es Vd."

"Tengo que serlo con ese 999 por mil para poder valorar a una chica como Vd. Entiéndame bien, esto no es desprecio por los otros; nacen así como quien nace sin dos brazos o dos piernas ¡qué le vamos a hacer! Pero lo peor es que forman los inmensos pueblos que votan, que mandan, y que al mismo tiempo tiemblan de miedo. Por ser tan sorda, tan ciega esa mayoría es que se está luchando esta guerra tan espantosa".

"Pero ahora todo cambiará. Por fuerza. Y para terminar. Cuando las cosas nos obligan a pensar en la muerte, nos sentimos más vivos ¿no? Eso es el efecto que me causa Vd.; el de una criatura que marcara el pulso de la vida a los demás".

"Elogio oblicuo" dijo ella con una sonrisa pálida, "pero elogio al fin. Gracias, Guy. El soneto no gusta, pero el sentimiento poético me gusta todavía más".

Una lágrima le mojó el "sweater" como si fuera una gorda dota de sudor. El sol escupía fuego a dos centímetros de ellos, protegidos del incendio por una estrecha faja de sombra.

"He tratado de retratar mis intuiciones, mi sentir" murmuró Guy. "Lamento que, personalmente, el momento no me fuera más propicio".

"Tanto mejor. Así este soneto sin caramelo, este soneto en que el elogio no saca la lengua y en que no puedo reconocerme, no quedará siempre en la memoria. Gracias otra vez". Karen aplicó la palma ardiente de su mano derecha contra la fría mejilla de él y, acercándose, le dio un beso largo, tierno, en la otra mejilla. "En mis sueños no habrá ya solamente muchachitos flacos con cara de niño y pecho un poco hundido; gracias a Vd. quizá empiece a haber un lugar para los hombres".

El, sonriendo, la besó rozando con su boca la comisura izquierda de los labios de ella; otro beso tierno inmediatamente después del cual se separaron sin decir palabra.

* * *

Durante la cena Miss Greyfield, por cuya imaginación pasó y repasó toda la tarde la charla del mediodía con imágenes que iban cargando sistemáticamente las pilas de su rabia, volvió a la ofensiva en su función de "broadcaster" de rumores. Era la única venganza prudente que le estaba permitida, y la comenzó con cuentagotas.

"¿No saben la noticia? Salimos mañana" dijo con una sonrisa que se quería inofensiva.

"¡Ah, qué suerte, qué suerte! Será un verdadero alivio" exclamó Mildred. Y Cortés: "¡Salir de este calor, de este bochorno! ¡Poder volver a respirar!"

"Respirar... Hmm. Siempre que los acontecimientos no nos corten el resuello..." le contestó Miss Greyfield, aflojando la dureza de su sonrisa hasta hacerla casi veroní-

mil.

"¿Qué acontecimientos? ¿Vd. también ha oído lo de la escuadra japonesa?" Platon-Cadbury se dio el lujo de sorprenderla exhibiendo una carta que evidentemente ella no había traído escondida en la manga; logrado su efecto, la miró de arriba a abajo con esa ironía condescendiente que le tenía reservada como una distinción especial.

"¿Escuadra japonesa? ¡No me jorobe! ¿Aquí en el Atlántico?" gritó Cortés tan abruptamente que la media croqueta de pollo que acababa de meterse en la boca amenazó marchársele por la faringe. Pierre soltó la risa. Luego, torciendo la boca en un mohín de desdén, dijo: "¡Qué manera de inventar! ¡Ah, la gente! ¡Cómo se conoce que, anclada aquí, la tripulación del barco tiene poco que hacer!"

"Todo lo contrario de lo que le pasa a la escuadra japonesa. Con todo el quehacer que tiene en el Pacífico, no podría distraer ni siquiera cuatro piraguas para ayudar a Hitler por aquí". Platon-Cadbury habló con voz clara y firme; luego, encogiéndose de hombros, gruñó: "Pero la gente habla y no piensa. En los últimos días he oído ese anuncio de siete fuentes distintas".

"Yo he oído una cosa que me parece más lógica. Pero no me atrevo a repetirla. Si el contralmirante fuera un juez un poco menos temible..." dijo Miss Greyfield enarcando las cejas, más parecida que nunca a una ardilla de Walt Disney.

"Su temor me halaga muchísimo" le contestó él ahogándose casi en un simulacro de risa. "Pero como de todos modos Vd. va a acabar por decirnos lo que ha oído ¿puedo permitirme invitarla a que largue el rollo cuantos antes?"

Dos manchas rojas - ¿indignación, solidaridad de alcoba? - se asomaron de golpe a las mejillas de Peter Clark; pero obligado como caballero a tragarse las ofensas o comates de ofensa que se hicieran a su amiga, el contramaestre tuvo que limitarse a la catálisis del rubor, a pasear una mirada desentendida por la mesa y a apurar su vaso con cara de sordo.

"Vd. es un verdadero diablo, contralmirante" murmuró ella volviendo a la sonrisa dura que se había puesto como una máscara al bajar al comedor. "Pero a mí nadie me obligará a hablar cuando no quiero. Y creo que en este caso será mejor no hablar. No todos

en este maldito barco sin oir - sabe Dios de qué rincones salen - las inmundicias más grandes, cosas que una supone que solamente se escucharán en los burdeles. ¡No me dirá Vd. que no sabe lo que pasa aquí! ¿De qué es Vd. responsable, en qué?"

Guy había reanudado la marcha. Casi al término del largo pasillo, cuando estaba por llegar a la puerta, se oyó la voz serena de Mildred:

"No de la vida privada de ellos; ¿o cree Vd. que mi función es la de pasarme la noche recorriendo los camarotes de todos con una linterna? Este no es un colegio: es un grupo de voluntarios que va al Ejército, a la Marina, a la Real Fuerza Aérea. Si se los considera bastante mayores para morir luchando, supongo que también lo serán para hacer el amor. ¿O le parece a Vd. bien que mueran sin haber tenido esa experiencia?"

Guy volvió sobre sus pasos, emprendiendo el camino de regreso a su camarote. Pero las voces, alteradas, seguían temblando en el aire y era difícil renunciar a saber en qué terminaba la escena.

"¡La muerte! ¡Bonito pretexto! Una mujer que piensa así es tan desvergonzada como ellos".

"¡No lo permito! ¡Ni a Vd. ni a ninguna otra vieja "refoulée" como Vd.!"

"¿Qué quiere decir eso? "¿Refoulée?" Cuando se insulta, hay que tener la valentía de decir cosas que se puedan comprender".

Guy, que había echado a andar - del lado de su camarote estaba la otra salida - se detuvo otra vez. Recordó la perplejidad de Karen al oir la palabra "caudato" y también uno de los lugares comunes de su amigo Michael Brady: "El mundo de habla inglesa se las maneja con 500 palabras. No conoce las suyas propias ¡y va a saber las extranjeras!" Iba a reir: pero era demasiado reir en veinticuatro horas con poco motivo; su única disculpa para hacerlo era el desasosiego que había vuelto a apoderarse de él al entrar otra vez, después de su descanso de los primeros días, en la difícil feria de la vida, con sus tratos y chalanees oscuros.

Mientras tanto, Mildred, que había recuperado la calma, contestó con la voz serena de antes:

"Refoulée" quiere decir reprimida. No se ofusque así; yo también lo soy; pero gra-

cias a Dios, no una reprimida mezquina. Si a Vd. le repugna la idea del amor físico, a mí me repugna todavía más. Una sola experiencia: yo he tenido una sola experiencia; pero tan criminal y horrenda que me ha marcado para siempre". Por el pecho de Guy pasó una nube cálida de inquietud. "Pero mi repulsión no me da derecho a ahogar el instinto de los otros. Su vida es de ellos; cada cual debe buscar la filosofía - o la conducta - que les acomode ¿no?"

"No, porque se trata de menores" chilló la otra mujer.

"¡No diga tonterías! Los menores no son una raza aparte. El hombre empieza a buscar sus razones desde la niñez. Todos estamos solos en esa búsqueda; o si no estamos queremos estarlo. Además, yo no tengo por qué dar explicaciones, ni a Vd. ni a nadie".

"Se las dará a su comandante cuando llegue a Inglaterra. Allí tendrá que explicar cuál era su responsabilidad".

Mildred, como toda persona sincera, cayó enseguida en la trampa.

"¿Mi responsabilidad? Cuidar de que los chicos guarden la compostura necesaria en público; no permitirles que molesten a los demás; hacer que se respeten entre ellos, que mantengan un orden. Una responsabilidad que acaba a las once; el resto de la noche es de ellos y de su conciencia. Si no voy de camarote en camarote - porque sería ofensivo y ridículo - menos [illegible] espero encontrarme hurgando por todos los rincones del barco a ver dónde se esconden y qué hacen hasta la madrugada. No soy su padre, ni su maestra, ni su tutora, ni su superior jerárquico. Ni tampoco tengo la curiosidad malsana que parece tener Vd."

"¿Porque salgo a tomar el aire? En la enfermería casi no se puede respirar. Acabamos el día tan reventadas que no es posible dormirse enseguida. Encima de eso, tener que escuchar las inmundicias de esos muchachitos..."

"Entonces ¿por qué no interviene Vd.? ¿Por qué no les habla? Sería muy interesante explicarles por qué razones, a pocas horas de la partida y posiblemente de la muerte, insultan a la sociedad y a la civilización buscando refugio unos en brazos de otros".

Era la misma Mildred apasionada y elocuente que Guy había escuchado ya. El habría deseado gritar el "bravo" que pasó por el centro de su mente como un fogonazo. Pero

quien lanzó el grito fue la enfermera:

"¡Todo eso es literatura! ¡Literatura!" El asco tatuado en su labio superior le vino de perlas en ese momento. "No es por miedo que lo hacen: ¡es por vicio! ¡Vd. habla como si no supiera que una ley universal condena el amor entre menores!"

Guy siguió hacia su camarote. Lo último que oyó fue una réplica algo más descompuesta de Mildred, probablemente la frase final de aquel diálogo:

"Otra ley universal condena el asesinato, y aquí estamos metidos de patas en él;un asesinato monstruoso, multimillonario; ¡pero Vd., como si no pasara nada, se preocupa por cuestiones de decoro sexual!"

* * *

Así, en aquella víspera de partida, dos mujeres - Karen y Mildred - le quitaron a Guy con sus reacciones la sensación amarga de que, aun lanzado a otros mundos y entre otras gentes con más raíces y más solera que los montevideanos, la historia sería la misma y él seguiría divorciado de cualquier medio al que se lanzara. Un "dépaysé" en todas las tierras; superior a los demás algunos ratos, cuando los demás caían en actitudes particularmente estúpidas u obscenas; pero inferior la mayor parte del tiempo, porque ellos - así lo veía Guy en la obstinada inocencia de su corazón - pasaban por la vida con naturalidad, lo cual quería decir que estaban centrados, que entendían la técnica de la convivencia. ¡No ser así, común y corriente en el comercio amistoso o social de todos los días; no ser común y corriente en la superficie, como estos voluntarios de tercera a cuyo encuentro iba ahora con Pierre, mientras el yo ardiente, ávido de grandeza, de verdad y lealtad humanas, ávido de reconocimiento, de inspiración, de amplios horizontes, de paisaje - pero crítico y censor innato de todo cuanto veía- esperaba el éxito para mostrarse con todos sus colores! (El éxito era un salvoconducto que no sólo permitía sino que exigía al hombre mostrarse tal cual era por dentro). ¡No ser así, como aquel montón de hombres que todavía confundían vida con existencia! ¡Qué no habría dado Guy por lograrlo! No al precio de sus propios sentires, de sus percepciones, de su personalidad; todo eso debía subsistir, pero no podía brindárselo

todo el tiempo a los demás. ¿Para qué? Cuando no lo recibían con resentimiento, lo reservaban ese desprecio que explota en puyas aparentemente afectuosas; el peor, el más encanallado.

Lo que nadie le había dicho a Guy - y si lo había dicho desde las páginas de un libro, estaba olvidado - es que el éxito viene cuando el yo apasionado se ha volcado plenamente en lo que uno hace y ha sido pisoteado y vilipendiado por los demás; que viene como un premio a la propia obstinación, a la rabia de ser y seguir siendo, mientras la jauría empieza a cansarse de tanto ladrar. A él le quedaba el sueño del éxito, y no estaba dispuesto a soltarlo. Una lucha mayor todavía que la que venía sosteniendo con el mundo desde su infancia era cosa que no le cabía en la cabeza. Europa era la verdadera civilización, la verdadera cultura; si uno tenía algo que decir, no tardaría mucho en ser reconocido en cuanto saliera de ese "quiero y no puedo" cultural llamado Montevideo.

Pero aun escuchando las sirenas del Támesis - las viejas, las que habían cantado en el Londinium desaparecido, no las que servían en estos tiempos para anunciar el comienzo o el fin de un bombardeo-; aun tranquilizado, era imposible no "verle el plumero" a Guy Delatour, como le había dicho cordialmente Amescua una vez; en la ironía de sus frases, en la alegría desmesurada que muchas veces creaba en torno suyo, y hasta en su tartamudez, el tumulto de sensaciones e ideas que bullían en él salía sin control, atropelladamente, no de la manera acompasada, noble y profunda que él habría querido.

La gente humilde como estos voluntarios de tercera lo aceptaba mejor que la burguesía encerrada en su cómodo convencionalismo; lo aceptaba con su empaque, su imaginación y su ironía, con todo aquel fuego que aparecía como helado a ojos del interlocutor poco perspicaz. Y lo aceptaba porque con eso no les robaba nada a ellos, ni les hacía sombra. Era un bicho raro, una especie de cóndor ciego que bajaba al llano pretendiendo ser confundido con un palomo.

Con esta convicción, el casto Quijote estaba esta noche, como tantas otras veces, metido con buen ánimo en el fondo de los villanos, los cabreros y las mozas del partido, fondo más sencillo y en apariencia más directo que los demás. Pero sólo en apariencia. Las risotadas del camaroto con olor a sudor y a grasa de cocina donde viajaban los vo-

luntarios belgas y polacos habían sonado, al entrar él con Pierre, una pequeña campana de alarma que lo hizo ponerse en guardia.

Algo se estaba removiendo dentro de su espíritu al llegar el vigésimoquinto día de encierro en aquella cárcel. Paradójicamente, siempre que se veía entre gentes más o menos vulgares su sentimiento de inferioridad frente a ellos era tan vivo que podría registrarlo un termómetro. Esta vez no; esta vez bastó para atajar su reacción inexplicable el aire de importancia que se daba Adolfo Cortés, dominando el ambiente mate en mano. Cortés no era un hombre vulgar. Pertenecía a esa clase media que repta en busca de un quicio pero que en su lucha por una posición se encuentra desasistida casi siempre de sueños o ideales. Cortés los tenía; creía en la religión comunista; en cierta forma estaba salvado. Pero si se le hubiera dicho que la "posición" a que aspiraba era, en resumidas cuentas, mundana; vale decir, si se lo hubiera acusado de esnobismo, ¡qué "shock"! ¡Esnob, un hombre que se preocupaba así por la suerte de la masa!

Los mejores ejemplares de su grupo - profesionales educados en Buenos Aires - eran casi todos como él. Había una incongruencia marcada de vida e ideas en todos ellos; la vida era burguesa y las ideas antiburguesas; pero la intención era buena, como dijo Amescua con sonriente ironía, y todos ellos estimables como personas. Eso no les daba ningún derecho a ser tan solemnemente estúpidos como Cortés, y afortunadamente pocos lo eran. No hay ideología en el mundo que haga plausible la estupidez de un hombre bien intencionado, sobre todo en un medio donde cada cual, por la sola proeza de haber nacido latino, se cree obligado a ser inteligente y a producirse como tal.

Pero como no era cuestión de esperar individuos que por su genialidad escaparan a los dictados de su época y de su medio, ¡cuánto mejor se podía estar entre las gentes de clase un poco menos que media, como los que llenaban aquel camarote; todos aquellos hijos de inmigrantes que recién empezaban a levantar cabeza y que todavía no habían tenido tiempo de sustituir en su corazón la gratitud por el resentimiento!

Se podía estar mucho mejor, sí; pero en el caso de Guy no se estaba. No totalmente. Ser "distinto" le parecía tan terrible como dejar de ser espontáneo, y no podía dejar de ser ni una cosa ni la otra, porque en el complejo de su carácter las dos cosas se confundían. ¿Qué podía hacer él? A partir del microcosmos de la escuela, en todas las tie

rras, todos los ambientes y todos los idiomas, "distinto" había sido siempre el más injurioso de los epítetos; si alguien lo sabía bien era él.

Ser distinto a ojos de los demás, naturalmente; ahí estaba el crimen; sentirse verdaderamente distinto a ojos de uno mismo era otra cosa; el comienzo de la ambición creadora, quizá de la excelencia. Pero para sentirse distinto en esa forma un rioplatense - ser desarraigado por excelencia - necesitaba apoyos, ecos; y con nostalgia irónica Guy pensaba a veces en el lago de tregua y de confianza que sus abuelos parecían haber atravesado en el fin de siglo. Quizá en el mundo revuelto de ahora fuera posible sentirse distinto, constructivamente distinto, acompañando la cabalgata del pueblo norteamericano, que aun en su frenesí de avanzar parecía respetar tanto la "personalidad " de un hombre como sus antecesores británicos respetaban el derecho de éste a ser excéntrico. Pero el frenesí yanqui inspiraba a Guy una desconfianza corril.

Sentirse distinto requería entonces cierta seguridad de espíritu, cierto cuajo de ambiente. Con el régimen "socialista" que tanto admiraba Cortés sin analizarlo - otra alternativa - la seguridad venía de fuera; el Estado la servía en bandeja a cada ciudadano junto con una mordaza. Pero esa no era, desde luego, la clase de seguridad que Guy buscaba; su seguridad sólo podía conquistarla frente al mundo y dentro de él mismo ¿en su mente, en su espíritu, en su corazón? La batalla habría que ganarla en los tres centros; los tres constituyen el hombre, <u>son</u> el hombre, y lo que había que hacer era liberarse de todos esos yugos que comprometen, envuelven, amordazan a uno u otro de ellos. Y si llegaba un día a estar verdaderamente libre ¿sabría vivir con su libertad?

"Che, Nono" estaba diciendo Cortés al entrar los visitantes, después de dar una última chupada a la bombilla del mate; "¿no le vas a cambiar la yerba? Empieza a tener gusto a lavativa ¿sabés?"

"Por ahora basta de mate" dijo Pierre. "Aquí traigo algo que sé que les gusta más que el "whisky" dijo, poniendo en manos del jefe del grupo - el belga quejumbroso con cadencias talmúdicas y aires de burdel - dos botellas envueltas en papel de seda.

El árabe sin oreja, que iba a unirse al grupo judío dentro de las Fuerzas Polacas Libres, desnudó una de ellas con rapidez de prestidigitador. Una exclamación unísona: "Guindado" sonó como si el coro hubiera gritado "¡Victoria!" No era "cherry-brandy"; era

guindado del malo, del que les gustaba a ellos, del que en el Plata había prestigiado tanto velorio y tanta confabulación masculina desde los tiempos de las pulperías y los malones.

Una vez más Pierre, como un caballo amaestrado de Hollywood, le "robaba la película" a Cortés; Guy se preguntó de dónde sacaría el misterioso aviador todas aquellas cosas que producía con tanta naturalidad y sin darles importancia.

"Chas grracie" dijo Daniel el belga. "Esta son la cos que le alegrran el cogrrazón a un cgrriollo de vegrrndá" dijo, riéndose él mismo de lo absurda que sonaba la frase en sus labios.

Mientras el Mono bajaba un tablero plegable y traía a él vasos y un sacacorchos, Cortés hizo un movimiento por recuperar la capitanía de la reunión, que tan fácilmente le habían sacado de las manos.

"¿Y vos, Mono, ¿qué vas a hacer después de la guerra?" preguntó para recordar a los recién llegados en qué términos estaba con los ocupantes del camarote.

"¿Yo? Volverme a Buenos Aires. ¿Dónde v'ia estar mejor?"

"Pero si peleás con los polacos, tendrás que ir a la tierra de tu viejo ¿no?"

"Sí... si nos dejan entrar a Polonia".

"¿Cómo si los dejan?" terció Pierre.

"Y... sí. Yo soy hijo de polaco, pero en primer lugar, argentino, y en segundo, judío. Por eso digo si nos dejan. A los voluntarios, claro".

"¿Y para qué se pelea esta guerra si no es para dejar que los judíos sean, respiren, vuelvan adonde les correspondo estar?" exclamó Guy con vehemencia.

"¿Ah, sí? ¿De qué nido se acaba de caer, compañero?" le dijo Cortés mostrando los incisivos superiores en una risa zumbona. "Esta guerra la luchan los aliados para librarse del obstáculo que Hitler representa para el desarrollo del capitalismo (este disparate pasó sin comentario alguno de los circunstantes); y los rusos, extraños compañeros de cama de los occidentales - ¡qué le vamos a hacer, así lo quieren las circunstancias! - luchan para acabar con el azote del fascismo. Pero en los judíos no piensa nadie. Los judíos se las tendrán que arreglar solos".

"Como lo han hecho siempre" siguió el Mono. "No todos modos, yo no quiero entrar en Polonia. ¡Pa qué! Yo me metí en esto porque si no mi viejo se volvía loco. Pero ¡de adónde to van a hacer en Varsovia unas "pizzas" con mozzarella que tomo yo en Corrientes y Uruguay! ¡Nunca! Como Buenos Aires ¡nada!"

"Callate. No me hagás acordar de Buenos Aires que me tiro al río" dijo el árabe.

"Al océano; estamos en un océano" lo corrigió el Mono.

"¡Eh! ¡qué mozagrrelle ni mozagrrelle! Pasagrrá mucho tiemp en Europ ante de que haya bastant que comegrrr pagrra todo el mund" dijo, con su mejor aire apocalíptico, el ano del ostarro.

El instructor, el que gritaba "lêva, lêva" por las mañanas y que ya había abierto dos veces la boca sin atreverse a hablar, lo hizo por fin con una voz ahogada, como si reservara los esplendores de su laringe para las sesiones de entrenamiento militar:

"Mono, ¿por qué no decís la verdad? La verdad es que Jerzy te tiene envenenado". Y dirigiéndose a los demás: "Jerzy es un compañero que fue a Inglaterra antes que él. Pero ha vuelto y le ha calentado la cabeza con toda clase de historias: que en Escocia los oficiales polacos odian a los voluntarios judíos y los persiguen; que allí el oficial que no es conde es príncipe, y que para pasarla mejor se han hecho bígamos casándose con escocesas de esas que tienen castillo con fantasma. Pero son bígamos en Inglaterra: en Polonia sólo vale el casamiento católico, dice el tipo, y a ellos, mientras lo pasen bien ¿qué les importa? ¿No es eso lo que dice Jerzy, eh?"

"Sí, y tiene que ser verdad. ¿Quién va a perder el tiempo inventando cosas así?" protestó el Mono. "Tiene que ser verdad".

"Un cuadro clarito como una gota de agua" siguió el instructor. "El Jerzy ese no es nuevo; el tipo sabe muy bien lo que inventa. Los oficiales de carrera son grandes señores; como señorones terratenientes y militares, son católicos; como católicos, antisemitas. Los villanos perfectos ¿no? Y para completar, bígamos, vale decir, criminales de derecho común, aunque las leyes de su país los absuelvan". Era un poco absurdo ver salir frases tan coherentes de aquella boca diagonal y aquella frente de dos dedos de ancho. "Pero lo que yo digo es que un oficial de carrera siempre es un oficial; que tie-

no una disciplina y una moral, sobre todo cuando lucha por la libertad de su patria. Yo sé de qué hablo, y por eso digo que el Jerry ese miembo. El único hecho positivo de todas sus historias es que lo han dado de baja".

Pero el Mono, según sus propias palabras, no "agachaba el cogote" tan fácilmente:

"No. No hizo dar él de baja, que es distinto. Mejor hacerse dar de baja que desertar".

El instructor tampoco aflojaba: "Ya vamos a ver dentro de poco quién tiene razón".

"Veremos, dijo un ciego" exclamó el árabe que, como los demás, estaba ya en su tercer guindado.

Guy, orgulloso de haber podido pasar todo ese tiempo sin abrir la boca, se limitó a contestarle sonriendo:

"Lo va a ver, pierda cuidado. En este viaje no va a pasar nada".

"Si no a nosotgrr, a alguién le va a pasagrr algue" suspiró Daniel."Dicen que son dése los submagrrin que t'espegrran de aquí a Gibgrraltar".

"¡Ah!" pensó Guy. "Esas serán las nuevas que no quiso soltar Miss Greyfield. Mañana, antes de que abra la boca, le ague la fiesta". Y comentó en voz alta: "Si no es una de tantas bolas que corren por ahí, lindo concierto de cargas de profundidad van a escuchar los peces dentro del océano".

"Puede segrr que las carrgue espeloten y que te dejen nockaut a los pes's, pegrro esos alemáin que pagrón tan idiot como un grropegrro con lún, son más viv que un "pickpocktt" dé's que te piant los calsotins sans desatagrrt los sapát" contestó - repitiendo sin saberlo un chiste de las revistas del Maipo - el sombrío augur. "Pegrr lo mism aquí todos sabemn que los submagrrín se te peggan al vientgrr del bagrrque y que nadie se da cuent qu'están ahí hasta que llegue la hegrr del atéc" concluyó el cenizo, encogiéndose de hombros y apurando su vaso de guindado. Pierre, luego de explotar en una risa franca, simuló llamarlo al orden:

"Daniel, viejo. A mí no me diga que los alemanes son listos y después se beba un guindado a su salud, porque rompemos la amistades".

"Le concéd que no se van a quedagrr con el múnd; mais... cuando se tegrrmin todo est

quilado no lo van a dejagrr tan mal, que las consecuons segrrán las nism"s".

"Entonces habrá que agradecerle a Hitler su ayuda a la buena causa" dijo Cortés, con la sentenciosa ponderación de un "padre de la patria". "A esta sociedad podrida hay que hacerla reventar primero para después formar una nueva".

De las cocinas vino de pronto un vaho repugnante de sebo de rifionada usado más de una vez para algún consistrajo. Era precisamente el olor que uno esperaba que despidiera una sociedad podrida. Guy miró a Pierre, el hedonista, el catador, el esteta del sexo: la mirada serena y la sonrisa distendida, el otro visitante parecía estar absorbiendo por la nariz esa turbadora mezcla de perfumes femeninos que sólo podría sentirse en una recepción en St. Philippe du Roule.

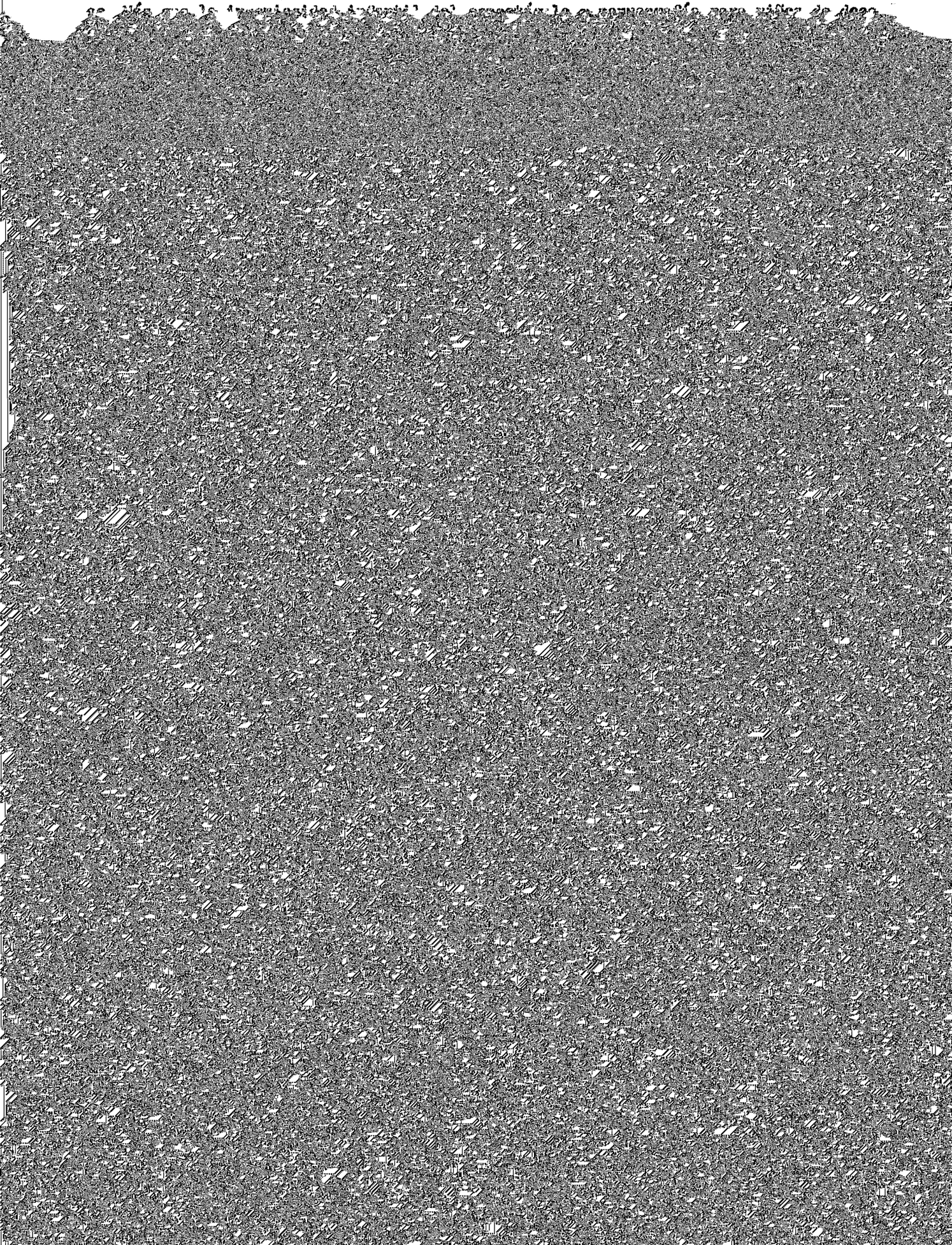
"¡Qué ilusión la suya, Cortés!" le contestó Guy, devolviéndole la admonición con una falta de dominio de sí mismo que era todo un comentario rencoroso al dominio que tenía el aviador. ¿Aprendería a callar a tiempo alguna vez? Discutir con un compañero de viaje tan dormático como el arquitecto era lo último que habría querido hacer en ese momento; en ese momento o en cualquier otro. Pero siguió compulsivamente: "¡qué ilusión! Cuando una sociedad podrida - y no le niego que ésta lo sea - revienta, lo que hace es quedarse más podrida todavía, como hemos visto ya después de la primera guerra mundial. Naturalmente - y ahí está la paradoja - sigue así si le dejan el uso de la libertad, o de ciertas libertades; de otro modo le queda la carne sana, pero sin sangre que circule detrás de ella".

"¿Pero por qué quedó podrido el cuerpo social después de la otra guerra? Porque el capitalismo se rehizo más pronto que ligero". Cortés, con su artillería de frases hechas, no estaba dispuesto a la tregua. "Lo que yo digo - lo que decimos todos, esperoso que el hombre quiere vivir en paz y ser feliz. Sencillamente hay que crear un sociedad que no pueda corromperlo: porque en el fondo, en la esencia, el hombre es bueno". Y sentimentalizando de una manera impúdicamente personal: "Mírame un poco a estos muchachos. ¿No son buena gente todos: Abdú, el Moro, Juan Antonio?"

Guy los miró en orden inverso al de la convocatoria y, deteniéndose en el árabe, repitió una muletilla rioplatense con esa sonrisa que su rostro huesudo hacía ácida, mefistofélica:

dose de un salto al lavabo, mojó una gran barra de jabón amarillo y se aplicó a pasar el índice enjabonado por cinco o seis puntos estratégicos de unas minúsculas siluetas recortadas. Una caja grande de fósforos, que el árabe iría encendiendo uno tras otro, acompañaba sobre el tablero a la botella de guindado y los vasos.

Los ocupantes del camarote se habían sentado en las dos camas que lo flanqueaban, y Pierre entre dos de ellos. Guy y Cortés permanecieron de pie. El Mono pegó sus siluetas por los puntos previamente enjabonados al reverso de tres hojas de papel blan-



límetros de labio desamparados de carmín. Esto le daba cierta simpática comicidad de payaso; además, de tantas ondulaciones con tijera y tantos toñidos con agua oxigenada como arreara a su pelo, éste le había quedado como esa estopa de varios colores con que se fabrica una peluca de payaso. El amarillo, el castaño oscuro y el rojo tiziano dominaban aquella gama.

Pero Marcolina era joven, bien plantada y lo bastante bruta la pobrecita como para no haberse vuelto cínica en aquella cárcel sin rejas de la que las mujeres salían a lo sumo una vez por mes a comprarse alguna blusa o un par de zapatos nuevos. En cuanto vio a Guy, le dijo:

"Vos sos un príncipe. Nunca he estado en cama con un príncipe ¿sabés? ¡Uy, cómo voy a gozar!"

Aleccionado por sus previas humillaciones, prosa de un rapto de lucidez que no era común entre los clientes del local - y menos a los 18 años, como en su caso - Guy la previno:

"A lo mejor no. Los príncipes, sabés, somos tipos difíciles". Y rió. "Pero quiero estar un rato largo contigo. Si no pasa nada hoy, volveré. La segunda vez siempre es distinto ¿no?"

Marcolina no entendió, pero le sonrió con deleite. Tenía un desnudo escurrido, elogarto, y los senos más bien pequeños pero perfectos, con dos botones inusitadamente rosados. Guy había pagado por anticipado el derecho de explorar con la mano aquel largo territorio de piel, y lo hizo con una gama de variaciones táctiles lo suficientemente extensa como para demostrar que en él el amor era cuestión de imaginación, no de práctica. Pero comparado con la brutalidad con que se descargaban sobre ella sus clientes habituales, aquel solo de arpa la instaló en una especie de séptimo cielo.

Marcolina no tardó en responder como un instrumento que, en vez de producir notas, emitiera diversos quejidos animales; pero por lo menos no habló; no rió; no hizo nada que pudiera sacar de su sueño de ojos cerrados ni de sus tactos de ciego a aquel extraño amante de una hora. Cuando lo vio ausente, aunque sensualmente encendido, ella apagó la luz e hizo por él, en vez de él, toda la maniobra de cuya terminación habría de

salir el muchacho con la misma sensación de vergüenza y tristeza con que generalmente salen los adolescentes de los prostíbulos, pero también con una especie de certificado de virilidad, válido sólo para él; una especie de pase para entrar, con el ánimo más ligero y el paso más firme, a la oficina que sucedió a la comisaría del Reducto. Un jefe bien intencionado y afectuoso con él no había tardado en ver al cenobita que se escudaba tras de las paradojas de Guy y el arriesgado lenguaje pittigrillesco que usaba. "Se diría que Vd. acaba de egresar de los Salesianos" le dijo una tarde, al poco tiempo de haber entrado a trabajar. Era una frase que en un hombre recto y también ingenuo como aquél no tenía ningún veneno irónico; simplemente la constatación de algo que había que corregir, algo que estaba demasiado escrito en toda su persona; la encarnecida castidad viril.

¡Ah, secos, secos y franceses Dolatour! Desde su más tierna niñez Guy recordaba que sus tías habían escupido en el aire toda vez que él los daba un beso en la boca. ¿Por qué esa herencia y no otra entre tantos de sus antepasados europeos: por qué estar condenado a aquella timidez patológica, de la que sólo podía arrancarse con palabras atrevidas y chocantes? ¡Certificado de virilidad! Contra esa estúpida idea se rebeló al entrar en un bar de la calle Canelones a tomar una copa por el estreno de su hombría. Virilidad no; animalidad. Virilidad era querer a una mujer, desearla, hacerla vibrar, vibrar con ella; el sexo sin amor era degradante.

Pero el mundo que lo rodeaba - y esta vez, a diferencia de lo ocurrido cuatro años atrás, Guy barruntaba que ese mundo era todo el mundo, extensión hormigueante de apetitos y urgencias que golpeaba hasta en los "boudoirs" de Cecil B. de Mille - el mundo todo parecía complacerse en la degradación, enorgullecerse de ella. Tanto peor para el mundo.

Sacudiendo la cabeza, salió repentinamente del pasado como quien emerge de una piscina. Juan Antonio - el "luminotécnico" del espectáculo - había encendido un fósforo y, acercándolo a las siluetas tan precariamente pegadas a la hoja por el Mono, lo estaba moviendo lenta y circularmente detrás de ambas. Los perfiles de los dos cuerpos - perfiles sueltos, libres de toda rigidez, excepto en los puntos de unión a la hoja:

la nuca, un codo, el coccis - temblaban con el movimiento como si los sacudiera la garsonía de los voluntarios angloargentinos; en algunos instantes era como si el fósforo se hubiera transformado en dedo del Diablo (o de Dios, diría quizás alguno de los hombres allí reunidos) empujándolos a un molinillo sabio, casi ritual, que no tardó en encender más risas soeces, y con ellas varios gritos de "¡Mirá, mirá! ¡Está fenómeno!".

De entrada, el "espectáculo" tuvo así una vitola de comicidad involuntaria. Toda comicidad involuntaria es, por naturaleza, doblemente operante; esta no fue la excepción a la regla. Hubo medio segundo de tiniebla entre un fósforo y los dos que lo siguieron, manejados por Juan Antonio con ambas manos mientras Abdú sostenía entre las suyas la minúscula pantalla; medio segundo entre ese movimiento de molinillo y el siguiente, que era el vaivén frenético del coito; mientras tanto la tiniebla total fue la de un "nickelodeon" entre el fin de una secuencia y la colocación de otra moneda en la ranura.

Pero en ese medio segundo la emoción colectiva cambió de tenor. El ver a aquellas dos figuras acoplarse y sacudirse en tal forma no era cosa de risa; algo así como un suspiro general, una intención de suspiro que parecía salir de la entraña de un monstruo, un movimiento finísimo de ansiedad que no tiene adónde llegar ni tampoco cómo crecer, invadió el pecho de los espectadores, "cada vez más turbados", como dijo Guy, volviéndolos con esa frase a la higiénica explanada de la risa.

Sólo él podría haberlo hecho; sólo él - se le ocurrió en ese momento -asistía con un despego total al espectáculo. ¿Total? ¿Despego total? Se engañaba si creía que así era; si había despego era de ellos, de ellos solamente. Aquel seno menudo, redondo, perfecto, que había visto temblar de perfil, al compás de la pericia del fósforo; aquel pelo que en la sugestión de la sombra chinesca parecía duro, seco, como el de una peluca de payaso; aquellas piernas largas, levantadas con mucha menos elegancia que las de la prostituta a las que evocaban tan gráfica, tan precisamente, resucitaron el momento en que el casto Quijote montevideano había sido armado hombre, si no caballero. "Príncipe. Vos sos un príncipe". Un mes después de su iniciación sexual, en que ni las frases de adulación de ella ni el calculado movimiento de las yemas de los dedos de él habían logrado salvar la distancia que los separaba, Guy volvió a verla. Buscaba, sin mucha espe-

ranza, salir de la mera técnica, de aquel profesionalismo con que, casi por sorpresa, ella le había arrancado un espasmo venéreo tan pobre y repentino que lo dejó diciéndose: "¿Y esto es todo?" (pero por lo menos había tenido la caridad instintiva de arrancárselo).

En todo caso, Marcolina no estaba allí. Nadie supo dar razón de ella, ni esa vez ni las otras dos que Guy volvió a buscarla; la última, las mujeres los recibieron con una mirada de rabia y ni se molestaron en abrir la boca para responderle. Tal para cual: la "loca brava", como llamaban a Marcolina, y el "flaco echado para atrás" como le habían puesto a él. ¿Dónde tenía los ojos aquel tipo? ¿No había otras seis mujeres en la casa, todas más regordetas, mejor arregladas, con el pelo más presentable que aquella intrusa incapaz de hacer ni la mitad de negocio que cualquiera de ellas?

El muchacho no llegó a saber así si podría haber llegado con aquella extraña criatura - cerrando los ojos, por supuesto - a esas playas encendidas del sentir en que cada poro está vivo y, en vez de ente pensante, el hombre se vuelve - lo habían dicho cientos de escritores - un animal borracho de sensualidad. La sensualidad era la amnistía; cuando la monta volvía a hacerse cargo del hombre todo estaba más claro en ella, más punzante; así decían los entendidos. El hombre asaeteado, malherido por la sensibilidad, se repetía él, debía ser capaz de una gran sensualidad: ¿no lo proclamaba así toda la obra de d'Annunzio, página por página?

Pero la sensualidad sin amor era sacrílega, se decía luego aquel joven ateo; y él, a quien tantos, antes y después, llamaron "príncipe", no esperaba amor porque se sentía el último de los súbditos, el menos dotado. Para ser querido - pensó hasta los 25 años - había que ser perfecto. Poco antes de la partida su hermana Silvia, apretando el pedal al interpretar ideas recibidas de él, había dicho - él no recordaba con qué motivo -: "El ser humano es perfectible; y si tiene la posibilidad, también tiene el deber de ser perfecto". ¡Dura, ingenua, aborrecible teoría, que la madre de ambos, de estar aún viva, habría pulverizado con un grito y una risa!

Con esa frase la niña - porque emocional, afectivamente, Silvia siguió siendo una

niña, rígida, pura, aunque asistida por grandes razones y sutilezas, hasta el fin de sus días - había trazado la casi caricatura de un ideal típicamente uruguayo: para querer uno a sus amigos era necesario considerarlos perfectos; toda falla grave era imperdonable, sobre todo por la ofensa que hacían con ella al afecto que uno les demostrara; además, ¿acaso uno, por ser uno, no estaba automáticamente cerca de la perfección? Sin decirlo con palabras - la gente tenía allí un agudo sentido del ridículo - así lo pensaban; de ahí tanta traición a la intimidad y a la confidencia amistosa como se veía y oía por todas partes.

Silvia y Guy nunca habían discutido ese ideal con nadie, pero habían dado con los bastantes seres finos de espíritu como para imaginarse comprendidos. Naturalmente, no lo eran; ¡pero qué importaba!; estaban juntos para darse fuerza, para seguir adelante, aunque todos rechazaran la mezcla increíble de ingenuidad y soberbia, de humildad y narcisismo, que había en aquella su visión de las cosas.

¿De qué secanos del corazón habían podido extraer los Delatour mayores - sus abuelos, sus tíos - la falta de caridad que arrastraba a los nietos a ser tan implacables consigo mismos? Era probable, aunque no seguro, que los Delatour tuvieran mucho que ver con aquella extraordinaria reacción. También era fácil - sobre todo "a posteriori" - echarle la culpa a alguien; mucho más fácil que reconocer la propia culpa. Y en este deporte, instintivamente, los dos hermanos, como buenos descendientes de las apasionadas razas mediterráneas, eran competidores con un "handicap" alto.

Cortés miró a Guy en la tiniebla y vio que tenía la mirada perdida y la sonrisa vaga. "No está en la cosa" pensó. "Naturalmente; ¿cómo va a descender Su Señoría a reírse con estas diversiones de la plebe? ¡Ah, si supieran los tipos como él qué contados tienen los días!" Pero Guy <u>estaba en la cosa</u>; su sonrisa vaga era una sonrisa de agradecimiento a Marcolina, cuya minúscula sombra seguía fornicando sin piedad entre las risas, agrias como el ponchl, impúdicas y cerriles, de los viajeros de tercera. La repetición inacabable del movimiento las había resucitado, y la mirada perdida de Guy buscaba detrás de las dos sombras - en la luz para él siempre viva y siempre cruel del pasado - el verdadero rostro de aquella criatura que, lo quisiera él o no desde las altas torres de sus ideales y sus miedos, había sido el rostro irreconocible del primer amor.

Yo no soy yo. Soy esto
Que va a mi lado sin yo verlo.
(Juan Ramón Jiménez - "Yo no soy yo")

Por fin el "Talk of the Town" levó anclas. Había pasado diez días frente a la costa de Africa: diez días en que el bochorno del trópico había sido como una manaza gigantesca cerrada en torno al cuello de la tripulación, los soldados y los viajeros hacinados en los compartimentos estancos de aquella cárcel. La intolerable opresión iba a concluir: pero ¿no sería la zozobra del lento reptar por el Atlántico más intolerable todavía? No para Guy; Guy el sensitivo había sido capaz de llorar de pura emoción estética viendo bailar a Antonia Mercé; pero el arte era una cosa y la vida otra, y pese a su sensibilidad, en aquella caravana de férreos monstruos marinos era incapaz de adivinar la sombra de la muerte.

Como él no la sentía, dio por sentado que los demás se encontraban perfectamente tranquilos y seguros al iniciarse aquella marcha serpenteante por un mar que de pronto volvía a aparecer sin confines, sin refugios, ilimitado y desnudo; pradera líquida que contenía, por sobre su gris y calma superficie de esa mañana - y sobre todo, debajo de ella - quién sabe qué trampas naturales y artificiales, qué añagazas de Júpiter y Neptuno o qué maldiciones de una ciencia y una técnica - las nuevas armas de Marte - que con esta guerra se iban haciendo cada día más complicadas, más diabólicas.

Todo bicho que no tuviera que ocuparse de calderas, máquinas o mensajes radiotelegráficos estaba en las cubiertas del barco, formando con los demás una masa compacta y silenciosa, casi indiferente - por lo menos en apariencia - a la marcialidad del espectáculo. Es que la partida del convoy reclamaba la glorificación de los cobres y la solemnidad de los redobles de tambor; en el silencio que envolvía la evolución de todos aquellos barcos enfilando hacia el sudoeste - ¿no hacia el norte? ¡qué absurdo! - había algo de fantasmal, de irreal, como en una proyección de cine mudo desasistida de la gracia de un piano.

Quizá por eso el lento desfile no tocaba el corazón de los espectadores-participantes, condicionados todos al zarpazo sentimental de himnos, marchas militares y coros religiosos. Allí faltaba por lo menos el "pathos" crepuscular de la "reveille" o la urgencia de una clarinada matutina (pero el amanecer estaba lejos ya). ¿Cómo no iba a fal

tar? No se trataba de una carga heroica contra un enemigo visible, sino de un desafío que todos aquellos miles de hombres le lanzaban sin verlo, los dientes apretados, las bocas enmudecidas, los cuerpos hombro contra hombro y una conciencia viva de que no podían contar con otra protección que la del azar. Parecía como si alguien les hubiera dado la orden de avanzar por un interminable estuario de ametralladoras hostiles metidos en un bajel de vidrio que miles de bujías iluminaban hasta el último rincón.

Era un pasaje cansado el que dejaba atrás a Freetown. El "corps de ballet" formado por los voluntarios anglo-argentinos sabía bien ahora que su obstinada versión nocturna de "Schehorazade" no le había traído el sosiego nervioso de que tanto hablaban los expertos en hacer el amor; a las descargas cuyo efecto duraba cuatro o cinco horas sucedía una especie de cosquilla genésica inspirada por los gestos, frases o imágenes que bailaban en la memoria de todos desde que abrían los ojos. Sólo era peor la inquietud de los rumores que se paseaban por el barco como lobos famélicos.

A la mañana siguiente del "cinema cochon" Guy cumplió religiosamente su plan de hurtar a Miss Greyfield el nimbo de sensación que ella buscaba: la boca, redondeada primero en una "o" de expectativa y luego subida en un apretado movimiento de frustración al oírlo - aunque fueran dos gestos rapidísimos - revelaron que el uruguayo había dado en el clavo. Pero ella lo negó; después de todo, había ingleses capaces de estas pequeñas deshonestidades ¡qué demonio!

"No,nada de eso" insistió, sacudiendo la cabeza. "También lo he oído, pero en estas circunstancias las cifras no quieren decir nada. No creo que nuestra "intelligence" funcione tan bien como para saber cuántos submarinos destina el comando nazi a esta parte del Atlántico; y si lo saben, no nos lo van a decir en un mensaje cifrado ¿no? Todos los códigos se descifran en un par de horas. No; lo que he oído es otra cosa".

"La segunda caldera del barco va a empezar a funcionar dentro de dos días" le dijo de modo abrupto Platon-Cadbury, tomándola absolutamente por sorpresa.

"¿Ah, sí? ¿Le pasaba algo?" preguntó ella con una vaguedad entre política y diplomática.

"Hemos viajado desde Buenos Aires hasta Freetown con una sola caldera. Por suerte,

Vd. no lo sabía; si no, quién sabe cuántos pasajeros pensarían aún que no tenemos la menor 'chance'".

Miss Greyfield rió como una cacatúa: puro ruido, sin prólogo ni epílogo de sonrisa:

"Me atribuye Vd. poderes dignos de una bruja. Hay honores que anonadan demasiado, contraalmirante".

"Pero ahora se puede decir" siguió Platon-Cadbury. "En Freetown empezaron las reparaciones. Mañana quedarán terminadas. La detención allí y la lentitud con que marcha el convoy nos ayudan".

"A Vd. no se le escapa detalle" replicó ella. "Pero estoy segura de que no sabe lo que yo sé, lo que habría podido decir... y que no lo sabrá nunca".

"Juegue honestamente, Miss Greyfield" le dijo el contraalmirante sacudiendo el índice.

"Yo lo hago todo honestamente" respondió ella a tiempo que se le oscurecía la color de los ojos como si quisiera desmentirla. "Todo menos hablar" pensó Peter Clark. En ese momento se cruzó su mirada con la de Guy, que sonreía como por compromiso; el contramaestre bajó la suya. Era evidente que la idea de la honestidad - ¿o sería solamente de la honestidad femenina? - gritada en esa forma, lo irritaba. Educado en Inglaterra, sabía que sólo profieren en público frases como aquella los ingleses de las colonias, los del ego hinchado al compás de las vanidades locales. "Yo lo hago todo honestamente. Yo lo hago todo honestamente". ¿Hasta dónde podía llegar la retórica?

"Muy bien". El contraalmirante siguió acorralando a la inglesa mientras la resistencia de ésta se desmoronaba. "Honestamente entonces; sinceramente, su información ¿no es la de que habrá un avión - a lo sumo dos - para patrullar todo el convoy en los primeros días de navegación? Uno o dos aviones, y después nada. ¡Ah! Su ceño acaba de traicionarla. Entonces era eso ¿no? No mienta".

Por toda respuesta ella ofreció una carcajada interminable, al filo de la cual se fue ruborizando con aquel sanguíneo rojo de escolar que tanto la afeaba. Pero no dijo

esta boca es mía. Peter Clark la miraba con una hostilidad sospechosamente parecida al odio: el acuerdo erótico de ambos tendría que crecer en calidad o intensidad para que aquello durara. Corta paz la que nos trae la carne satisfecha, no pudo menos de observar Guy.

El cielo era una claraboya de Murano invadida desde arriba por un baño de luz de mercurio. Una insolente pincelada azul pizarra y otra múrice parecían, justo encima del horizonte, una acotación de osconógrafo.

El primer barco grande que cruzó el "Talk of the Town" era francés. Su majestad, su prestancia lo anunciaban como transatlántico; pero alguien dijo que sólo había servido como crucero en el Mediterráneo. Ahora que empezó a deslizarse paralelamente a su propio barco, Mildred y Guy pudieron leer el nombre: "Président Clemenceau". Sus cubiertas estaban llenas de mujeres y niños - cientos y cientos de ellos - y enfermeras en uniforme - docenas y docenas. ¿De dónde salían? ¿Adónde iban? ¿Llegarían vivos a destino? Nadie lo supo nunca. En condiciones normales nadie se habría hecho ninguna de las tres preguntas; ahora las tres parecían levantarse en muchos ojos, aun entre los voluntarios más jóvenes. "Cuanto más joven, más egocéntrica y cruel la bestia humana" había dicho Anoscua al contemplar los grupos de los angloargentinos ir y venir durante tres semanas sin una sola mirada para los veteranos o para los pasajeros de tercera clase. Raza de marcianos, decían estos últimos; raza de tímidos patentados, decía Guy. Pero el hecho es que en aquel instante de la partida - una realidad, al fin, después de tantos rumores - sólo ellos levantaron los brazos para saludar a sus vulnerables compañeros de odisea.

Dos o tres marineros les respondieron desde el "Président Clemenceau". El pasaje, que bajo la luz irreal de aquel mediodía parecía un museo de cera, permaneció inmóvil. Ningún niño gritó ; no hubo tampoco ninguna mujer que se enjugara una lágrima. Era como si todos estuvieran ya muertos y embalsamados. Quizá ellos pensaran lo mismo de los pasajeros del "Talk of the Town"; pero en medio al increíble silencio de estos, por lo menos los brazos levantados de los voluntarios habían sido un signo de vida.

Al filo de esta circunstancia Freetown adquirió para unos cuantos pasajeros - Mil-

dred, Guy, Pierre, Amescua - el encanto legendario de lo que la costumbre no ha podido registrar, catalogar, y en cierta forma matar. Como esa mujer misteriosa que divisa uno al llegar a una estación en la ventanilla del tren que parte en ese mismo momento, uno tendía a conferir a la ciudad adivinada a la distancia un encanto que quizá no poseyera nunca. En la cera siempre tibia de la memoria aquel poblado azotado por la lluvia y sacudido por la vibración de los aviones no había podido dejar una marca precisa. ¿Qué curva seguían sus montes? ¿Dónde estaba el grupo principal de casas, a la izquierda o a la derecha del puerto? ¿Era rojo Freetown? No, eso había sido quizá una ilusión del primer momento. Quizá fuera marrón y verde, con alguna casa de ladrillos desnudos aquí y allá. Y sobre todo, ¿era África, o simplemente el sempiterno puesto británico, con sus clubes, sus uniformes, su murmuración pueblerina y sus ríos de ginebra?

Un libro para el que, en ese momento, recogía inconscientemente materiales allí mismo Graham Greene, no habría podido contestar las preguntas de cada uno sobre la ciudad. Era el Freetown de Greene, con esquinas que servían perfectamente a su drama, con un paisaje lavado por la lluvia cuando así lo convenía al "deus ex machina" que regía la acción; no el que querían, por ejemplo, Pierre o Guy. Y los Freetowns de ambos nos habrían sido menos ciertos de lo que eran si uno u otro hubieran podido pasear su imaginación por la entraña de la realidad. La verdad inapresable se adapta a todos los mitos personales y escapa en cambio a todo esfuerzo sistemático por apresarla.

Clavada al puente de popa, Mildred estaba tratando de ordenar su propia fotografía mental del sitio. Pero la línea serpentina iniciada en el océano por el "Talk of the Town" y el "Président Clemenceau" era seguida por más y más barcos. Entre uno y otro la vista captaba un grupo de árboles que unían sus copas como las plañideras de un funeral griego. Los colores cantantes de los banderines, unidos por todas partes en una voluntad festival, borraban ya las últimas intuiciones de la costa.

Por la rapidez con que iban saliendo uno detrás de otro los primeros veinte barcos del convoy - aunque a los que viajaban en cada uno la maniobra les pareciera atrozmente lenta - se habría dicho que allí no había collares de minas ni traicioneros tejidos de corrientes marinas. La maniobra tenía todo el aire de un ejercicio de tiempo de paz.

Los buques hospitales extendían, desde sus puentes y su casco, la amnistía precaria de sus enormes cruces rojas. Al empezar los dos grandes barcos a cruzar grupos de pequeños remolcadores y cargueros éstos añadieron la falsa realidad del sonido a aquella toma muda de noticiario; los marineros gritaron su adiós, lo sacudieron por el aire en el enérgico vaivén de sus brazos. ¿Qué querían decir en realidad: "buena suerte"? El viaje no iba a ser bueno a aquel paso de tortuga - tres nudos por hora - que no tenía un solo partidario en el "Talk of the Town". Pero en la entraña ardiente de todos aquellos monstruos del mar había fuerza, y en su marcha, majestad. Ya se iban formando las filas, como trazadas por esos hilos que separan en una piscina las avenidas de los nadadores de un campeonato. Pero el cordón era una forma engañosa de la seguridad. En las caras de los pasajeros, al separarse para bajar al comedor ya pasadas las doce y media del día, había sombras; la decisión tácita de bajar todos al mismo tiempo revelaba la necesidad de compartir una preocupación, y las sonrisas con que se miraban todos eran un poco teatrales. Lo único verdadero - y sintomático - era el silencio casi absoluto con que inauguraron la parte más aventurada de su viaje.

* * *

A la tarde siguiente, después de llegar Guy a la enfermería y dejar su camisa "beige" para Tom Deadon - ya sabía que no lo dejarían entrar y que sólo le dirían una cosa: "El enfermo se encuentra mejor" - se reunió con Cortés en cubierta. Le había costado diez minutos de discusión con Pierre hacer que éste consintiera en invitarlo a su fiesta.

"Después de todo, yo doy el "party". El homenajeado es mi hijo; pero a él, por lo menos todavía, no tengo que hacerle concesiones de ninguna clase. Y estoy seguro de que Jean-Loup no me pediría que invitara a Cortés". Los dos amigos del viaje rieron idiotamente, en un acorde perfecto. "¿Por qué voy a tener a gente que no me cae en gracia?"

"Porque da lástima dejarlo siempre solo ¿no crees? No es mala persona. Es un tipo que no parece haber escuchado nunca más que una sola campana. Quizá hoy escuche otros argumentos; para manejárselas en Inglaterra, por lo que imagino o sé, va a tener que bajarse un poco de la capota de ese coche en que va sentado".

"¿Y tú por qué te interesas tanto por su suerte?"

"¿No te lo he dicho? Me da lástima".

"Pues no se lo hagas saber nunca: la lástima es lo último que los resentidos como él aceptan de los demás".

"No estoy tan seguro de que sea un resentido".

"Pues si se pone pesado, lo aguantarás tú... o lo sacaré cortito yo mismo".

"Muy bien".

Cortés se había vestido de lana azul marino para estar horas encerrado en una cabina. Nunca dominaría las ciencias mundanas, pero su torpeza era tan impecable que parecía más bien un desafío. Más de veinticinco días de vida a bordo habían limado su complacencia burguesa; ahora se le veían aristas duras, gestos cortantes; además, su desconfianza empezaba a hacerse crónica. Sin más ni más dijo a Guy:

"Estee... ¿Le puedo hacer unas preguntitas antes de entrar?"

"Diga".

"El que da el 'cocktail' es de Grut ¿no?"

"Eso es".

"Yo me hago el senso casi siempre, pero no crea que no me fijo en ciertos detalles".

"¿Por ejemplo?"

"Los otros días todos Vds. recibieron unos papelitos de invitación; eso es evidente por los comentarios. Pero yo, nada".

"Fue un error".

"¿Y quién lo corrigió?" Guy no contestó; Cortés lo miró fijamente. "¿Vd.? Sí, Vd., estoy seguro". Y luego de una pausa: "Me gustaría saber por qué".

"El que alguien con quien se está en contacto continuo publique a voz en cuello su desacuerdo con uno no es razón para que se lo excluya de todo".

Cortés, agazapado en su desconfianza, dejó escapar una de sus clásicas risitas.

"Interesante teoría. Muy diplomática".

"Y política. A Vd. que le interesa la política..."

"¿Y a Vd. no?"

"A mí me interesa el individuo, la gente que está viva de verdad. Cuando el indivi-

duo se "integra" pierde mucha vida, sobre todo vida interior. Uno puede no saber cómo empiezan los políticos; pero siempre sabe cómo acaban: gobernando, vale decir, corrompiéndose. Y basta. No me haga hablar, porque no voy a hablar; esta noche vamos a divertirnos".

"Se diría que Vd. tiene cierto miedo de lo que yo puedo decir".

"¿En qué se diferenciaría de todo lo que les he oído decir a los escritores y artistas plásticos de mi país estos últimos 15 años? Pensar que el Uruguay respira política y como política; que vive de ella y para ella. Y pensar que yo he vivido 33 años allí".

"Pero el hecho fundamental del siglo, lo que ocurrió un mes como éste, hace 22 años..."

"No me va a hacer hablar" dijo Guy riendo. "No y no. Así surgiera un coro de siren que cantara loores a uno y otro ismo. Su canto no me diría nada porque está siempre en una misma clave; tema distinto, pero variaciones sospechosamente parecidas. No. Para mí alguien que no admite la crítica y al mismo tiempo critica a rajatabla a todos los demás es o un cretino o un canalla, o las dos cosas juntas. Y esto es todo lo que me va a sacar esta noche sobre el tema".

"Un verdadero demócrata" dijo Cortés, poniéndose bizco.

"Tampoco. La democracia es corrompida por naturaleza y ha fracasado en muchas partes, sobre todo porque con su nombre se encubren dictaduras repugnantes. Aun así, es el único sistema que puede dejar respirar a unos y a otros. "¡Qué demonio! Me está haciendo hablar y no quiero" insistió Guy con más risas.

"Pero no se puede ir a Inglaterra en este momento y pretender que uno no tiene ideas políticas".

"Yo voy a ver catedrales ¿qué le parece?" Cortés rió. "¿No le gusta esa respuesta? Bueno. A ver si esta otra le gusta más. Después de hablar con muchos ingleses en los últimos tiempos y haber leído algo de su historia política, yo quiero ver si es verdaderamente posible sentarse a la mesa con la oposición y quedarse sentado hasta el fin de la comida, como dicen que sucede en Inglaterra. Nosotros no somos capaces de hacerlo a menos que se trate de un enjuague, alguna repartija de votos o de puestos".

"¿Y por qué quiere ver si funciona? Si a Vd. no le interesa ni un bando ni otro, ¿qué le importa lo que resulte de la confrontación?"

"En esta guerra yo no he decidido ya por un bando. Habrá que hacer una paz con el otro. Quiero lavar un poco mi odio de uruguayo, deshinchar la pasión que siento por la causa aliada, saber si soy capaz de controlarme lo suficiente como para escuchar a los otros. No a Hitler, desde luego; a los que se han agachado ante él. Habrá que vivir con ellos y tratar de hacer un mundo mejor con ellos".

"El mundo mejor sólo puede venir cuando se acabe con la lepra del capitalismo".

La risa de Guy fue olímpica. "¡Ah, el poder hipnótico de los estribillos!" exclamó. "Suponga que se acaba con él. Queda por resolver todavía todo lo demás ¿no? Una pavada. Pues bien, este anarquista - estoy seguro de que así es como me tiene Vd. fichado - quiere ver si de una Inglaterra sacudida hasta los cimientos por esta guerra, pero de pie y luchando, puede recibir alguna ayuda espiritual, alguna fuerza".

"¿Fuerza? Vd. no necesita pedir prestada fuerza en ninguna parte".

"Muchas gracias, pero le aconsejo que no saque conclusiones apresuradas, Cortés. Yo respeto al hombre con verdaderas ideas; no pasiones, rencores o miedos disfrazados de ideas. Hombres así son raros y, desde luego, no muy fáciles de tratar. Pero respetarlo es una cosa, y tratarlo como un igual, otra. He ahí el arte que hay que aprender, sobre todo si ese hombre choca con uno en muchos terrenos. "Piensa como yo y te querré" es el lema universal de nuestro tiempo. Un lema infantil, egocéntrico y maniático si los hay. No basta. Además el hombre, en su corta y larga vida, tiene cambios de edad que son cambios de ideas, no lo olvide. Pero a medida que disminuye la fe y aumenta la inseguridad en todo el mundo, también aumenta, como es natural, esta tendencia del hombre a aglutinarse con los demás".

"Tanto mejor" dijo Cortés con una sonrisa de superioridad. "La unión hace la fuerza".

"Sí, pero luego que se logren las conquistas sociales que les faltan a tantos, ¿qué se hace con la fuerza?"

"Se canaliza. Hay tanto que hacer en el mundo, tantas rentas y bocas que alimentar".

"Cómo le envidio esa fe religiosa. Y al mismo tiempo, no sé; Vd. tiene que tragarse a ojos cerrados muchas cosas que cualquier hombre sentiría la necesidad de discutir".

"¿Por ejemplo?"

"El pacto Hitler-Stalin. ¡Qué triste la posición de sus correligionarios! Decir tantos horrores del pacto de Munich y tener que justificar luego el abrazo del comunismo y el fascismo".

"Abrazo no. Un gesto hábil para ganar tiempo, para prepararse. El pacto de Munich no fue ni siquiera eso".

"Vd. admira una pureza hipotética sabiendo que no es pura porque se vale de todas las astucias".

"El fin justifica los medios".

"Yo no niego a nadie el derecho de pensar como se le ocurra. (Y ya he hablado y sigo hablando, y Vd. tiene la culpa). A lo que no hay derecho es a destruir la sociedad actual para abrir el camino a una nueva. ¿Quién me garantiza que va a ser nueva de verdad; quién puede creer honestamente que un régimen político cualquiera va a acabar con el egoísmo innato del hombre, con su crueldad, con su amor por el mal?"

"Yo".

"Disculpe". Los dos rieron de buena gana. "Y suponiendo que los hombres que vengan sean mejores" siguió Guy "¿qué derecho tiene nadie a quitarme la vida en nombre de una hipótesis de futuro?"

"Todo lo que se busca es volver a empezar sobre otro pie, con otra estructura".

"Eso está bien, pero no basta. Si el hombre no necesitara algo más que "estructuras" no le habría dado tantos nombres distintos a la idea de Dios".

"Vd. habla como Amescua. ¿Sabe que los dos juntos podrían formar un partido?"

"Supongo. El partido de los preocupados por la muerte. Los dos pensamos que, al final, por más "integrado" que esté en vida, el hombre siempre acaba solo".

"Campeones de la muerte, Inc.", dijo Cortés con una de sus risitas agudas.

"Porque queda la muerte, no lo olvide" machacó Guy. "Una vieja costumbre española, dice Amescua. Aunque yo sé que a los que piensan como Vd. la angustia metafísica los hace reir tanto como los reclamos del individualismo".

"¿Vd. me ve así y a pesar de eso me ha hecho invitar?"

"¿Por qué no? Será apasionado pero no salvaje".

"Vamos. No se me haga el inglés ahora. Lo conocimos naranjo. Y le voy a decir una co-

sa: si yo fuera Vd., pasarían sobre mi cadáver antes de que lo dejara entrar en la fiesta". Guy rió:

"Si así siente Vd. de verdad, creo que lo esperan sorpresas muy interesantes en Inglaterra. Vamos".

Cortés lo siguió dócilmente. El grupito era pequeño en la cabina de Platon-Cadbury. Con la base de tres latas de albaricoques en almíbar y de varias botellas - ron, cognac, "apricot brandy", soda - Pierre estaba preparando un "punch" digno de tal nombre. Dos vasos de él bastaban para multiplicar los decibelos de la risa y hacer más sin objeto todavía el movimiento general.

Apenas cumplida la distribución de "holas", se abrió la puerta y entró David Coryton. (Mildred estaba ocupada en fabricar una pasta con un queso blanco, pimientos de lata en trocitos minúsculos y una bebida que Cortés no pudo individualizar; la fórmula aumentó todavía más el desdén parroquial del arquitecto por los gustos y costumbres anglosajones). Después de un saludo general, tan sonriente como mudo, el tenientillo arrinconó a Guy.

"Me he hecho invitar, casi a la fuerza... Y todo por hablar con Vd."

"Caramba".

"No es mi costumbre colarme en las fiestas ¿eh? Pero tengo la noche libre y quiero escucharlo, quiero saber cómo piensa sobre... una serie de cosas".

Guy lo miró con asombro pero con los labios fruncidos en un mohín de vanidad satisfecha.

"¿Por qué?"

"Sé que Vd. escribe. Se supone que el que escribe está obligado a pensar".

"Qué optimismo el suyo".

"Hay algo que sé sin que Vd. me lo diga; que no tiene la menor inquietud religiosa. De eso estoy completamente seguro. Para Vd. todo ocurre aquí en la Tierra y todo concluye aquí".

"No soy el único. ¿Y Vd. cómo lo sabe?"

"Porque he recibido una educación muy especial. Pero de eso hablaremos más adelante".

"Quién sabe si más adelante nos dejan hablar. Me intriga lo que dice. ¿Tiene Vd. "doble vista"? ¿O puede leer en la mente de los demás?"

"No. Es algo más simple y más complicado al mismo tiempo. Pero no se lo digo porque se va a reir de mí."

El chico mantenía la vista baja y retenía con ambos brazos la pierna izquierda levantada y doblada. Guy se sentó junto a él.

"Seamos un poco más consistentes" le dijo. "Si le interesa tanto lo que pienso no puede creer verdaderamente que me voy a reir de Vd."

Pierre vino hacia ellos, puso un vaso en la mano de cada uno e hizo a Guy una guiñada de camaradería.

"Fabulous".

"Te ha salido estupendo".

Los comentarios de los dos invitados chocaron en el aire.

"Pues a beber y a ponerse contentos".

"Por los treinta días de Joan-Loup, que ya son una victoria" le dijo Guy, arrancando una sonrisa de orgullo de aquel rostro armonioso y sereno del belga. La interrupción había logrado aumentar el suspenso creado por el minúsculo marino con aquella especie de "grande jetée en tournant" que había dado a la conversación. Y Guy le dijo directamente:

"Me ha sorprendido Vd., Coryton".

"David".

"Bueno, pues David. En este viaje la gente muestra una inclinación absurda hacia los temas serios, pero..."

"No en este viaje solamente, Guy".

El sentirse llamado por su nombre sorprendió al uruguayo y la sorpresa se le leyó en la cara. En inglés era lo mismo que un tuteo: el muñequillo pasaba repentinamente del "sir" al tú. Y apenas había tomado un sorbo del "punch".

"El nombre es Guy, ¿no?" preguntó Coryton para afianzar el pie en aquel otro nivel de amistad.

"Sí, David", dijo el interpelado con una corta risa. Y con la avidez uruguaya de siempre, liquidó el delicioso menjunje de un par de tragos.

El teniente redondeó la idea con la autoridad que le daban sus andanzas por mares agitados y subvertidos:

"En todos los viajes de estos tiempos la invertidumbre y el miedo hacen hablar a la gente de cosas extrañas".

"¿Extrañas?"

"Lo profundo es siempre extraño para la masa ¿no?"

"Y más extraño todavía cuando sale de una boca de 20 años".

"Casi".

"Concluye esa copa y vamos a pedir un bis".

Pero David no se dio prisa. Cruzando la pierna, saboreó morosamente el "pûnch" como si reprochara a Guy su rioplatense avidez.

"El prólogo ha sido bueno pero un tanto largo" dijo Guy con otra risa. "¿Seguimos la cosa donde la habíamos dejado? ¿Por qué empezar una conversación en esa forma? ¿Por quó sabes que soy un animal terrestre y nada más que terrestre, vamos a ver?"

"Yo no lo he dicho en esos términos" protestó David con cara de niño de cinco años. Aquella mirada suya, directa, franca, desconcertante, lo emparentaba a Karen y también a Guy. "¿Me prometes no reirte?"

"Trátese de lo que se trate, lo juro".

Aquel diálogo tenía todas las trazas de un "flirt" espiritual: la idea rozó la periferia de la imaginación de Guy, que la espantó como a una polilla.

"Tú sabes que en Escocia hay gente que nace con el don de ver lo que el mundo llama "fantasmas" ¿no?"

"¿De veras? Yo creí que todo eso eran supersticiones y leyendas". El tono levísimamente burlón de Guy escapó al joven teniente; Coryton no sabía ser franco e irónico al mismo tiempo.

"Hay regiones del mundo en que eso ocurre; algo habrá de magnético en ellas que hace que los espíritus se materialicen allí con gran facilidad".

"Dios bendito" exclamó automática - y mentalmente - Guy, sin pensar en Dios en absoluto. "Las cosas que dirían en Montevideo si pudieran escuchar esta conversación".

"Escocia es una de esas regiones" siguió David. "Imagínate un niño de seis o siete años, con pleno uso de razón, que se encuentra de golpe, al fondo de un camino, con un espíritu de aspecto atribulado. ¡Qué experiencia aterradora! ¿eh? Felizmente, si ese niño habla de ella a los que lo rodean, alguien lo calma enseguida: su padre, una tía, su abuelo: alguno de ellos ha pasado o sigue pasando por el mismo trance, aunque generalmente se lo calla".

"¿Y tú has sido uno de esos niños?"

La respuesta de Coryton fue hábilmente evasiva:

"A mí no me criaron en Escocia".

"Escocia y sus fantasmas" exclamó Guy. "Entonces, este es uno de esos casos en que el río suena con razón."

"Imagina ahora... otra clase de visión".

"¿Más curiosa todavía?"

"Más curiosa".

"David, un poco de consideración, vamos" dijo Guy con un tono burlón que ya no era leve. "El Uruguay es un país calcado sobre el modelo francés; racionalista hasta la médula, dan ganas de decir hasta el fondo del alma. Lo más extraordinario que me ha rozado allí son las visiones de los hipnotizados. Porque mi padre, cuando yo era niño ¿sabes? curó a media docena de gente neurótica, al borde del suicidio o de algún gesto igualmente desesperado. Y entre paréntesis... Pero no, vamos a tu visión, a esa "otra clase de visión".

"Hay tiempo. Vamos primero a tu paréntesis".

"Bueno, como quieras. Tanto lo jorobé al oirlo comentar las curas que hacía, tanto le insistí y le rogué, que al fin me dejó presenciar dos de sus "séances" cuando el paciente venía a casa. Tenía entonces yo nueve años. La cosa me pareció curiosa, tan curiosa como una sesión de espiritismo (a la que no me habrían dejado asistir). Pero pensando en ella diez años más tarde, vine a sacar en conclusión que había asistido a una

especie de prueba de la existencia del alma".

Pierre estaba nuevamente junto a ellos con dos vasos llenos. Había oído las cinco o seis últimas palabras de Guy.

"Caray. El "punch" debe estar más fuerte de lo que yo creo" murmuró con expresión cómica. Y se marchó riendo después de recoger los vasos vacíos.

"¿Y por qué sacaste esa conclusión?"

"Basta de comentarios. Ardo por saber lo tuyo".

"Tú primero".

"Bueno. Alguno de los pacientes de mi padre - los hombres, principalmente - revivían por sugestión de él días enteros de su primera infancia. En estos casos yo creo que sí se justificó esa manía exagerada de ir a buscar a un trauma de la infancia la causa de todo lo que es uno. Una noche uno de esos hombres, que tenía verdadera aversión por su jefe y había jurado matarlo - idea que lo tenía inquietísimo, como si él fuera la víctima y no el victimario - contó con pelos y señales un día completo de su vida, veinticinco años atrás. El hombre tenía entonces tres años. Ya me empiezo a perder en ramificaciones y detalles: especialidad de la casa".

Los dos rieron, pero la risa no barrió la vibración de misterio que había en aquel diálogo. "El paciente de mi padre hablaba con su voz natural, pero no estaba reviviendo lo ocurrido con las palabras o con la mentalidad de un niño de tres años: la "persona" - digamos la persona - que hablaba por su boca lo analizaba todo con una mentalidad todavía mucho más madura que la suya de 28".

"No entiendo muy bien".

"Por ejemplo, - dormido en el sueño hipnótico, claro - hablaba de una tía suya que vivía en la casa con ellos y que él odiaba. Mi padre le preguntó por qué. El dijo:"Se creen que nadie tiene ojos, que están ciegos como mamá. Pero yo he visto hace un momento que, parados los dos junto a la mesa y mirando el tapete que mamá acaba de pintar a pluma, papá le subía la mano por una pierna a tía Esther y la dejaba allí, en el borde de la nalga; y ella, como la cosa más natural del mundo, se arrimaba a él riendo. Van a matar a mamá. El día que se dé cuenta de lo que pasa, le da un ataque y se muere".

"¡Un testigo de tres años!" exclamó David Coryton.

"Exactamente". El niño pudo haber visto el gesto, pero nunca pudo haberlo analizado así. Es como si lo que nos ocurre todos los días se grabara en una máquina igualmente complicada que la del cerebro y más tarde la máquina lo analizara dentro de nosotros pero también fuera, fuera del consciente".

"Pero no del subconsciente".

"También del subconsciente. El raciocinio del psicoanalista y el del enfermo mismo son los que sacan conclusiones. El subconsciente , pòeta de vanguardia, maneja sensaciones, hechos, revivè cosas o las transforma en sueños para poder reconocerlas; pero no interpreta, como lo hacía la parte de aquel paciente de mi padre que, por falta de un término mejor, llamaré alma".

"No hay término mejor: el alma es lo más alto" dijo inesperadamente aquel chico que apenas parecía capaz de darse cuenta de que tenía un cuerpo. "Si la palabra 'alma' ha caído en descrédito es por culpa de la ciencia, pero cuanto más avanza, más se aleja la ciencia de las grandes verdades".

"¿Tú también piensas así? Qué suerte haberte conocido".

Simultáneamente los dos levantaron su vaso en alto y bebieron un buen trago. Guy siguió: "Luego de despertar a su paciente, papá le preguntó cuántos tíos tenía. Esto, entre muchas otras cosas relativas a su familia. "Una sola tía por parte de madre; mi padre era hijo único" contestó el hombre. "Pero siempre la he odiado". "¿Por qué?" le preguntó mi padre. "¿Cómo es esto? Al principio me dijo Vd. que no odiaba a nadie... que nunca había odiado a nadie... con excepción de su jefe". "No sé por qué la he odiado" contestó el hombre: "ha sido siempre muy alegre, muy cariñosa; a mí me ha colmado de regalos toda mi vida. Pero yo la odio: odio su risa, su manera de correr, los cuidados excesivos que tuvo siempre con mamá". "Odia sus meritos, entonces" le dijo mi padre. "Es curioso si uno lo oye en esos términos. Pero justo. Odio sus méritos. No puedo encontrarle un defecto grande que justifique mi modo de sentir". Luego el paciente oyó que le preguntaban a quemarropa: "¿A quién se parece, con un parecido asombroso, su padre?" "Mi padre murió, se lo he dicho más de una vez" contestó el hombre no de muy

buen talante. "Bueno, ¿quién se parece a su padre, entonces?" "¿A mi padre? ¡Nadie! ¡¡Nadie se parece a mi padre!!" gritó. Estaba agitadísimo. "Piense un poco, le dijo papá". Y él: "¡No, no!" abruptamente, como quien rechazara una visión horrible."Sí, sí. Se parece a alguien: a su jefe. Su padre se parece muchísimo a su jefe". Era una suposición un poco arriesgada, pero resultó justa. Y repentinamente se dio la especie de colapso que a veces se produce al culminar todos esos tanteos de ciego con que los psicoanalistas avanzan entre la sombra".

"Todo eso antes que Freud ¿no?"

"Por la misma época. Pero a Freud lo citaba "La Nature" o alguna revista así para mejor poner a Charcot por las nubes. El psicoanálisis no era un término casero, como es ahora; ni siquiera los médicos hablaban de él".

"Brindo por tu padre" dijo David con la mirada perdida quién sabe en dónde. "Vive aún, ¿no?"

"Vive; pero sin las intuiciones, el entusiasmo de entonces; sin la locura por la mecánica que tenía entonces. Vive, plácida y alegremente, como una sombra de sí mismo".

"Por tu padre" dijo Coryton levantando otra vez el vaso. Guy aceptó el brindis con cierta vergüenza: en su tajante, terminante manera de ver las cosas domésticas sentía como, si al dejarlo atrás, su padre hubiera muerto ya. Y mirando en los ojos al chico, exclamó:

"¿Qué puede pensarse de ese testigo que mira las cosas...?"

"... desde dentro de nuestro ser" continuó el oficial por su cuenta, "como si ya fuera viejo al nacer nosotros?"

"¿Cómo sabías que iba a decir eso?" saltó Guy.

"Te lo leí en los ojos".

"¡Bah! Una coincidencia. ¿Cómo vas a poder leer...?"

"Pues aquí tienes otra: la contestación que tú mismo ibas a dar a tu pregunta, palabra por palabra".

"A ver".

"Ibas a decir que ese testigo tiene que ser el alma: algo que existe antes de nacer uno y que debe seguir existiendo después de morir. ¿No es así? Contesta".

"Palabra por palabra, lo iba diciendo contigo. Asombroso. Cosa de fakires. ¿Qué haces? ¿Adivinas el pensamiento?"

"No. Todo eso me surge sin quererlo. Está lo otro, que es peor. Ya te dije que, aparte una especie de don natural, me prepararon para que así ocurriera".

"¿Y qué es lo otro? ¿No puedes decirlo?"

"Ahora sé que no te vas a reir cuando lo diga: yo... yo puedo verle el cuerpo astral a la gente" .

"¿¿Cómo??"

"Sí, el cuerpo astral; eso que tú llamas alma. Puedo verlo como si les estuviera viendo el esqueleto".

"Un hombre rayos X. Si no tuvieras esa expresión en la cara, no te creería. Nunca he oído nada igual. Y dices que es un don... Yo viviría aterrado".

"Un poco inquietante, sí, cuando de cuatro personas juntas en un lugar tres muestran ya el cuerpo astral; almas ya "adelantadas", preparadas para la otra vida; porque entonces sólo veo eso, y ni siquiera sé qué cara tienen".

"¿Y acá? Acá, en este momento, ¿qué pasa?"

Una explosión de risa atrajo la mirada de ambos hacia el rincón donde, en torno a la "ponchera", se afanaban los encargados de preparar los "hors d'oeuvres".

"Acá todos Vds. son unas bestias, si me permites la expresión".

"¿Qué otro remedio que permitírtela? Ya está dicha ¿no?" espetó Guy a su interlocutor entre risas.

"Sólo en esa mujer empieza a definirse el cuerpo astral. Pero es un buen comienzo"

"¿Mildred? ¿Hablas de Mildred?"

Los dos la miraron automáticamente. La intensidad de aquella mirada a dúo la puso alerta, y sin saber bien por qué, vino hacia ambos.

"¿Qué pasa?" preguntó con una sonrisa levemente inquieta.

"No mucho. Este jovenzuelo" explicó Guy con ese aire mitad cordialidad y mitad sa

casmo que dejaba "paradas de manos" a las gentes en las ocasiones en que se sentía particularmente eufórico, "pretende ver en quién está despierta el alma, y en quién no. Y dice que de todas las personas que hay en este camarote sólo en Vd. ha empezado a manifestarse".

"¡Ah, el alma! Yo creí que hablaban de algo importante. De todos modos, muchas gracias" dijo ella volviendo a su tarea con una sonrisa de fingido reproche. Era una perfecta frase de "cocktail party" pero Guy, sin saber por qué, se ofendió.

"Miss... ¿cómo? ¿Miss Stokes? sí: Miss Stokes es una persona muy especial. En muy pocas mujeres se da una cabeza y un cuello rojos como en ella", siguió David, "y un comienzo azul del busto. Esos son rasgos de hombres superiores".

"Bueno, vamos, basta de bromas".

"Hombre, para bromas, inventaría alguna más sencilla. Hablo con una persona "fuera de serie" ¿no?"

"En cierto sentido creo que sí, pero no tan "fuera" como todo eso".

"Ya lo sé. Si no, el alma se manifestaría en tí en otra forma que con palabras. La tuya es como un animal desconfiado, pobre Guy. Y estando tan vivo, en el fondo estás casi igual que los demás: muerto o casi muerto".

"¿Pero qué puedo hacer yo por mi pobre alma?" dijo Guy imitando cómicamente la máscara de la tragedia. Se negaba a seguir en serio aquella conversación.

"No lo sé. Mi maestro diría que estás prisionero de una... frivolidad deliberada. Lo que haya que hacer, tú te resistirás a hacerlo hasta el fin".

"Perdone, joven, pero se le está viendo una adherencia placentaria de su última reencarnación, en que supongo que habrá muerto a los 120 años" dijo Guy.

"Con ese comentario me has dado el ejemplo perfecto" contestó el niño vidente. "Ahí está la cosa: miedo a madurar y a envejecer. Se diría que en tí es hereditario".

"¿Y me voy a quedar siempre así, hecho una bestia más o menos dotada?" Guy insistió en el tono de "scherzo" que se le daba tan fácilmente.

"Yo creo que tu destino va a hacer el juego que tu miedo quiere. Vas a madurar tarde".

"Eso ya me lo han dicho".

"Te esperan muchos, muchos años de sufrimiento y oscuridad".

"A eso estoy acostumbrado".Había un poquito de impaciencia ahora en el tono de Guy.

"No a la oscuridad; no me parece. Pero en el fondo tú la cortejas y la esperas. El éxito te dam miedo; el éxito es el mundo ¿no es así?"

"¿De dónde sacas eso?"

"Me lo están diciendo en este momento".

"¿Quiénes?"

"Tus ojos. Ese es el discurso que me interesaba escuchar".

"Pues no pareces muy satisfecho con lo que dicen".

"Es que nunca he visto a nadie que se dé y se guarde tanto al mismo tiempo".

Eso fue todo. ¿Hablaría en serio aquel Zarathustra recién salido de una "nursery"? Guy archivó enseguida el diálogo sin analizarlo, dejándoselo quizá al alma para que, con su percepción milenaria, absorbiera aquella historia del cuerpo astral que se tendría que tener más que bien sabida.

La puerta se abrió otra vez y entró la primavera en el camarote, toda envuelta en "tartans" de los Mc.Donald.

"¡Karen! ¡Qué sorpresa! ¡Qué suerte!" exclamó Guy levantándose y yendo hacia ella, que le plantó un beso sororal en la mejilla. Enseguida, como si se hubieran puesto tácitamente de acuerdo para darle un aire parisién a su fiesta, Platon-Cadbury y Pierre se adelantaron a besar, uno de cada lado, las manos de su invitada.

"Esto no es lo que recomienda la ortodoxia" dijo el aviador, "pero tampoco es ortodoxo que las chicas de tu edad vengan a un "borrachera party" de este calibre. Gracias".

"Sí, pero mira a tu izquierda; mira en qué condiciones vengo; con un "chaperon" que no me sacará los ojos de encima" replicó ella señalando con la cabeza a Mildred y poniendo el bolso que traía sobre la litera del contraalmirante.

"Vd. deje todo en mis manos. Primero emborracharemos a su dueña". Platon-Cadbury habló con la sonrisa de condenado y la mirada ausente de alguien que está pasando por un período de depresión. Los hombres rodearon enseguida a Karen y se movieron en torno a ella como polillas prendadas y casi prendidas de una luz. Todo lo que Guy obtuvo

luego fueron apartes de uno o dos minutos con su Anadiomena. Pero ¡qué diablos! aunque aquella no fuera su noche, estaba dispuesto a tomarlo todo como una gracia celeste; era un momento del viaje en que la placentera convivencia humana se había convertido en un imperativo categórico.

La entrada y la presencia de aquella criatura tan radiante, tan llena de oros y rojos, había contrariado al tenientillo, que estiró el vaso pidiendo una tercera edición del "punch".

"No, teniente; no sin que coma algo primero. Esta borrachera tendrá que ser conquistada trabajosamente por cada uno" le dijo Mildred sirviéndole unos canapés de "spam". David pensó que, después de aquella interrupción, sería difícil si no imposible reanudar el diálogo con Guy. No se equivocaba: en todas las ocasiones mundanas surgía en éste un maestro de la dispersión. Pero faltaba un broche final. El chico fue hasta él y, sin cuidarse de la presencia de Cortés y de Pierre, le dijo:

"Perdón por haber hablado de todas esas cosas, Prof. Perdón si ha habido algún reproche. No ha sido intencional ¡cómo iba a serlo! Yo quería hablar de planes, de sueños, de diversiones, de amores, de cosas de la tierra, en suma. Pero hay gente que, con su sola presencia, impone el tema del alma y de la muerte".

Cortés levantó las cejas y los dos anfitriones silbaron,burlones.Aquel era un tono con que el David volvía al "usted", al "sir", sin decirlo explícitamente. Y lo hacía con aire de derrota, como si aquella conversación inolvidable no fuera lo mejor que podía haber ocurrido entre dos hombres de edades y procedencias tan distintas.

"Ya habrá tiempo de reir y divertirse ¿no?" dijo Guy.

"¿Cómo que ya habrá tiempo?" protestó Platon-Cadbury. "La fiesta acaba de empezar".

"En cuanto a los días que vendrán... mis sentidos no me anuncian nada malo" afirmó con el aire menos agorero del mundo aquel muñequillo de azúcar.Guy se quedó mirándolo fijamente. "Así y todo, quién sabe; no son sentidos infalibles" agregó imitando a los dos anfitriones y reteniendo la mano de Mildred contra su mejilla en acción de gracias por la forma en que lo había atendido.

Amescua y Steer entraron juntos. Guy se alegró de ver allí al esqueleto jocundo; excepto los chistes somnolientos de cada despertar, apenas si tropezaba con él, de paso, en aquella cárcel flotante en la que parecía más fácil eludirse que encontrarse. Pero en el vaivén del "party" se encontró escuchando a Platon-Cadbury:

""El buque fantasma" lo llama la tripulación. Se lo ha visto las dos últimas noches. Un escándalo de luces encendidas: no parece real. Pero la neutralidad es siempre un escándalo. No lo protege en un 100 %: por estas latitudes han hundido hace un tiempo a un transatlántico español que brillaba como un paso de procesión. Dicen que esto también es español. Lo que no le gusta aquí a los marineros es que se lo vea por cinco o diez minutos y que luego se lo lleve el diablo. Vd. sabe lo que son los hombres de mar".

"¡Qué atracción se están perdiendo los cultores del amor al aire libre!" no pudo menos de comentar Guy.

"Esos están descansando. Calafateo general. Y mientras tanto nosotros, pobres víctimas de las circunstancias, seguimos al garete".

Mildred, una ceja levantada, dio una palmadita en la mejilla al contraalmirante, como señalándole que la suya era una queja académica. A Guy lo molestó tanto verla echar dos grandes botellas de soda en el "punch" - ¿medida puritana o económica?- como lo regocijó luego ver que Pierre ajustaba la cuenta volcando en la gorda ponchera una botella entera de "cognac".

Otra vuelta de la conversación y se encontró frente a Amescua.

"Si no recuerdo mal, Vd. es andaluz" le dijo, con desplante digno de los detectives de Dashiell Hammett. "En cierta ocasión, que parece muy lejana, decidimos conocernos mejor para resistir mejor al mundo anglosajón que nos rodeaba ¿recuerda?"

"Chico, tienes razón. Me he portado contigo como un cochino." Amescua le sonreía con esa sonrisa un poco jadeante y triunfante que tienen las señoras cuando montan en un ómnibus casi en el momento de partir. "Todavía blandiendo la espada de la razón y la justicia, a mi edad. Imperdonable".

"No; la espada de la infalibilidad. Eso es lo malo".

"Es verdad. Te tengo que pedir perdón otra vez".

"Nunca he visto a un español pedir tantos perdones".

"Estoy en un mal momento, como vos".

"¿Y aparte eso?"

"Rabioso por el encierro. ¡Y yo que veía este viaje como una liberación!"

"¿Preferirías un bote al sol, en medio del Atlántico, y raciones para tres días?" le dijo Guy, siguiéndole el tuteo.

"Hombre, ver todos estos barcos arrastrarse como caracoles es una cosa que enciende el pelo. No sé si saldré más a cubierta".

"Ya verás esta aventura bajo otras lucos. "¿Qué responsabilidades tenemos aquí, eh?" Guy iba a añadir: "¿Y qué problemas?" pero recordó la tensión que había existido entre él y Amescua hasta ese momento, la repulsión de Mildred por los hombres, la cerrazón de desprecio "social" que envolvía a Cortés, el misterio de tantas actitudes de Pierre, el odio gratuito de Miss Greyfield por él, el ataque epiléptico del dios cockney y las palabras, todavía resonantes, de David Coryton. Y se tragó el agregado.

"Precisamente. ¿Quién puede vivir tanto tiempo sin responsabilidades? La civilización nos ha atrapado: estamos perdidos. ¡Yo no hago otra cosa que echar de menos los regaños de mi mujer!"

"¡Mildred!" gritó Guy. "¡Una jarra de "punch" para Amescua! ¡Caso urgente!" Y mientras ella llenaba con el brebaje preparado por Pierre un heroico vaso de una pinta, él interpeló a Amescua bajando la voz: "¡Nostalgia de la responsabilidad! El hombre no tiene arreglo".

"¿Ah, sí? ¿Y tú qué haces con esos papelotes y ese diccionario técnico a cuestas todo el tiempo?"

Los dos hombres rieron tontamente mientras Frank hacía una entrada espectacular con una bandeja en la que temblaban dos redondos montes de "aspic".

"El 'Windmill' de Londres no cerró nunca durante el "blitz" por dos razones como esas: las de su desnudo principal".

"¡Oooh!" corearon con falso reproche los invitados al escucharlo. Una vez que

Frank hubo depositado con exagerada reverencia su bandeja sobre una mesa Platon-Cadbury lo hizo avanzar hacia el centro del camarote como si le hubiera clavado en los riñones el caño de un revólver.

"Señoras y señores: principio quieren las cosas. Mr. Frank Terry va a iniciar nuestro gran programa de 'music-hall' cón un número totalmente inédito qye, después del estreno de esta noche, dudo de que llegue a ser édito alguna vez".

El contraalmirante retiró el arma amenazadora: era la manilja de una puerta. Frank, anticipando sin saberlo el teatro de 20 años después, presentó un número totalmente esquizofrénico. Cabeza metida entre los hombros; dedos de las manos cruzados y rígidos - ¿de indecisión crónica, de reumatismo articular? - mirada azul perdida en la pared de enfrente, como la de una traumatizada figura de Topolski, el hombre recitó lúgubremente la primera estrofa de la "Elegía" de Grey; y enseguida, mientras se repetían los confianzudos "ohs" de reproche, se revolvió el pelo "vedettescamente", levantó los brazos y cantó, vocalizando como una inglesa loca, el idílico estribillo de una canción de aviadores de la RAF donde todo lo que no era estribillo era militar obscenidad.

De "Full many a gem of purest ray serene" a "Violets - sweeter than all the roses" y sobre todo a lo que precedía a este "refrain" había un alto y grueso muro que Frank saltaba cada vez con más descaro y mejor impulso. En cada transición aumentaban las risas: Karen, como niña que era, festejaba el espectáculo sin recato, apoyada contra la caoba de la pared, sobre la que se volvía a toser sus carcajadas, y Steer tenía la mano puesta sobre la boca todo el tiempo para no dejar volar su dentadura. La fiesta había cuajado; era fácil ver por qué a cierta clase de alcoholes se les llamaba "cordiales".

Con la música gangosa de una victrola prestada que evidentemente procedía de la cabina del Capitán, y con un birrete y un "sporran" sacado del bolso que había traído, Karen demostró luego, bailando una jiga, que toda ella era más fuga deportiva que gracia danzante, como había anunciado el primer día del viaje. David se unió a ella en mitad del número y le robó los honores abrobáticos y carismáticos de la velada.

Agil, fuerte, sonriente, era el sol de mediodía pero con algo de angustiado y vulnerable que anunciaba el caer de la tarde, el fin del día; era como si bailaran el hombre y su sombra al mismo tiempo. "El cuerpo astral": Guy sintió al verlo que estas tres palabras le cruzaban la mente.

Mildred cantó después "Plaisir d'amour". El poqueño público la escuchó atónito. Esperaba más "chagrin" que "plaisir" de ella: su actitud con los hombres era ya un proverbio del viaje; pero el caso es que hubo más "plaisir" que "chagrin". En ciertas frases de su canto vibró, como en el recuerdo picaresco de una mujer muy mayor, algo de tarde de mayo isabelino que no estaba en el programa del Padre Martini: algo de jácara, de faldas al aire, de ardor que se ha creído inextinguible. Pero - decía ella con los tonos y acentos de su interpretación - los sentidos sólo mueren con la muerte.

Steer lloró copiosamente al finalizar la canción. Cuando lo vieron los demás empezaron a reir, y él lloró entonces con rabia. Mildred, confundida, con los ojos nublados a su vez, le llevó un vaso de "punch" y él, a manera de felicitación, le dio un leve pellizcón en la mejilla. La bofetada con que ella lo respondió hizo temblar de los pies a la cabeza a aquella especie de astilla humana, que volcó la bebida por todas partes. "Perdón, perdón" se precipitó Mildred a decirle tomándolo de la muñeca. "No he sabido lo que hacía; es más fuerte que yo; perdóneme". Pero él retiró el brazo con violencia y la miró con cara de no perdonarla jamás.

Guy, sin anuncios, se lanzó enseguida a ofrecer uno de sus caballos de batalla: la imitación de Chevalier cantando "Valentine". Sabía que lo corearían; sabían que algo del calor de violencia engendrado por Mildred se iba a disolver en risotada. Así ocurrió: aquella era una falsa canción cómico-picaresca porque así lo había querido su celebérrimo creador. En realidad se trataba de otra elegía por lo que pasó, por la gracia del pie breve y el seno menudo, primeros deslumbramientos del sexo que los años transforman en pataza y "taille d'hippopotame". Pero interpretada a la manera de Chevalier, la canción actuó como una cosquilla cuasi sicalíptica sobre los que la escuchaban. Lo malo es que Cortés se presentó a suceder a Guy con tres cuen-

tos "verdes" que nunca llegaron a madurar. Al cabo de los tres, y luego de hacer unos cortes misteriosos en una hoja de papel blanco que iba doblando cada vez más prolijamente, el desdonado personaje mostró un don sorprendente produciendo un enorme árbol de frágil taracea que era una obra de arte, única razón por la cual el público no pidió su cabeza. Este fue el aplauso mejor de la noche.

La atmósfera se había caldeado otra vez. Steer aprovechó para anunciar un número de "strip tease". La gritería se hizo infernal, y con ella esos silbidos anglosajones que Guß no se avenía a reconocer como signo de entusiasmo. Como una niebla espesísima, la borrachera iba ganando todos los rincones de la sala excepto aquel en que Mildred, un poco pálida y con los labios apretados, intentaba vanamente borrarse del cuadro.

Al son de "Tarara-boom-de-ay", un brazo estirado y la mano colgando como una flor ajada, Steer dio en torno a su público una doble vuelta que fue un triunfo del "physique du rôle", pero al revés. La "nonchalance" de aquella colección de huesos que no llegaban a constituir un saco habría sido imposible de superar en los altares del desnudo de la Place Clichy.

Se lo acogió con una risa de lenocinio, una risa feroz, que él sabía bien que escarnecería a Mildred y era lo que buscaba. Su irresistible indiferencia de "belleza profesional" levantó una polvareda de "ohs" y "ahs" en medio de los cuales el Capitán se desabotonó la parte superior de la camisa y abrió el cuello de ésta, volcándolo a ambos lados para mostrar un comienzo de clavículas que eran como dos navajas de afeitar. Era el número clásico de un campamento de "boy-scouts"; pero la ciega, repugnada gazmoñería de aquella mujer tan espléndida lo estaba transformando en otra cosa. ¿De qué servía una revancha tan indudable, pero tan amarga e insatisfactoria como aquélla?

La primera revelación de su "cuerpo" evocó cuatro o cinco risas cortas; risas estúpidas, alcohólicas, fugaces, que eran más de expectación que de estupor. Pero Platon-Cadbury colaboró bien con él lanzando varios rugidos de desdentada concupiscencia desde su asiento. Parpadeándole coquetamente, el improbable émulo de Gypsy Rose Lee levantó un centímetro el pantalón corto de su uniforme tropical. El contraalmirante levantó a su vez todas sus carnes del asiento en que estaba hundido como un Herodes de carnaval y soltó un pellizco en aquel largo hueso que era el muslo del Capitán. Este se

escandalizó, se encocoró (era un actor como para encabezar una compañía) y, corriendo hacia Platon-Cadbury cuando volvía a su asiento, le arreó un pescozón con una furia magistralmente simulada.

No necesitó más Mildred para levantarse, coger a Karen de un brazo y llevársela con un "Buenas noches" que sonó a "Ahí se pudran todos Vds. juntos".

"Maldita mujer. No hay quien la aguante" dijo Amescua entre dientes.

"Un aplauso a Mildred" propuso el contraalmirante levantando la mano conciliadoramente en el momento en que Pierre salía tras de ella. "No sé cómo, ni dónde, pero Miss Stokes es la que ha preparado todas estas buenas cosas que estamos comiendo".

El aplauso fue general, y Steer el que hizo más ruido de todos; pero decidió no concluir su memorable "performance". En pocos segundos todo perdió el buen cuajo de diversión que había cobrado; todo se acalló, se asordinó, y hasta empezó a contrapuntarse en dúos de conversación. Sobre la "fiesta" descendió muy pronto ese dosel de melancolía delirante que cuelga sobre los bares de los dramas de O'Neill, cuyos parroquianos, retóricamente, cortejan a la ilusión que parece sonreirles desde el fondo de un vaso.

A la una de la mañana lo que se había anunciado en las invitaciones como chiste era ya una bochornosa realidad. Era la hora de Amescua, la hora de la menopausia quejumbrosa. Quizá por ello, del limbo en que cayó la conversación casi enseguida, a Guy sólo se le quedaron grabadas en la memoria algunas de las frases del andaluz:

"No podemos con nuestra propia estupidez... Sí, yo el primero. Aquí mismo, en este rincón, he podido arañar el misterio, he entrevisto el supremo consuelo; me han convencido de que el espíritu nos sobrevive y, sin embargo, no he hecho nada, NADA. Es como si hubiera visto un número de ilusionismo en un teatro de variedades. Eso les ocurre continuamente en todas partes a escritores, a filósofos, a hombres ilustres. Mucho asombro en el momento, y luego vuelven a su vida de carátula, que les parece lo seguro, lo verdadero. ¿De qué estamos compuestos? ¿Por qué somos así? ¡Ay, mundo, mundo! "Kindergarten" de niños viejos y con el hígado podrido. Todo lo transforman en un juego: juego del éxito, juego del poder, juego del sexo... Pero lo que excita a los hombres, todo aquello con lo que pretenden divertirse, no es negocio de hombres, no, sino de niños vie-

jos y podridos. Y lo que escriben y dicen es siempre lo de aquí, lo de ahora mismo, tan pronto olvidado como una canción de moda. ¡Ah, mundo! ¡Qué desperdicio terrible de vidas! Peor que una guerra".

Y en un aparte de Platon-Cadbury con Pierre y con él Guy vio cómo se levantaba de aquel espeso mar de carne del contraalmirante algo del misterio que cada hombre pasea consigo:

"Se portó conmigo como una verdadera hija de puta. Treinta años de vivir juntos. Treinta años; no es un día. En Cambridge ella iba a Girton y yo a St. John's; nos gustaban los mismos poetas, Elizabeth Barrett y Francis Thomson; la misma época inglesa de arquitectura y decoración; nos gustaba Sir James Barrie y no Pinero, la ginebra, no el "whisky"; el "soccer", no el rugby... Yo siempre había postulado ese acuerdo perfecto. Marido y mujer tienen que nacer en el mismo barrio, en la misma esquina, de cía; y entre los padres de uno y otro tiene que haber ya una vieja y sólida amistad... Además, tienen que tener absolutamente los mismos gustos: sólo así se podrá atenuar ese duelo terrible que late siempre en cada espermatozoide y en cada óvulo. Un poco más de "bourbon" aquí, viejo Pierre. La condición de los padres no se cumplió en nuestro caso; pero no sólo teníamos gustos idénticos (a alguno de Vds. dos debe habérsele ocurrido ya que esto era muy sospechoso) sino que nos entendíamos perfectamente bien en la cama. La pasión duró como veinte años: un colmo. Evolucionamos de una manera muy parecida; nuestros gustos cambiaron con muy pocos grados de diferencia... De cada viaje de servicio yo le traía alguna piedra valiosa; alguna esmeralda, algún rubí de luces particularmente bonitas. Al cumplir ella cuarenta años - yo tenía cuarenta y dos - hizo todo un drama: parecía que de ahí iba a bajar a un asilo de ancianos, a los sótanos de la existencia... Desde entonces empezó a gastar entre quince y veinte libras por semana en peinadores y casas de belleza; si mi padre no me hubiera dejado una discreta renta mensual, la mitad de mis haberes se habrían ido en colorete y laca. A los cuarenta y cinco años le entró pánico: yo tuve que decirle que esos dos o tres kilos extra que no podía rebajar ni con los más grandes sacrificios le sentaban espléndidamente - como era la verdad -; pero que si prefería estar flaca y que

se le notaran las arrugas... La palabra "arrugas" desató una tempestad de llanto. Para calmarla prometí comprarle una casa en Regent's Park. Ella me dijo que no era un regalo si no estaba a su nombre, y que de todos modos estaba segura de morir antes que yo. Y así la tuvo. A los cincuenta las crisis de llanto eran ya crónicas. Con toda aquella lealtad y amistad que hubo siempre entre nosotros, algo pasaba que Mona no me quería decir. Estaba siempre llena de evasivas, de excusas; salía todo el tiempo. Un buen día la hice seguir y ¿a que no saben qué?" Aquí el contraalmirante se puso a reir como un loco. "Se veía con un lánguido espárrago de 22 años, peluquero con el pelo teñido de rojo y unos bucles exquisitos, a quien creía todo lo que ya no me podía creer a mí cuando le hablaba de su aspecto, de su atractivo. Al día siguiente le pregunté si no tenía nada que confiarme. "Sí", dijo. "Quiero un divorcio lo más rápidamente posible. Si no me lo dejas pedir a mí, haré que lo pidas tú... después de un escándalo. Quiero la mitad de tu sueldo: la necesito para Ted. Y la mitad de tu renta: la necesito para mí. Mis abogados te verán mañana por la mañana. Ellos utilizan el mismo detective con el que me has hecho seguir y dicen que, francamente, tu gesto les parece de pésimo gusto". Aquí Platon-Cadbury dejó escapar una cascada de risas huecas, secas, que parecían golpes. "Y esto después de toda la amistad, todo el acuerdo y toda la pasión carnal del mundo. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!"

Porque la frágil hora
en que tu pie se apoya es un espejo,
si das un paso más te quedas sola.
(Jaime Torres Bodet - "Soledad")

La voz de Frank retumbó en el oído de Guy como si saliera de una caja de resonancia:

"Son las once, señor. ¿No se va a levantar? Tengo que hacer su cama".

"No me voy a levantar. No tengo cabeza. Ya me he sentado dos veces en esta losa de piedra y los sesos se me van en todas direcciones".

Frank rió. "Fue todo un 'party', señor. Han logrado Vds. un triunfo en toda la línea: el barco entero está contra Vds."

"¿Cómo?"

"El barco entero está contra Vds., señor".

"¿Por qué?"

"Varias cosas. El ruido que se oyó en todos los camarotes de primera hasta las cuatro. Y eso fue lo de menos. Pero mejor se lo cuento luego. Cuando le traiga algo de almuerzo".

"Por favor, Frank. No me hable de comer, porque se me va el estómago por el ojo de buey. ¡Ah, ya que está aquí, saque mi billetera del pantalón, tome una libra y cómpreme en la cantina seis latas de albaricoques en almíbar! Lo único que podré tomar en varios días: compota de frutas".

"¿ Y eso me es comer?" Guy no contestó y el camarero dijo con tacto elemental:"Muy bien, señor".

"Frank, hablaremos cuando vuelva, ¿eh? ¡¡¡Uy!!! No sabía lo difícil que es vivir sin cabeza".

"Si me permite, Mr. Delatour, sir, dejando la cabeza a un lado, yo sé que Vd. tiene un hígado de hierro - el hígado es más o menos necesario también ¿no? - pero de todos modos ¿podría darle un consejo? Deje que Collins le haga un "Bloody Mary".

"¿Y eso qué esm?"

"Ya verá Vd., señor, cómo lo entona. "Bloody Mary" es la amiga de las temibles ma-

ñanas siguientes".

Guy cayó en su colapso de antes: estaba en la edad feliz en que uno duerme sus borracheras. Veinte minutos después lo despertó Frank. Tuvo que ayudarlo a incorporarse un poco y le sostuvo el vaso mientras lo bebía de un golpe, como una medicina.

"¡Ah! Es jugo de tomate. ¿Y esto es bueno para la borrachera?"

"Excelente, señor".

"Pero pica".

"Eso es la pimienta. Una caricia para el sistema digestivo".

"Y en el corazón de la bebida hay algo fuerte".

"Vodka. Los rusos son nuestros aliados, señor".

Guy lo obsequió con una risa moribunda.

"¿Qué pasó anoche? Yo me vine a dormir a las tres, creo".

"Quedaron cuatro invitados más manteniendo el fuego sagrado. A las cuatro el contraalmirante Platon-Cadbury, después de llamarme varias veces - ¿pensaría que soy un "zombie"? ¡como los "zombies" no duermen! - hizo sonar la alarma. Todo el mundo, naturalmente, cree que fue una confusión."

"Yo no oí nada".

"Ha salido ganando, Mr. Delatour. Hubo como treinta pasajeros que salieron en "pijama" y salvavidas a cubierta, espantados".

"No me diga esas cosas que no tengo ganas de reirme".

"No es cosa de risa, señor. Por lo visto Vd. no se da cuenta del peligro que se corre cuando un convoy se pone en marcha".

"¡¡¡Uy!!! Lo que sé es que no voy a emborracharme nunca más. Esta es la segunda vez, y la última".

"¿¿Segunda?? ¡Qué hígado!"

"Segunda, En toda mi vida. Lo juro. ¿Qué otra cosa pasó? ¡Ay mi cabeza! ¡Ay mi cabeza! Esta sí que me ha fallado, la asesina".

"No la deje caerse todavía. La necesita para escuchar algo más, algo muy interesante; al salir del camarote el señor de Grut se puso a jugar en cubierta con un fusible

y de repente se encendió una luz. Justo cuando pasaba el "buque fantasma" muy a la distancia. La gente se ha puesto terriblemente en contra de él, señor. Dicen que en el mejor de los casos no sabe beber como un "gentleman".

Guy preguntó lúgubremente:

"Y en el peor?"

"Se habla de "sabotage", de espionaje, ¡qué sé yo!"

"Qué disparate".
"Eso es lo que dicen".
"Perdone, pero me siento mal. Tengo que ir al baño ahora mismo".

"¿No le dije que el "Bloody Mary" era excelente?"

Frank se aprestó para recibir al pasajero al ver que iba a tirarse desde su litera alta; pero milagrosamente Guy aterrizó en pie. Y aunque en un "zigzag" loco, fue por sus propios medios que llegó luego a destino.

Horas más tarde, en un corto momento de lucidez, Guy divisó a Steer y lo felicitó por su número en la fiesta. Hablaba con los ojos cerrados; tenerlos abiertos era quitarle su verdadera dramaticidad a aquel "guayabo".

"¿Mi número? Lo que viste no era nada: la cosa iba a seguir, con todas sus consecuencias. Yo me tomo la diversión muy en serio" farfulló el Capitán, momentáneamente sin dientes.

"Entonces Mildred se fue a tiempo".

"No me hables de esa mujer; está loca. Hablemos un poco de... nuestro anfitrión". Las consonantes de Steer se precisaron y recortaron de pronto al decir esta palabra: la dentadura estaba en su sitio.

"Dame agua, viejo chivo. Voy a intentar ver si soporto un par de aspirinas".

Steer llenó un vaso sin dejar de hablar:

"¿Tú crees a de Grut capaz de encender a propósito una luz en cubierta? ¿En pleno 'blackout'?" preguntó a Guy.

"No, qué va. Si fuera un neurótico, un personaje torturado, todavía. En el blanco iluminado de repente para el enemigo - este barco - va él. ¿Qué espera la gente que lo acusa, convencernos de que un "bon viveur", como Pierre, un tipo que quiere a la vida

y la goza en todos sus refinamientos, lleva en el fondo a un kamikaze?"

"¿Qué es eso?"

"Un guerrero suicida japonés".

"¿Quién, Pierre?"

"Sí, Pierre. Lo malo es que hace unas cosas... inexplicables. Se diría que juega a asustarnos, a hacerse pasar por un personaje siniestro".

"¿Con qué objeto?"

"No sé. Para engañar al enemigo. O a los ingleses. Alguna misión ha de tener, algún motivo. No sé".

"¿Agente doble?"

"No. Yo he hablado de un juego".

"Pues los juegos, a la hora del recreo. ¡Uy, qué cara! Después de todo, son dos aspirinas, "little boy".

"Me olvidé de tragarlas por hablar".

"¡Un juego! Si este barco se va a pique, te juro que agarro a ese mozalbete y..."

"¿Tú crees que si nos hundimos vas a tener tiempo de agarrarlo y?"

"Es una consideración interesante".

"¡Ja, ja!"

Oir a Steer sin verlo era una experiencia curiosa. De su voz salía otro personaje completamente distinto. Y coherente, pensó Guy. "Un amigo ideal para algún ciego", se dijo en uno de esos raptos de "humour" impío con los que seguía prolongando su juventud montevideana.

La voz de Steer desapareció de la zona de su conciencia y, absurdamente, Guy se dijo que se estaba muy bien cuando uno se sentía mal. Atrás la tensión de enfrentar diariamente al mundo, de controlar los propios nervios, de hacer una cosa y hacerla bien: este horrible nirvana en que la cabeza de uno nadaba, y la conciencia se hundía, y se perseguía desesperadamente el sueño como si se tratara de un trámite eterno, era una paz y como una vuelta a la infancia, con sus fiebres y sus pestes plenamente justificadas por el mimo materno y los regalos que de otro modo no se tendría nunca. Aun sin

mimo y sin regalos, un malestar así era una maldición bendita y bienvenida.

En el duermevela que sucedió a la taza de tó solícitamente traída por Frank a las cuatro de la tarde, Guy, que creía funcionar con poquísimos vatios de energía, revivió con todos sus volúmenes (no recordó; recordar era otra cosa) un episodio de tres o cuatro años atrás. Lo revivió sin preguntarse si era simbólico (todavía no tenía cabeza como para ello) ni si el pensamiento se lo traía a primer plano para decirle que la aventura no era lo que estaba viviendo en aquel barco sino lo que había quedado atrás, sin ser vivida de plano ni aprovechada; Guy había estado demasiado ocupado en cultivar el arte exquisitamente latino de tener lástima de sí mismo como para reconocerla, asirla, transformarla en experiencia.

Por esos años el primer saludo de los tamboriles en el carnaval de Montevideo era un toque de alarma para él. La alarma resonaba con inmediato eco en el pequeño patio con veranda de la casa del Prado en que su padre, sus hermanas y él paseaban ese malentendimiento fundamental e incurable de los seres humanos que la demencia de uno de ellos hace salir a luz inevitablemente, como un reactivo químico. ¡Ah, los tamboriles! Su ruido traía un mensaje inequívoco a ciertas zonas de la mente de Carmen y tenía un efecto automático sobre las glándulas que le daban su mejor acento de mujer. Era como si el jardín oscuro, lleno de maleza hereditaria, por el que vagaba aquella encrespada criatura con su máscara siempre serena produjera de pronto enormes lianas traicioneras, carnívoras flores y, organizado en selva, sólo a los ruidos de la selva atendiera. ¡Esos tamboriles!

La fiesta de la calle, axilar y roma, le había revuelto siempre el estómago a Guy. El, con ética en la que había mucho de estética, veía al mundo como una Arcadia malograda de cuyas "élites" podría y debería haber sido cada hombre - haber sido y hasta ser - elemento constituyente: el sueño de su padre, el sueño de la Europa de principios de siglo. Pero en vez de eso tenía ante los ojos la muchedumbre patética que en los carnavales se agitaba, se tocaba y se olía en un verdadero éxtasis de saber respirar, de poder gritar. Ellos dirían que no eran más por falta de oportunidad; pero en el Uruguay de entonces todo era gratuito, empezando por la educación. Todo... menos la nobleza natural, menos la vigilia permanente de la sensibilidad.

¡Cada hombre, una flor de "élite"! ¡Qué lejos estaba el triste Quijote uruguayo en esta demanda de la compasión de los pueblos muy viejos, de su tolerante, resignada sabiduría! El clamor de Sudamérica empezaba ya a ser "Todo, ahora, para todos"; todos somos iguales"; clamor vano porque pocos producían algo que se pudiera repartir entre todos. Como posibilidad, la Arcadia de Guy empezaba a alejarse definitivamente, aun en aquel país que se quería ejemplar. Mientras tanto, se multiplicaban los satisfechos con saber respirar y poder gritar, los condenados a ignorar por siempre jamás qué tormentos de ambición y duda, qué terribles esfuerzos de la imaginación y la voluntad había detrás de una situación, una posición, un nombre.

Pero el hambre de diversión, de juego sexual que se despertaba en los centros del ser doble y siempre sorprendente que era Carmen apenas empezaban aquellos tamboriles a rascar la médula espinal de Montevideo anunciaba un drama de la clase media acomodada a la que pertenecía, no un drama general de "la metrópolis". (¡Ja! Cada vez que alguien decía "metrópolis" para referirse a aquella aldea, Guy soltaba una risa avergonzada). Pero en otros estratos más modestos de la sociedad montevideana - gente que todos los años recibía ruidosamente la cuota de placer ordenada para ellos por los dioses del municipio - nadie se habría preocupado demasiado por la inquietud génito-carnavalesca de una chica. Allí no se llamaba "chicas" a las niñas solteras como Carmen, sino mujeres; por lo menos esa era la designación clásica de la página policial cuando acordaba a alguna de ellas sus dudosos honores.

En tales períodos de crisis sexual el drama doméstico de los Delatour se acentuaba por ser la esquizofrenia la que traía la cuestión sobre el tapete; sin ella, Carmen habría respondido al llamado de los tamboriles con doblez, con astucia, engrosando la legión de pequeñoburguesas que, al amparo de los dos meses de autorización para que los montevideanos salieran a la calle disfrazados, se entregaban en una casa de citas a alguno de sus cortejantes de los bailes guardando celosamente, con los brazos cruzados, el busto, que no se dejaban tocar ni besar por nada del mundo, y con el antifaz la cara, de la que ésto no se levantaba nunca. ¡Qué éxito cómico tendría aquella costumbre si se la hubiera publicado en Londres o Nueva York en ese momento! Por no ha-

blar de la risa que despertaría en el mismo Montevideo treinta o cuarenta años después.

Lo peor era que la eclosión del verano empujaba a Carmen a darse largas duchas frías que la enervaban más aún y que no tardaban en hacer reaparecer su tuberculosis. ¿Cómo podía dejársela concebir un hijo en aquellas condiciones? Guy se constituyó en perro guardián, no del "honor" de la familia - para él el honor estaba en otras cósas- sino de la salud, de la compasión por un ser que podía nacer baldado en más de una forma. Durante varios veranos, apenas empezaban los bailes de carnaval en los hoteles-casinos o en los teatros, se ponía encima un dominó y una burda careta y, encorvado para disimular su altura, seguía a Carmen siempre que ésta salía por la noche. De esto no habló nunca con nadie. Sabía qué risa zafia lo esperaba; la locura siempre divertía mucho a la gente, y cuando como en este caso tenía tintes de sexo, una anécdota así era motivo de "desopilante hilaridad", como decían los programas cinematográficos de su infancia.

"¡Qué hacés, jorobado de Notre Dame!" le gritaban algunas máscaras especialmente "espirituales". Con su repugnancia por la hinchazón romántica de Victor Hugo, escuchar aquel epíteto no era uno de los tragos ligeros de su faena. Pero con ayuda de algunos aliados - mozos, "barmen" a los que sobornaba y que imaginaban una historia de celos; nadie creía por ningún concepto en la demencia de Carmen - mantenía sobre ella, desde el momento de la entrada, una vigilancia que no aflojaba un minuto. Eran muchos los hombres que la buscaban en aquellos bailes: hombres ya maduros, casados o solterones, "colocados" políticamente, a los que su belleza atraía por lo impávida que era, por lo remota e inasible, entre aquel montón de "programas" vulgares que se les presentaban todos los carnavales.

La mitad del tiempo la pasaba Guy escondido detrás de alguna columna o alguna entrada, sin perder de vista a su hermana. Rubias oxigenadas, morenas de olor ligeramente acre y afrodisíaco, oceosas, ferozmente besadas por el sol del Plata, se detenían junto a él, tentadoras y tentadas por el eficaz misterio de un dominó. No tenían ni un gramo más ni un gramo menos de carne de los necesarios para dejar quemar la imaginación

pero a las cuatro o cinco réplicas ligeras, vivaces, cuando todo empezaba a encauzarse como se debe en una noche de Carnaval, Guy levantaba los brazos y las espantaba de un grito. Eran una distracción, y él no estaba ahí para distraerse.

"Ese loco que se hace el jorobado" se volvió un personaje célebre en los bailes de aquellos años. El loco no podía permitirse la menor tregua. Una vez que, muerto de sed, corrió al bar por cinco minutos, al volver a la sala ni Carmen ni su cortejante de turno estaban ya sentados a la mesa. Por esa época Guy no había recurrido todavía al expediente de disfrazarse; a cara descubierta era fácil hablar a los conquistadores de ocasión que encontraban a su hermana en los bailes. Pero esa vez, felizmente, pudo pescarla cuando venía corriendo hacia la entrada del hotel y detenerla. Felizmente o infelizmente. Mucho antes de su congestión pulmonar, y desde luego continuamente después de ella, ¡habían sido tan breves las pausas en el atormentado paso de la pobrecita por sanatorios y hospitales, y tan pocos los momentos de placer que había tenido!

El galán salió como una flecha de su automóvil a encararse con Guy. "¿Pero Vd. qué se cree? ¿Qué es lo que pretende hacer? Su hermana no es una menor ¿sabe?; es una mujer, libre y dueña de sus actos" le dijo. "Dueña de sus actos no; ahí se equivoca" retrucó Guy, a quien la introducción de aquel término de crónica policial - "mujer"- había encrespado. Pero no pudo decir nada más. Un fuego graneado de bajunas invectivas llovió enseguida sobre él; Carmen las mezclaba con términos clínicos y detalles venéreos que no habría podido aprender ni en veinte años de prostitución profesional.

Era un demonio terrible e incalculable el que hablaba por aquella boca perfecta y perfectamente pintada; y lo curioso es que aun en la violencia de aquel momento -tres personajes congestionados, cargados de sombra, envueltos en aquel ostal lido de palabrotas mientras por los ventanales abiertos una rumba de los Lecuona Cuban Boys insistía en que el amor "es sabroso y dulce como el mamey" - le volvió a Guy la idea de que un alma antigua, a veces sabia con sabihondez que sobrepasa las luces todavía limitadas de la ciencia, habita la mayoría de los hombres. Hasta en aquella criatura tan bella en que la locura latente había velado y casi cegado ciertas zonas del entendimiento desde muy niña despuntaba esa alma antigua: ¿cómo explicar, si no, su sabiduría médica y clínica del sexo, todos aquellos términos terribles y abyectos que ninguno de los dos hermanos había oído jamás? La idea pasó como una estrella fugaz por los cielos de

angustia que se habían cernido de pronto sobre los tres personajes; pero el fuego siguió y siguió; imposible cerrarle los oídos.

En aquel rostro siempre plácido, siempre perfecto de Carmen, casaban plausiblemente los rasgos de Vivien Leigh con los de Susan Hayward: fina porcelana de Chelsea, finas lacas de Max Factor. Pero en pocos minutos esmalte y lacas de su belleza serenísima habían saltado aquella noche, y los ojos se le habían puesto redondos y feroces, más que de ira, de miedo; el miedo de perderse para siempre por una vertiente de desvarío.

Su galán, desnudado, retrocedió dos o tres pasos. En aquel momento Guy se encontró pensando: "Si una sola vez - una sola vez, por un minuto - se mostrara Carmen así delante de un juez o de un psiquiatra, que nunca la ven sino con su sereno rostro de mártir, todavía se podría hacer algo por ella; tal vez salvarla. Pero no; tiene que ser este monigote el que ve lo que sólo nosotros vemos en casa".

"Vos sos un tipo sexualmente muerto" dijo ella de pronto en su arrebato, y esto le dolió a Guy como sólo duelen las verdades; "por eso no sabrás que los ovarios de una mujer necesitan del riego del licor de un hombre; no sabrás que sin eso no hay equilibrio". El no se preocupó por verificar luego el postulado, pero la sola idea enfrió al galán carnavalesco en aquel momento como si le soplara por dentro la primera brisa de la sonochada de marzo. ¡Qué "shock" para aquel Arlequín sin disfraz, aquel amante que se jactaba de ser "tierno" y cuya técnica de alcoba abundaba en requiebros de hortera! Pero no para Guy; Guy ya había oído otras mujeres hablar así en dos clínicas para alienados a las que Carmen había consentido en ingresar para una cura de reposo buscando nuevos aliados en los torpes psiquiatras que las atendían. Eran enfermas que atravesaban por la roja nube del delirio sexual; el soldado más obsceno, el carretero más enfurecido, no alcanzarán nunca el lujo de insulto de una mujer en ese estado, ni escupirán su terrible baba de indecencia, de bajeza.

Ahora que Carmen había logrado empujar a gritos a los dos hombres a los patios de los atridas, Guy miraba persistentemente hacia el hotel, trataba de oir la música. Salir de aquella escena; huir de aquella voz. En vano había repetido todo el tiempo: "Callate, por favor, Carmen", "¿No ves el efecto que hace lo que decís?", "¡Callate! ¡Por todos los santos, callate!", "¡Si no tenés consideración de tí, o de mí, tenela de él!" señalando con la cabeza al pálido testigo de la escena. Ella contestó una sola vez, con una rabia en la que Guy reconoció la que su abuela ventilaba en sus memorables

visitas: "Hablo así por culpa tuya. Por tu culpa, cretino, impotente de mierda. ¡Si no te hubieras metido donde no te llaman, yo no habría tenido que cantar estas cuatro verdades!"

En momentos así Guy se repetía sin cesar: "No hacerle caso; es una enferma, no sabe lo que dice". Pero los enfermos mentales saben siempre lo que dicen cuando se lo dicen a algún objeto de su pasión, amor u odio. Y él no había podido permanecer nunca indiferente ante el encono de Carmen. Una tarde en que la primera guerra mundial todavía era una novedad en las primeras planas de los diarios ella le había lanzado unas tijeras para darle "justo en el ojo" como explicó después con una firmeza increíble en sus cuatro años escasos. A los cinco y medio, como él tenía entonces, el gesto lo espantó no con el simple miedo instintivo de un niño, sino como vislumbre del mundo, de la vida, que podía contener semejantes cosas; y la punzada que aquel descubrimiento le dio al corazón mientras se tiraba al suelo en un esquivo relámpago equivalió a años de conocimiento, años de adulta experiencia. Entonces, como ahora, nadie había sabido o querido ver el demonio de la locura agazapado tras la espesura de placidez de que estaba hecha Carmen.

Pero por lo menos esta vez, después de la terrible andanada, Guy logró su objeto. "Perdone, che, viejo; tenía razón. Buenas noches" dijo el conquistador, que se disolvió en el cuero sintético del asiento de su coche y partió. Carmen no lloró; no lloraba nunca. Las heroínas griegas, luego de sacudir a las piedras con sus gritos, se sacudían ellas mismas en el beneficio del sollozo; pero Carmen, nunca. Carmen volvió al baile, pero con unos ojos tan desorbitados que sus amigas encontraron pronto pretexto para dejarla.

Esto fue un relámpago en la monte de Guy; enseguida lo visitó una de esas escenas en que todo parecía tener la misma desesperante realidad de la muerte de su madre. Este era el baile del Solís, y Carmen, como lo exigía la costumbre, iba disfrazada. Ya por esta época, desesperada por las trampas del solo fraternal, increpaba a cuanto hombre de dominó encontraba por ahí, y a veces a alguna mujer feliz de poder disimular su condición de tal en las efímeras glorias del "travesti". Pero Guy no cambiaba su clásico disfraz; un dominó y una careta se quitaban en un santiamén; en un caso así era conveniente tener su identidad a mano.

Los porteros, que lo conocían en todos los teatros y cines de moda, y a los que sien

pre dio estupendas propinas, estaban confabulados con él. Después de mostrarles al acompañante de turno, todos se pasaban la palabra: quien lo viera salir a esperarla - ella ya no entraba ni salía junto a nadie - debía detenerlo y decirle: "Lo llaman adentro de urgencia, señor. Por teléfono, señor." El señor de marras, vanidoso como todos los hombres, daba invariablemente por sentado que los porteros sabían cómo se llamaba y caía en la celada. Junto a una puerta de la Administración estaba Guy, sin careta pero con una amenaza que iba a jugar como si fuera un revólver.

El careo falló dos veces en aquellos tres carnavales consecutivos: 1936, 37, 38 (los más críticos para la enferma) y ésta, la tercera, había estado a punto de fallar también. El tango llorado por los violines de D'Arienzo se extendía como un óleo fúnebre por sobre la enorme alfombra roja que cubría el patio de butacas; aquella pesadumbre ritual, tan bien retratada en las caras descubiertas de los timoneles del ritmo, estaba perfectamente ambientada por una penumbra sobre la que jugaba la clásica bola de espejo suspendida en lo alto y asaeteada por varios reflectores. Junto a una de las salidas laterales, los gritos y carcajadas de una mujer de suculento escote que tres viejos, con pomos de éter en la mano, pretendían refrigerar (¿para dividirla en cuartos y repartírsela?) eran una violación de aquel duelo del tango , pero nadie se daba por ofendido. Después de todo, era Carnaval, y el grito y hasta la alegría estaban autorizados por el Intendente de Montevideo.

En los períodos de tango penumbroso que alternaban con los de "jazz" Guy se dirigía siempre al vestíbulo del teatro, donde muchas noches su espera fue vana; a veces a Carmen le era suficiente el solo espectáculo del baile, con su cautelosa animación, la cosquilla de su música, sus perfumes chocantes, su promiscuidad enmascarada y los requiebros que los hombres decían con una voz laríngea y con inflexiones de primitiva hidalguía rural, arrastrando las sílabas y dando a la tónica del discurso altibajos que un extranjero habría tomado equivocadamente por quiebros de ironía. Ese solo espectáculo bastaba para calmar la gana de diversión de la pobre criatura, la imperiosa necesidad de salir de su propio infierno. Y allí quedaba hasta el final.

Su delirio sexual era más retórico que otra cosa; ella no atacaba a nadie ni acep-

taba como compañero a cualquiera. Lo tremendo para Guy era tener que disponer así de una vida, aun de la vida de alguien por quien no había aprendido todavía a sentir la necesaria caridad; cerrar las puertas del amor - por fugaz que fuera - a alguien que no podría esperar ninguna otra satisfacción. Y hacerlo solo, sin ayuda; cuando, delante de los dueños de tiendas en las crisis de megalomanía o delante de sus pretendientes de Carnaval en las de la líbido, invocaba a médicos y jueces, Guy mentía con todos sus dientes; oficialmente nadie había reconocido todavía la enfermedad.

Las columnas clásicas, el embaldosado italiano de grandes losas blancas y negras, las grandes arañas del vestíbulo y la amplia explanada que se extendía delante del coliseo ~~M~~ un teatro elegante, señorial, construído en épocas en que la gente de Montevideo quería ser elegante y señorial - eran un escenario demasiado armonioso para la sórdida jugarreta que Guy se había obligado a hacer una vez más. Fuera, en el aire húmedo y todavía tibio, pasaban sudando su falsa alegría los ocupantes de algún camión que se había separado del corso y volvía a las literalmente tenebrosas calles del Barrio Sur. Eran mulatos a los que, de~~M~~ haberse inventado entonces la asistencia técnica, habría habido que enviar a Río de Janeiro a seguir un "stage" de vitalidad y embriaguez dionisíaca.

Como tantas otras veces, el guardián a pesar suyo se había quitado la careta. Tenía la mejilla reluciente de sudor, los ojos más hundidos que nunca. El dominó le flotaba sobre la carcaza enjuta, sobre la magra carne pegada al hueso y quemada por la terrible tensión nerviosa de aquellos años. ¿Dónde estaban la alegría automática, el chiste inmediato con que salía al encuentro de sus compañeros de oficina? Un espejo le presentó su larga, escuchimizada imagen: tenía la cara y el cuerpo de la soledad. De pronto le subió al cuello la náusea de lo que estaba haciendo, del melodrama que se vivía en su casa, de aquel festival pagano para el que Montevideo era incapaz de convocar una sensualidad que estaba permanentemente ausente de sus costumbres y prejuicios; apenas si podía contribuir a él - y esto no sin esfuerzo - con una cuota extraordinaria de grosería.

"¿Qué hago yo aquí?" se oyó Guy decir en voz alta en su litera del barco, dando voz al pensamiento de aquel Guy de dominó, ya tan lejano. El grito le salió tan de dentro

que parecía dirigido al planeta, al mundo.

En ese momento el mpersonaje de turno apareció solo. Era un juez joven, de mirada altanera, jeta negroide, rostro vulgar; un hombre suficiente que, sin vocación alguna para la ironía, la reemplazaba con una sonrisa despectiva que esperaba que las gentes confundieran con un "sense of humour" muy personal. A Guy le dio asco hablarle; en ese momento se le cayó encima la soledad, la truculencia del trámitomen que estaba metido, la forma en que el destino cargaba los dados contra su casa; la enfermedad tampoco había dejado intacta a Silvia, y unos meses atrás habían pasado todos momentos de zozobra al verla combatir un ataque de púrpura.

Generalmente estaba demasiado tenso para dejarse caer como esta noche; pero su desmayo, ahora, era orgánico más que del espíritu: un cansancio de corredor de fondo, de cazador que empieza a perder la vista o simplemente de hombre que en cierto momento no puede más con la vida. Náusea y desmayo. Qué vivos los sentía hundido en aquella litera, camino quizá de una muerte inmediata. Y qué inútil, en el fondo, lo que estaba haciendo por Carmen. Ahora que acababa de surgir el médico que había comprendido y que dos días atrás lo había escuchado con simpatía - y sobre todo con inteligencia profesional - la larga lucha con la ciudad, con su sordera y su sospecha casi siciliana de todo lo que se le presentara con la etiqueta de locura, parecía perfectamente inútil; la enferma no se salvaría, no se curaría; para que la internaran se necesitaba una catástrofe, un escándalo nacional.

Pero ¿qué mayor escándalo que el de haberse deshecho toda pretensión de armonía entre un padre y sus tres hijos; qué mayor catástrofe que la de haberse pulverizado un hogar donde, fuera del amor fraternal de Silvia y Guy, no quedaba ningún calor, ninguna paciencia y casi ningún recuerdo? La discordia había barrido los últimos restos de respeto de él por su padre y de Carmen por todos los demás; pero ellos se habían acomodado a ese "modus vivendi" como si no hubiera otro. "Construye tu destino" recomendaban los evangelistas norteamericanos en una visión blanca y rosa de pastillas de altea que borraban ya, a brochazos de alquitrán y sangre, los Sherwood Anderson y los Faulkner. "¡Construye tu destino!" La carcajada que sacudía a Guy sobre

aquellas sábanas de la litera estaba en el mismo diapasón de la de Platon-Cadbury al evocar la "coda" de su armonioso rondó conyugal.

Náusea y desmayo. Pero se lanzó, sudoroso y más tartamudo que nunca, a detener al joven juez.

"¿Cómo, Fiorimbocca, tan temprano se va?"

"Y Vd., che, ¿qué hace aquí con ese dominó, en vez de estar divirtiéndose dentro?"

"Esp -p-pero a alguien."

"Ya sé que espera a alguien; pero puede esperar sentado, porque ese alguien no está ya aquí" dijo Fiorimbocca con una sonrisa que invitaba a romperle la cara. (¡Ah, tener que hablar, tener que hablar; tener que tartamudear en esos momentos en que necesitaba que su elocuencia y su sarcasmo fueran absolutamente aplastantes!)

"N-n-n-no es cierto. Si hablamos de la misma p-p-p-p-persona - que es mi hermana- me consta absolutamente q..q..q...que no es cierto." Tenía que seguir hablando a toda costa y haciendo hablar a aquel tiparraco que le inspiraba un desprecio superior todavía al que Fiorimbocca sentía por él. Carmen acabaría por salir; vendría la confrontación; se acabaría por fin otro capítulo de aquella cacería interminable cuyo arte estaba en soltar a la presa lo antes posible.

"Yo diría que sí, pero antes le diría otra cosa. ¿Por qué no va Vd., Vd. mismo, a un psiquiatra, y se hace ver?"

"¿Yo?" Para acompañar el monosílabo con una risa Guy tuvo que recurrir a todos sus talentos histriónicos de Libra.

"Sí, Vd. Carmen me ha tenido al corriente de la vida que Vd. le da. Vd. y su padre, por la forma en que la torturan, por las cosas de que la acusan, parecerían paranoicos clavados los dos. Como juez, yo he tenido que leer mi poco de psiquiatría. Si siguen tratándola así, donde se descuiden van a encontrar a alguien que los haga recluir a los dos".

"P-p-p-p-p-pues no ha leído lo b-b-b-b-bastante" dijo Guy, destruyendo el efecto sarcástico de lo que quería decir con su "ralenti" de ametralladora.

"Che DeLatour, los días que está así ¿por qué me eligo palabras que empiezan por

p"?

"P-p-p-p-p-p-p-porque se me da la realísima g-g-g-g-gana". La contestación hizo reir desatadamente a Fiorimbocca. Pero Guy marcó su tanto de todos modos; aquella "p" lo hizo escupirle suntuosamente a su interlocutor en una mejilla.

Un repugnante olor a éter presidió por un momento la conversación; en su litera Guy pensó que alguien le ponía una compresa y se revolvió vanamente. Era un "foot-baller" que perseguía a una regordeta dama antigua de la sala a la calle.

"¿Quiere un consejo de amigo? Deje a su hermana en paz. Yo no tengo nada que ver con ella; pero creo que tiene derecho a hacer su vida. Después de todo, estamos en 1933".

"¿Hacer su... su... su... vida? Si su hermana viniera a estos b-b-b-b-bailes, no le llamaría Vd. l-l-l-lo mismo".

"No se meta con mi hermana, que es otra clase de persona".

"¿Y entonces, q...q...q...q...?" Esta vez Guy tuvo el sentido suficiente como para no completar la palabra. "Vd. p-p-p-p-p-prefiere p-p-p-pensar que la locura de Carmen no es - no es - no es - mental ¿no?"

"Allá ella. Vivir y dejar vivir. ¿No lo parece?"

"Compadezco al litigante q-q-q-q- que se/vea f-f-f- (aquí Guy volvió la cabeza a un lado; con una escupida en la cara estaba perfectamente cumplida) f-f-forzado a c-c-c-comparecer en su juzgado. Ya hemos tenido que... que... ver con dos jueces co... como Vd. Aquí los psiquiatras no saben nada de su oficio ¡van a saber los jueces!" Le había salido una frase limpia; se animó. "Lo horrible es que toda una sociedad compuesta de ignorantes y de... de cobardes, espere y haga esperar a que un effermo mental perpetre algo... irremediable, p-p-p-prenda fuego a su casa (C...C...C...Carmen ha intentado ya hacerlo), mate a alguien ¡qué sé yo! Nosotros queremos que se cure, pedimos ayuda. Es todo lo c-c-contrario de lo que Vd. c-c-c-cree".

"Hay una sola persona que pueda ayudar en casos así: el médico".

"De esto... aquí los... los... los..."

"Médicos" lo ayudó Fiorimbocca con una de sus odiosas sonrisas.

"... de esto no saben nada".

"Así es como hablan los locos, amigo; todos dicen que los psiquiatras no saben nada".

Una máscara alta, disfrazada con un kimono, dos enormes crisantemos plantados en una peluca de cerda y un antifaz del que colgaba un volante que le cubría el rostro hasta el cuello, se detuvo por un segundo al oir aquella frase, pero siguió decidida hasta la puerta. Apestaba a "Orgía" de Myrurgia, un perfume que Carmen nuncaa se habría puesto. Iba en puntas de pie y oscilaba un poco a un lado y otro al andar, como si hubiera bebido en exceso. Pero al llegar a la puerta tosió y Guy la reconoció enseguida. Era la tos del único pulmón sano que le quedaba: una tos pulverulenta, lastimera. Haciendo una profunda inspiración para poder hablar de corrido - por lo menos unas pocas palabras - Guy contestó a aquel individuo (esa era la palabra justa para él, "individuo"):

"Excepto un médico joven, cuyo nombre no le doy p-p-p-p-porque Vd. no es quién para estropear un t-t-t-t-t-tratamiento. Ya sabrá Vd. quién es si le hace un hijo a mi hermana y el médico confirma ante la justicia que se trata de una incapaz. Y no p-p-p-p-p-podrá decir que no se lo advertí". (¡Fff! Era un esfuerzo terrible, pero le salió). "Bonita historia para un juez; adiós profesión y adiós todo".

Fiorimbocca, pese a que Guy había proferido su amenaza con toda la rabia que sentía en ese momento, olió el "bluff" y rió con una risotada con la que en cierta forma devolvió su ocupida al tartamudo. Al verlo todo perdido por esta vez, se aflojó de repente la tensión de Guy.

"Ahí acaba de pasar Carmen: ha cambiado de disfraz con una amiga, pero la reconozco y la reconocería a una legua. Muy hábil ese pasito que ha buscado - consejo suyo ¿no? - y ese perfume horrible que se ha echado encima, pero a mí no me engañan Vds. Si Vd. cree que le he mentido y sigue adelante, aten - a-tt-t-téngase a las consecuencias".

El juez rió todavía más fuerte y salió a la puerta, seguido por Guy. Carmen no estaba ni entre las columnas del pórtico, ni en la explandda exterior. Pero Fiorimbocca

tenía su coche estacionado frente al "Tupí Nambá" y, al llegar a él y abrir la puerta, Guy divisó a la distancia uno de los crisantemos de la espúrea "geisha". Los tamboriles africanos - que en la penuria nacional de folclore tanta gente veía con orgullo como un emblema de pintoresquismo puramente uruguayo - sonaban a lo lejos a victoria. Guy soltó una maldición contra Fiorimbocca. Vencido, exhausto, muerto de calor y de vergüenza, iba a correr hacia el bar pero se detuvo: no quería que lo vieran llorar.

Pero era un llanto bienhechor éste que mojaba la almohada de la litera en donde había pasado todo el día: cuando entró Pierre los vapores de la borrachera empezaban a disiparse.

* * *

La tarde siguiente, el convoy se deslizaba plácida y majestuosamente por el Atlántico. Eran las siete y todo el mundo había bajado a comer. La dieta de albaricoques en almíbar empezaba a operar maravillas para Guy: la cenestesia de los primeros días, el dulce abandono animal de ser - tan raro en él que ni siquiera el alcohol podía falsificárselo por un par de horas - empezaban a treparle otra vez el pecho. Cuando en su soledad no había más que visiones de éxito teatral, de reconocimiento extramontevideano, o cuando era la soledad del molusco, como ahora; una soledad sin pasado ni futuro, casi vegetativa, Guy quería a la vida y quería la vida. La quería, no como un Don Juan o un héroe deportivo, por el placer de la acción; la quería por el placer de que cesara la acción, esa gimnasia dramática a la que siempre lo estaban precipitando los acontecimientos.

Este era uno de esos momentos privilegiados. La cubierta superior estaba desierta. El espectáculo del mar, que siempre le había parecido monótono - aun en el esplendor de las tormentas - se adornaba ahora con el acento imperial de los barcos de guerra y la promesa vital de los cargueros. En el cielo añil del atardecer un pintor relámpago multiplicaba las manchas de rojo, las orlas de las nubes, para borrarlas casi enseguida; el espectáculo del cielo nunca era monótono para él.

¡Qué paz! ¡Qué paz! En medio de la cubierta miró en derredor: nadie. Los barcos,

en aquellas seis filas tan perfectas, parecían también abandonados y desiertos: nadie. "¡Qué paz!" repetía en su mente el viajero, como si no creyera demasiado en ella. Pero algo lo hizo correr a la borda y mirar al mar. Una vía de burbujas lenta, lenta, demasiado lenta, según le pareció - pero las medidas del tiempo eran siempre falsas y subjetivas en estos casos - se iba abriendo hacia él. Venía derecho contra el "Talk of the Town" por el centro, a estribor, en ese punto. "Qué curioso: un torpedo" se dijo con una tranquilidad, casi una estupidez, que lo hubiera sublevado en cualquier otro hombre. "Y está dirigido a nosotros".

La idea golpeó en un organismo muerto, en un sistema nervioso ausente. "Qué curioso". Vio llegar al torpedo, chocar suavemente contra el casco del barco y volver a salir enseguida hacia afuera, describiendo lo que le pareció un ángulo de 45°. Pero desde ese momento todo se hizo tan irreal, tan insólito, que Guy no habría podido contestar nada preciso en un interrogatorio sobre el caso. Lo más irreal de todo era su ausencia del lugar, o mejor dicho una presencia sin células, sin vida, como si allí estuviera solamente su cuerpo astral; el término había quedado bien afincado en su mente. Y ese cuerpo astral lo veía todo como un hecho en el que no se jugara ninguna vida; en cualquier caso un hecho de la Tierra, planeta felizmente abandonado hacía tiempo.

Al desviarse el torpedo - ¿era posible eso? los torpedos del cine venían con rapidez y efecto de rayo, daban terminantemente en el blanco, y él nunca había visto ninguno que se desviara: pero el cine era siempre más plausible que la vida - sonó la alarma. En cubierta no era un timbre musical, como dentro del barco, sino una bocina ronca, urgente, desesperada, que parecía atragantarse con su propio llamado: seis cortos gritos amplificados de pavo a quien empiezan a degollar y luego uno, largo, ya en plena degollina.

Collins vino corriendo desde la popa: estaría tomándose un descanso durante la cena de sus parroquianos, quizá mirando el convoy a babor. La emoción lo había desangrado totalmente; parecía un truco fotográfico, no una presencia real. Guy le preguntó: "¿Qué pasa?" como si no lo supiera él bien, como si no hubiera visto lo que pasaba:

pero quien había visto lo que pasaba no era él, Guy Delatour, con su plena conciencia de hombre.

Collins se detuvo un segundo - todo fue cuestión de segundos - y dijo:

"Action station, sir".

"¿Eso es todo? Bueno, gracias" contestó Guy sin preguntarle qué quería decir "Action station". Collins abrió la boca y al mirarlo se le saltaron los ojos de las órbitas. Fue otro relámpago en que, antes de bajar corriendo, presentó a Guy - que no quiso verla - la verdadera cara del peligro; porque para Guy el peligro tenía que tener rostro humano.

¿Qué podría querer decir "action station"? ¿No había oído la bocina? Sí, y también había visto el torpedo. Pero en ese momento Guy Delatour oía sin oir, miraba sin ver. Al "Talk of the Town" la aventura le mostraba sus fauces abiertas y feroces, pero a Guy no oir, no ver le parecía la cosa más natural del mundo.

El barco seguía su pacífica marcha majestuosa. Pasó un segundo y otro. Guy volvió a acercarse a la borda a mirar las ordenadas filas del convoy. De repente, a unos cuatrocientos metros de distancia - ¡al diablo con los términos náuticos: qué brazas ni brazas, metros, metros! - hubo una explosión formidable y una rosa de fuego con el centro blanco se levantó, altísima, espléndida, mientras saltaban por el aire salvavidas, palos, jarcias, trozos de puertas. El mar empezó a incendiarse enseguida: la primera pieza de este botín de guerra era un petrolero.

Recién entonces bajó el viajero, el corazón todavía limpio de "shock". Llevaba su salvavidas al brazo, tenía todos sus documentos consigo y hasta una gorra de viaje en la mano. Al bajar pensó solamente una cosa: "Qué difícil va a ser para los barcos de esa fila pasar por un mar en llamas".

En ese mismo momento, en el comedor, Cortés luchaba entre el impulso de ponerse sus tres trajes encima y hacerse un "sandwich" con las tres magras tajadas de fiambre que acababan de servirle. Sabía que no iba a morir; eso sí lo sabía bien. Pero no era cosa de naufragar y quedarse sin comer. Por otro lado ¿naufragar y perder aquellos tres trajes nuevos, uno regalo de su madre y otro regalo de su tío? No por

Inglaterra; si fuera por Rusia, todavía. Y Rusia seguía luchando como un oso salvaje contra el invasor de hoy y aliado de ayer.

Cortés se rellenó la boca con las tres tajadas de carne y subió corriendo la escalera. Tendría que superar en rapidez la "performance" de tipo Frégoli que había dado aquella mañana del encuentro con los barcos de guerra norteamericanos.

En su rincón, en la mesa, Mildred se persignó - aunque no era católica - y miró a su grey. Todos sonreían con despreocupación e iban subiendo en orden, lentamente: la mitad argentina de su ser había desaparecido en el momento preciso. Real o fingida, una despreocupación completa emanaba de aquellos rostros todavía no definidos y formaba un ambiente al que era difícil resistirse. Amescua los miraba atónito, con una luz levantada en la pupila.

Quizá hubiera llegado esa última hora que la solterona tanto había esperado. ¿Qué le había dado a ella la vida? Ilusiones como a todos; luego un zarpazo, un hachazo inapelable, y mucho más tarde la capacidad de engañar, de mostrarse mansa, de no herir a los otros con el espectáculo de su úlcera incurable. ¿Y si moría ahora? Qué existencia más baldía - no cabía llamarla vida -; qué pérdida casi total de tiempo y de esfuerzo. Si no moría esta vez tendría que hacer algo por salvarse luego, salvarse para la vida de todos los días. Pero estaba tan cansada ¡tan cansada! Quizá fuera mejor morir. Bastó que una voz susurrara dentro de ella la palabra "morir" para que todas sus potencias se encresparan, se levantaran contra la idea. También rechazaba Mildred la liberación, como había rechazado antes la vida. Estaba en un callejón sin salida. "Qué horror, qué horror" se dijo sacudiendo la cabeza. "Para mí no hay escape ni de un modo ni del otro" agregó mientras subía lentamente la escalera, la última mujer en dejar el comedor.

El amor se estaba mirando siempre en el espejo incierto de otro ser. Bueno, en el caso de Peter Clark y Miss Greyfield "amor" era quizá un término un tanto grandilocuente; quizá conviniera más decir acuerdo carnal. El contramaestre pensaba en el acuerdo perfecto de ambos y no podía aceptar que una de las olas hostiles de aquella noche lo rompiera quizá para siempre. Ella tendría que ir en otro bote y él no

podría estar allí para cuidarla; el amor es la única realidad del mundo, dicen los amantes, los letristas de canciones populares y los novelistas, pero a la hora de la muerte o del duelo - o simplemente del peligro - se le cierra la puerta; sólo la ley puede estar allí, el cónyuge odiado, el hijo a quien se ha echado de la casa, nunca la amante que ha hecho vivas y ciertas las horas del ocaso y de la sombra.

Miss Greyfield subió entre los primeros: tenía una cajita de joyas y una caja de cosméticos que recoger en su camarote. Al pasar - con la misma mirada aguachenta y la misma boca entreabierta de siempre, dejando entrever aquellos inolvidables incisivos - tocó un instante con un dedo el hombro de Peter Clark, y él pensó: "A lo mejor este es todo nuestro adiós. No, no, no puede ser". Y luego, mientras se levantaba para salir - ya habían pasado todas las mujeres, y sólo quedaba media docena de voluntarios adolescentes que empezaban a subir en ese instante - sacudió la cabeza pensando: "¿Y si el barco no se hunde? No, no debo mover un dedo; si nos delatamos así y después no pasa nada sería horrible para ella, horrible para mi mujer".

Para Collins aquel fue el último momento. Veía el rostro vulgar de la suya, lleno de manchas rojas, y le parecía la cara mejor del mundo. Para admirarla como él creía que se merecía habría tenido que vivir en naufragio permanente. Pero aquel era el adiós, y en el momento todo lo que le saltaba a la mente era la imagen de su mujer. "¿Qué te parece, viejo Collins, eh?" se dijo a sí mismo con asombrada ironía.

La espera en los pasillos duró media hora. Luego se licenció a los pasajeros anunciándoseles que se les servirían "sandwiches" en el "lounge" y en el bar. Pierre se acercó a Guy para decirle: "Veo que estás bien, me alegro" y agregar enseguida: "Tú que estabas fuera ¿no viste nada?" "No" contestó Guy, orgulloso de tener por primera vez en su vida un poco de discreción sin caerse muerto del esfuerzo. Y redondeando un mudo monólogo interior, el uruguayo se dijo: "Si me muriera, apenas habría disfrutado cinco minutos de todas estas riquezas nuevas: la presencia de ánimo, la discreción. No; tengo que vivir. Y voy a vivir; a este barco no le va a pasar nada ¡qué caramba!"

De tí en el mar sujeto
con lástima los ojos inclinando,
contemplaré el aprieto
del miserable bando
que las saladas olas va cortando.
(Fray Luis de León - "Al apartamiento")

Mas siete menos cinco de la tarde siguiente el viajero subió a la cubierta superior. La dieta de compota de frutas había sido para Guy un buen recurso para estar libre y solo, pero ahora parecía apenas un recurso morboso de nuevo rico del corajo que sale a sacar la cara al peligro un día tras otro. A modo de ojos de Dios, o tal vez de celestes perros pastores, dos aviones habían vigilado todos los días desde lo alto al rebaño de hierro, pero en el quinto día de navegación el convoy se había alejado ya demasiado de Freetown como para que tan modesta escolta aérea pudiera atomizar o aprovisionarse de combustible en zona aliada.

Estaba solo otra vez; todos comían. Era la hora del peligro, tanto en Londres como allí, en pleno Atlántico. El llamado del peligro era eminentemente resistible, pero Guy no lo resistió.

En la mesa, a la hora del almuerzo, Miss Greyfield había aventurado una sonrisa de Madame Blavatsky al preguntar a los demás comensales: "¿Y...?" Todo el mundo comprendió que la conjunción - modelo de economía - quería decir: "¿Quién se atreve ahora a llamarme alarmista gratuita?" Pero su "¿Y...?" quedó colgando en el aire con los demás ruidos de la mesa, y todos la miraron como si fuera transparente, excepto Peter Clark, que la miró como si fuera demasiado esposa.

Era difícil saber dónde se metió después la gente. Se decía - probablemente sin fundamento - que Platon-Cadbury había pasado la noche en el puente de comando, junto al Capitán. Algo así tendría que haber hecho para borrar las imágenes que la idea del naufragio había evocado para quemarle el seso; aquella mirada de adoración y reproche de su criado indonesio, criatura de sonrisa tan inconmovible que daban ganas de pegarle; el llanto desesperado con que acogió la noticia de que su amo no lo llevaba a Londres. Era un amor oleaginoso a la oriental, y él era un hombre solo y sin amor; pero si hubiera sucumbido a la muda imploración del muchacho, no habría

podido aplastar con su superioridad moral a Mona y a su peluquero, el de los bucles rojos. Y él quería verlos a sus pies, implorando su perdón; hacía casi ocho años que vivía imaginando la escena y enriqueciéndola con nuevos detalles. Pobre Platon-Cadbury.

Steer había ido dos veces a la enfermería a tranquilizar a la banda de palúdicos, pero descubrió que no sabían nada del ataque. Pierre, no muy bien recibido en ninguna parte, había bajado sin duda a la tercera, a compartir una o dos botellas con el árabe y los judíos voluntarios; Amescua andaba de un lado para otro sin parar, como un moscardón. "Si pasa lo peor" se decía, "¿será posible que uno pueda ver la sombra de la esposa muerta, escuchar un eco de su voz?"No escucharía probablemente otra cosa que sus regaños, pero aún eso sería en cierta forma volver a la textura cotidiana de su vida, a lo que él habría llamado sin vacilar "la normalidad". Cualquier cosa preferible a sentir el cuerpo vivo pero solo; un cuerpo que nadie usa, que no le sirve a nadie más que a él. Hipócrita. No pensaba en la muerte. Ni por un segundo. Era un hombre de verdad, pero perfectamente capaz de hacerse teatro a sí mismo. Nada de muerte. En Londres habría mujeres, ardor que dar y tibieza que recibir.

Aquella segunda noche fue difícil encontrar a alguien en el barco; pero si así ocurría, se podía estar seguro de que la charla sería corta y, como la pregunta de Miss Greyfield en la mesa, estaría regida por la suprema modicidad inglesa del monosílabo. Nadie diría una palabra sobre la noche anterior. Así le ocurrió a Guy, y así tuvo éste un vislumbre de la actitud de Londres durante los bombardeos. Los rasgos del rostro - de cualquier rostro - lavados por una permanente sonrisa, no decían nada; los monosílabos tampoco. ¡Qué fácil era para los trujamanes latinos calificar de indiferencia y hasta de insensibilidad esta preocupación cívica por no alarmar a los otros, por no rozar los traumas secretos de su temor!

Desde por la mañana había en el cielo un resplandor de acero. El mar estaba encabritado. Rimando con ambos, Collins había puesto cara de marchar al patíbulo de un momento a otro; su sonrisa - cuando la ensayaba - se parecía a la de los que

entran con pronóstico reservado en una sala de operaciones.

En cubierta todo estaba igual que el día anterior... a las siete menos cinco de la tarde. El claro dejado por el petrolero - y probablemente por otros barcos, pero ¿cómo se iba a saber, si nadie hablaba del ataque? - se había llenado inmediatamente; todo estaba en perfecto orden. Pero a las siete y un minuto, en la tercera fila del convoy a estribor, un barco mercante trastabilló de pronto; tres minutos más tarde había hundido en el agua la nariz de su proa, y en otros tres minutos desaparecía entre las olas rabiosas, como una ballena que se sumergiera dando un coletazo final. Todo esto en medio de un silencio y una soledad que hacían apenas creíble el espectáculo.

La marcha hacia el desastre seguía sin un cañonazo, sin una respuesta, sin que un solo barco se detuviera. Era evidente que nadie se había salvado en aquel naufragio: pero ¿qué quería decir nadie? La muerte de aquellos pasajeros y tripulantes era una muerte súbita pero lejana, una muerte sin "rigor mortis" y quizá sin sangre. Guy no podía creer en ella; era tan irreconocible como la muerte por el fuego en el petrolero hundido el día anterior. Aunque la imagen la escupiera encima y lo acusara de inhumanidad, le volvía una y otra vez a la cabeza; el Atlántico era una inmensa pantalla cinematográfica; aquel barco se hundía en una película, y él, acorazado, defendido por un casco invulnerable contra el que los torpedos rebotaban, la veía con la misma impunidad que si estuviera en la butaca de un cine.

¿Dónde estaba entonces su imaginación, que no registraba el naufragio como un hecho real? Guy se inquietó. El hecho era real: ¿había dejado él de serlo? Corrió a babor. Otra vez la calma, la marcha a dos nudos por hora, como si el convoy escoltara el cadáver de un viejo y grande personaje en su último viaje al solar nativo. Pasó así un rato larguísimo; pero dentro del barco los relojes marcaron sólo cinco minutos. Con la misma inquietud de la tarde anterior al acercarse a la borda, Guy miró a la distancia, a un lado y otro, así como en uno y otro lado había buscado la estela del torpedo que sabía que tendría que venir hacia el "Talk of the Town". La mirada quedó fija, a popa, en la hilera siguiente a la del barco comodoro, que iba en el centro del convoy. Inmediatamente otro buque mercante, pequeño,

tuvo allí un estertor repentino; a la distancia se vio que bajaban los botes salvavidas, que las olas implacables hicieron saltar en el aire tres o cuatro veces; pero no se vio ninguna silueta humana. El barco fue desapareciendo en el agua con extrema lentitud (para Guy: en realidad se hundía en ocho minutos y nadie había tenido tiempo de bajar a los botes, que quedaron, inútiles y vacíos, flotando en el mar embravecido, complaciente cómplice de un enemigo que así lo había esperado y así lo tenía).

Guy bajó al "lounge". ¿Qué era aquella incapacidad suya para imaginar la catástrofe mientras la estaba viendo? ¿Sería lo que las gentes llaman la "presencia de ánimo" del héroe? Recordó la boca elegantemente caída de Clive Brook, la mirada de aburrimiento y abulia oxoniense que desde el puente de comando de otro barco comodoro en una película reciente llamada precisamente "Convoy" lanzaba el actor británico a los barcos que se iban hundiendo en otra parte del Atlántico. Los barcos eran casi de juguete y el Atlántico, una pequeña piscina montada en un plató de Elstree o de Shepperton. En realidad, la costosa neurastenia de Mr. Brook (costosa para el "studio") estaba tan justificada frente a aquel espectáculo trucado como su aburrimiento de socio del Carlton Club. Pero él, Guy, él, ajeno y extranjero ahora al drama real, como si la guerra tuviera que ocurrir fuera de sus sentidos, de su razón - ¿y no era la guerra la más grande de las insensateces? - él no era posible que contemplara el desastre con la cara de palo de Mr. Brook. Esto no era una piscina y los barcos no eran de juguete. Pero lo parecían ¡ay, cómo lo parecían! El no quería aquello; no, no, él no pedía presencia de ánimo; no aspiraba tampoco al menor toque de heroísmo; él sólo quería seguir siendo un ser humano, golpeado, tartamudo, lleno de miedos, pero vivo, capaz de seguir metiéndose lo más que pudiera en la entraña de las cosas.

En el "lounge" mientras Frank le traía un agua tónica, Guy decidió no hablar con nadie de su reacción. Pero en esto se pasó de discreto. Amescua podía haberle dicho enseguida que su manera de cerrar las esclusas de la imaginación en un momento así era un simple movimiento de defensa posible en ese caso e imposible cuando la muerte, como un surtidor de sangre, le saltaba a uno a la cara. Pierre le habría dicho

una cosa parecida: "En casos así el ambiente puede más que el instinto", premisa que los sociólogos extienden por lo general a las condiciones de los tiempos de paz afirmando sin mucha razón que el hombre es hijo del ambiente, que el ambiente lo puede todo.

x x x

El ambiente del "Talk of the Town" era un ambiente de "aquí no pasa nada" y lo siguió siendo cuando, a las nueve menos cuarto de la noche, el barco tuvo un sacudón no muy fuerte pocos segundos antes de que sonara la alarma. Guy pudo haberse dicho: "Aquí está, este es nuestro turno": pero nada habló dentro de él, no hubo ninguna premonición, y se limitó a dejar pasar a los que iban sin prisa a ocupar sus puestos en los pasillos para luego hacer él lo mismo. En el que le correspondía la atmósfera había cambiado: en vez del silencio de la noche anterior, tres de los angloargentinos, y junto a ellos Karen, el jugador de "badminton", la desteñida Maritornes, la gata del amor vertical y otras sombras imprecisas estaban todos cantando "Chattanooga choo-choo":

"There's gonna be
a certain party at the station,
in satin and lace
I used to call "funny face"...

En su noviciado de presunto náufrago Guy encontró tónico y estimulante aquel coro: un reto a Marte y a Neptuno en el lustroso, resbaladizo acento sureño de los Nicholas Brothers. Un experto como Collins habría observado lúgubremente que todo coro levantado en un buque donde ha sonado la alarma de naufragio es fatal; allí no se salva nadie.

¿Qué pensaría Karen? Karen estaba rezando sin saber rezar. "Buen Dios, este no puede ser el momento. Yo no he hecho nada de malo. ¡Y tengo tantas ganas de vivir! Vivir para cosas altas, para cosas del espíritu y del arte. Sálvame, Señor, líbrame de la muerte; no es posible que me haya llegado la hora". Y mientras decía eso tenía los dedos de las manos cruzados, como conjurando un mal agüero. ¡Ah, hija

del siglo XX! Para ella Dios era un amuleto, una pata de conejo, pero quien hubiera podido verle la cara en la sombra se habría enternecido ante aquella contradicción, tan primitiva como furiosamente humana, que la hacía temblar de pies a cabeza.

Guy entró rápidamente a su camarote a buscar su abrigo y encontró a Steer temblando también dentro de su litera, donde se había echado encima todas las mantas de todas las camas.

"¿Qué hace aquí, viejo chivo? Hay que ir al pasillo a esperar la orden de abandonar el barco. Vamos".

"Tengo un arrechucho".

"Pues déjelo para otro momento. Esta no es hora de arrechuchos. Vamos".

Los dientes le castañeteaban en tal forma dentro de la calavera casi al descubierto que componían un primer plano ideal para la "Danza macabra" de Walt Disney.

"Es la maldita malaria".

"Entonces, a la enfermería".

"¡No! No, por favor; no, por lo que más quieras, no. Si nos hundimos ¿quién sale de allí? Yo tengo una chica que me espera. Ella... necesita... necesita del consejo de mi experiencia; los cuarenta años son una edad demasiado tierna para..."

Pero no alcanzó a decir para qué. Un oficial asomó la cabeza por la puerta, exclamó con tono perentorio: "¿Qué hacen Vds. aquí? Al pasillo, vamos, rápido" y desapareció como una alucinación.

"Ya lo ha oído, mi amigo. Al pasillo" repitió Guy con tono firme. "Otro torpedo ha rozado la proa del barco. No se sabe cómo seguimos a flote".

"¿Me sostendrás?"

"Sí, pero allí no puedo estar con estas frazadas".

"Si nos dan la orden de ir a los botes, las tiro".

"Vamos, vamos, salga de ahí".

Casi cargándolo, Guy sacó de la litera al "viejo chivo". Pierre entró en ese momento a buscar su portafolio.

"Tiene un ataque de paludismo. Lo voy a sacar al pasillo" dijo Guy.

"Adonde hay que sacarlo as a la enfermería" contestó Pierre con la misma firmeza con que él se había pronunciado ya.

"Malditos "dagos". ¿Qué quieren... qué quieren Vds., verme morir?" murmuró temblorosamente Steer.

"No sea niño. En un bote, ahora, se moriría lo mismo" exclamó Pierre al salir del camarote en un tono que Guy no le conocía.

"Pero es una muerte más romántica" replicó el Capitán con una ronca intención de grito.

Fuera estaba llegando a su término el absurdo "Auld Lang Syne" de los voluntarios:

"Oh, Chattanooga choo-choo,
won't you choo-choo me home?"

Pero recomenzó enseguida, y siguió y siguió por un espacio de tiempo que a Guy le pareció de horas; banal, vibrante, rítmico; la única cosa cierta en aquella catástrofe que ocurría lejos y parecía tocar únicamente a máquinas, a cosas.

Dentro del barco la oscuridad fue completa. Los únicos puntos de referencia eran las luciérnagas fijas que anunciaban sobre las puertas la salida a los puentes. Pero la banda de los voluntarios apostada en aquel pasillo que conducía al camarote de Guy hizo de la penumbra un nuevo elemento de diversión. Pequeños haces de luz blancuzca iban y venían por la fila, sorprendiendo ojos gatunos que protestaban postañeando. Uno de ellos reveló de pronto la dura expresión de un oficial que hacía un recuento de pasajeros y a quien el sonsonete interminable recordaría otros cantos y otros momentos de naufragio. La maldición que echó entre dientes provocó risas, y las risas, siseos. Pronto se vio que el coro, aferrado a aquella tonadita que no habría soltado ni a tres tirones, era una presencia, una luz en aquella noche sin apelación, y para Steer como una manta más que echarse sobre los hombros en la vana lucha contra el calofrío.

Guy tuvo que volver al camarote a buscarle la quinina y los documentos persona-

los. Privado de su hombro, Steer cayó en la sombra sobre uno de los voluntarios más pequeños, y lo hizo caer a su vez y arrastrar a un jastial en su caída. Ante el ruido y las blasfemias la risa adolescente del grupo, siempre tan a flor de piel, rasgó el aire del estrecho pasillo como una corriente eléctrica; pero la implacable versión de "Chattanooga choo-choo" no se interrumpió. Era como un disco nuevo que un chimquillo tocara en cuanto cae en sus manos y repitiera y repitiera hasta enloquecer a toda la casa:

"You reach the Pennsylvania Station 'bout a quarter to four,
read a magazine, then you are in Baltimore;
dinner in de dinah, nothin' could be finah..."

Al regresar Guy y levantar del suelo al Capitán, la linterna de Pierre iluminó la escena. Cogiendo a Steer de los brazos, Guy lo retuvo otra vez de pie contra su cuerpo. Pero el temblequeo del enfermo se le contagiaba. San Vito había erguido entre los dos su "shimmy" triunfal.

"¿No ves que el viejo chivo necesita cuidado médico, un febrífugo, cosas calientes que lo hagan sudar? Esta quijotada sí que te va a salir mal" dijo una voz baja soplando sus eses contra el oído de Guy.

"No tengo corazón para dejarlo en su cuchota pensando que puede morir allí" susurró éste a su vez en el oído de Pierre.

"¿Me dices tú que no va a pasar nada?"

"Sí, pero soy yo el que lo digo, no él. El probablemente no lo cree".

"Lo que más me revienta en la guerra es el sentimentalismo".

"Pues esto no pasa de sentimiento".

Veinticinco interminables minutos después vino la orden de que los pasajeros regresaran a sus camarotes. Sólo entonces dejó de correr del todo el tren musical de Chattanooga, que reaparecía periódicamente en el pasillo con sus lustrabotas y los viejos amores que esperan en la estación emperifollados en un esplendor de raso y encaje.

Guy administró quinina al vencido esqueleto, y encima de las mantas le echó los abrigos y capotes más pesados de los tres. A oscuras, no había allí cosa mejor que hacer que echarse uno en su litera. Pierre no tardó en roncar. Pero en medio de sus ronquidos, cuando Guy salía de puntillas le dio la voz de alto.

"Voy a ver qué pasa fuera".

"Entonces llamaré a la enfermería" anunció Pierre con la misma dureza de antes.

"No harás tal" suspiró la voz fantasmal de Steer. "Tengo una caja de fósforos dentro de la cama... y... desciendo de un gran linaje de piromaníacos. Además, el calor del incendio me ayudará a sentirme mucho mejor".

Así desarmó el "viejo chivo" a sus compañeros de camarote. Toda la tensión quedó disuelta en risa.

En la cubierta superior Guy encontró a Amescua y a Peter Clark. En aquel mar encrespado el "Talk of the Town" mantenía una flotación increíble; pero nadie pensaba en ello. ¿Pensarían los pasajeros en los otros peligros o estarían todos locos como él, que asistía a aquel ataque como a un espectáculo de fuegos artificiales?

¿Y aquello que se veía al fondo? Aquello era un cañón. Un cañoncito, sí, surgido de bajo el desteñido hule negro sobre el que Guy se había echado los primeros días a tomar el sol. Esto ya no era remoto. Pero tampoco parecía una guerra naval. ¡Pobre Gran Bretaña! Luego de tres años de preparativos y de lucha, los dientes que enseñaba a veces al formidable enemigo en el elemento donde había sido reina y señora hasta entonces eran, como éstos, dientes de leche.

¿Y a quién iría a apuntar aquel cañoncito? Guy siguió por cubierta sin detenerse a cambiar palabra ni con Amescua ni con Clark. Seguía asistiéndolo la feliz convicción de que no les iba a pasar nada, tan distinta de su convicción habitual de que a él solamente podían ocurrirle desastres.

Una salva discreta del cañoncito le respondió, haciendo retemblar la cubierta.

La respuesta era todavía más increíble que lo que había venido viendo hasta ese momento: el "Talk of the Town" ¡atacaba a los suyos, a los barcos de su mismo convoy! La descarga parecía haber hecho impacto en la chimenea del buque que venía detrás suyo en la fila. De aquel enorme tubo empezó a salir un chorro de humo negro, acentuando la intensidad de la noche que, empujada por el malhumor de la tempestad, había caído con prisa inusitada sobre la lenta procesión acuática. El mar y el cielo eran tan pro-nazis como el día anterior.

El otro barco respondió con dos cañonazos que hicieron saltar un revestimiento de metal en el puente del "Talk of the Town". Era la guerra en casa; la locura. Y al acercarse al puente de popa Guy tuvo su primer estremecimiento, el primer repeluzno verdadero en todas aquellas horas de alucinación sin eco. Pero fue levísimo y cortísimo.

"Ahí está" murmuró Peter Clark a su lado. "Ha viajado todo el tiempo pegado a nuestro vientre, le salaud".

Los dos cañoncitos habían querido hacer fuego contra el submarino nazi que, sabiendo perfectamente bien con qué tenía que habérselas, acababa de salir a la superficie entre ambos barcos para sacar el mejor partido posible de sus torpedos. Pero ninguno de ambos artefactos tenía movilidad como para dar en aquel blanco tan bajo: de ahí la grotesca confusión que habían propuesto sin quererlo.

A la luz de la enferma luna se veía la silueta de tres de los alemanes, de pie en... en el... ¿se llamaba puente aquello que a Guy le parecía casco? Era cierto, entonces, que salían y daban la cara. En dos casos de los tres era una cara lampiña, extraordinariamente pálida. ¿No había pedido el uruguayo dimensión humana? Pues ahí la tenía, ahí la tenía. No mayor por cierto que la cobrada por el Hundimiento de Graf Spee; pero la exhibición ofrecida a media ciudad neutral - Montevideo - que se encaramó a sus azoteas para presenciar el suicidio orde-

nado por Hitler - y hasta el mismo combate de Punta del Este - eran caprichos extemporáneos de una "drôle de guerre" no comenzada en serio todavía.

"Y pensar que con un rifle de precisión podrían liquidarnos a los tres en cuestión de segundos" susurró Amescua. "Pero eso ¡qué lo van a hacer! El código naval lo impide; no es caballeresco; lo caballeresco es salir a la superficie y matar a mil individuos de un solo golpe".

A los dos minutos de estar viendo a los marinos alemanes, el leve y breve sacudimiento de Guy había pasado: la única emoción que le despertaba aquello era la dictada por la curiosidad. Volvió a asombrarse de sí mismo. Sólo sus dolorosas reviviscencias de Montevideo mantenían la continuidad con el hombre que fuera hasta hacía poco menos de un mes. ¿Eran esas entonces las virtudes de la aventura, del viaje? Nadie - que él supiera - había confesado nunca esta especie de pérdida de la identidad.

El golpe de que acababa de hablar Amescua se lo daban en ese mismo momento al barco/
/comodoro. Más lejos no era posible, ni a un lado ni a otro, ver cuántos torpedos daban en el blanco. "Tres submarinos viajando con el convoy, trece barcos hundidos en dos noches" fue la cuenta que circuló por el "Talk of the Town" al día siguiente. Pero al saber herida de muerte la autoridad máxima del grupo, Peter Clark se puso excitadísimo, no se sabía si de alegría o de miedo; también la Europa oriental tiene su mistorio.

"Esperen aquí, espéronme" dijo a los otros dos hombres, y prácticamente se evaporó en la sombra.

El barco comodoro dejó su mando y su ser majestuosamente, cómo correspondía, pero sin dar tiempo a sus tripulantes a meterse en los botes. Dios, que tantos pedidos recibe cada día de una guerra, parecía escuchar aquella noche el de los alemanes. El mar quedó punteado por las lucecillas rojas que la tripulación llevaba en sus chalecos salvavidas para que fuera fácil distinguirla. Al principio flotaron, subieron y bajaron con las olas varios cientos de luces. Al paso fúnebre de dos nudos y medio por hora era perfectamente posible contarlas. Pero luego...

"Miro, miro, Amescua" dijo Guy. "Fíjese por un mámento en esas luces. Yo no pue-

do creer que sean vidas que se pierden; la idea no me cabe en la cabeza; pero a cada segundo se apagan dos o tres".

"Con este puñetero mar ¿qué otra cosa va a ocurrir? Qué muerte más poco agradable. El agua debe estar helada".

"¿Pero nadie salva a esos hombres?"

"No creo que sea posible".

"Qué horror" dijo Guy. Pero era un horror que no sentía. "Mire, mire. Ya no queda flotando ni la mitad. Han pasado quince minutos y no queda ni la mitad".

"Así es la guerra, chico".

"Pero yo no puedo creerlo. Esas luces que se extinguen... ¿vidas que terminan? No".

"Sí. Una imagen retórica hecha realidad. Es difícil sentirlo, lo reconozco. Si le viéramos la cara a uno solo..."

"No debía ser necesario: uno tendría que imaginarlo. Pero yo, que siempre me he creído tan sensible - sin pensar que ello fuera siempre una virtud - estoy tan tranquilo".

"Mejor".

"No. Mejor no. No tengo mucho orgullo, pero de todos modos es un golpe saber que soy exactamente igual que los demás, tan ciego, tan endurecido como los demás".

Ya quedaban sólo varias docenas de lucecitas rojas flotando en el océano tremendo. Peter Clark vino jadeante a comunicarles que el capitán, silenciada la voz del barco comodoro, había decidido dejar el convoy a todo lo que dieran las calderas del "Talk of the Town".

"Amescua. ¿Recuerda el vasito? El Capitán es un hombre" dijo Guy.

"Ya le va a costar lo suyo esta decisión. Pero nos salva" sonrió el contramaestre. Y enseguida apretó las mandíbulas.

Una última mirada a aquel orden engañoso en que reinaba la muerte y Guy salió corriendo. En tres minutos vio a Collins, que conocía ya la decisión del Capitán, y al viejo chivo, que había roto en un sudor espectacular y no quería ni siquiera una manta encima.

"Pero no con esto se acaba el viaje, milord" dijo el primero. Estamos todavía a ocho o diez días de nuestro "champagne".

"En cuanto veas que el barco acelera la marcha" dijo el segundo "corre a la enfermería y pide que me trnasporten allí".

Pero Pierre ya lo había hecho, y en ese mismo momento se presentaban a la puerta del camarote dos hombres con una camilla.

El Quijote de mefistofélica frente quedó solo. ¿Quijote? Dpn Alonso el bueno veía peligros donde no los había; Guy no los veía cuando le saltaban a la cara. Eran dos maneras de evadir la realidad, o por lo menos esa forma de realidad que los hombres llaman "hechos". Pero si al salir del pozo de dudas y angustias de su juventud el resultado era éste, ¿cuándo dejaría de sentirse aparte de los demás: cuándo vendría el perdón - a su padre, a sí mismo, a los otros - y la naturalidad de la reacción y el gesto, que le eran tan difíciles? ¿Cuándo sería un rostro más en una multitud? ¿Era eso lo que quería; ser una cara del montón? ¿Le traería ello la paz y el olvido?

Su respuesta a todo esto fue enigmática; de golpe recordó Guy que "action station" quería decir "zafarrancho de combate" y se puso a reir incontenible mente, con una risa de alivio sospechosa en cualquiera que hubiera vivido las dos noches de desastre con la inexplicable serenidad con que las había vivido él.

XVII

Melodía sin momento,
Parálisis de hermosura.
(Mariano Brull - "Si no me engaña este olor")

Las horas del ataque al convoy y la fuga del "Talk of the Town" habían pasado como un tren expreso, dejando huella sólo en la imaginación de los que nada habían visto. Los nueve días siguientes, en que el barco corrió el Atlántico en zigzag y pasó el trópico como alma que lleva el diablo, tuvieron una cualidad parecida para Guy. Fueron días de copas y canciones porque de la enfermería surgieron copias al calco de los australianos que habían subido en Freetown, pasada la tempestad palúdica que los arrancara de sus camarotes.

Pronto, con sonrisa incierta pero con voluntad firme, estaban todos agrupados alrededor del piano con su "Waltzing Mathilda", que hicieron nadar con ellos en ríos de cerveza. Copas y canciones: no hubo una sola conversación importante, un solo gesto memorable. El barco vivía el suspenso de saber si llegaría a destino después de haber escapado; sus catorce nudos no eran por cierto ninguna garantía frente a los submarinos que seguramente lo esperaban al norte.

Resistiéndose a contar las horas, los pasajeros preferían espantarlas en el anonimato del canto y en la bruma - no siempre soportable - del alcohol. Pero divertirse con el puñal al pecho era una dura tarea en ciertos momentos.

La traducción de Guy estaba concluída. En Londres alquilaría una máquina de escribir; en siete días podría tener el texto en limpio. Su diario de viaje estaba perfectamente al día y ya no había más que apuntar. Había visto más a Pierre y a Mildred y a Cortés y a Amescua y a Miss Greyfield que a sus mejores amigos de Montevideo en cinco años. Después del ataque al convoy se había desinflado la ilusión de viajar, tan operante al llegar a Freetown que hizo actuar a todos como si aquel fuera un crucero de turismo con posibles ribetes dramáticos: pero nadie quería pensar en las amenazas que aún los quedaban por sortear.

¿Cuántos días faltaban por superar, por vencer, por aguantar: diez, doce? ¡Diez días encima de los treinta que ya llevaban de viaje! Era un milagro que no se odiaran ni se insultaran; mejor dicho, era una bendición: la bendición de aquel modo de

ser británico que daba a tanta gente mediocre la solura finísima de la tolerancia y la dignidad. Y eso que los jóvenes voluntarios eran bastardos de un "pedigree" así, que ese tipo de educación les venía de segunda mano y estaba mellado por la cejijunta oposición de un ambiente que exaltaba la dramaticidad, la posesividad, la pisada fuerte.

En Montevideo le llamaban dignidad al orgullo, como en Francia; pero dignidad era esto, esta manera de esconder la impaciencia, la ira, el aburrimiento y hartazgo de estar escuchando siempre las mismas voces, viendo las mismas caras, cuando ni siquiera se tenía el bálsamo de un quehacer común para olvidarse de uno mismo y de los demás. Gracias a Dios, aquella forma anglosajona de dignidad no se había perdido en el viaje, aunque los pasajeros evitaban ahora claramente toda evocación, toda confidencia, todo cuanto pudiera darles, por contraste, la medida del absurdo que estaban viviendo.

¡No tener nada que hacer, ni gana de hacerlo tampoco! ¡Estar perdido para el presente! Porque en realidad, no había presente. Y nadie, por superstición o por cábala en la mayor parte de los casos, se atrevía a pensar en el porvenir, inmediato o remoto. Para empezar ¿habría un porvenir?

Quedaba el recuerdo. Pero más de un mes sin noticias del terruño - fuera cual fuera ésto - abría la puerta a una tropilla de inquietudes. Y había que cerrarla. ¡Sobrevivir diez días más, sin ocupaciones ni preocupaciones! ¿Cómo? ¿Cómo lograrlo?

Los australianos vinieron con su fórmula mágica de ríos de canto y ríos de cerveza, pero Guy se ahogaba a veces en aquellos ríos. Su sentido crítico, su rigor estético lo ponía en guardia contra cualquier demasía en un espectáculo; y no había más remedio que considerar como espectáculo la chorreante efusividad de aquel canto coral que ya empezaba a rebotar contra todos los muros y a veces contra algunas sensibilidades.

Una noche Guy vio, en la especie de portamalotas de malla que había a un lado de la litera de Steer, algo que venía de la misérrima biblioteca del barco: un "divertissement" policíaco de C. P. Snow que el futuro ilustre hombre de ciencia y novelista

había escrito a los veintiséis años. La mayor de las formas de heterodoxia mundana del viajero era su negativa cerrada a perder tiempo con la novela policial, aquel opio celebrado desde principios del siglo por la "intelligentsia" internacional, por la flor de la política y por las anfitrionas más finas de oído para todo cuanto estuviera de moda. No tener tiempo en una vida para leer todos los grandes autores y tirarlo en la admiración de aquel ajedrez pueril. ¿Y Vd. con su cine, señor Delatour? En Montevideo el cine era la ventana abierta al mundo; pero lanzado al mundo, era muy posible que tirara esa ventana junto con la casa que había dejado para siempre.

Ahora tenía este libro, "Death Under Sail", en las manos. Era una crónica científica de asesinato en un yacht en cuyas primeras páginas había hasta un plano de la embarcación, con las indicaciones, en las cabinas principales: "Avice slept here", "Tonia slept here", "Roger slept here". ¡Cuánto dormían los personajes de las novelas policiales: qué gente con suerte, aún en su súbita transición del sueño nocturno al sueño eterno! Al comienzo de la tercera página un párrafo le bajó de repente de la cabeza al corazón: "Parecía casi vergonzoso que una chica fuera tan guapa como ella estaba esta noche. Sólo Avice podía servir una bebida como si se tratara de una tarea importante, obra de seducción a cumplir con un aire de alegría melancólica, que me hizo admirar todavía más el descontento de su boca y sus manos largas, delgadas, blancas".

Adiós C. P Snow: el libro se le desprendió de las manos. Josefina estaba junto a él; Josefina con su boca descontenta y sus manos largas, delgadas, blancas. El brazo de la coincidencia era bien corto por cierto algunas veces. ¡Josefina! Dos años antes de partir había tocado el cielo y había tenido que retirar la mano enseguida: el cielo quemaba como el infierno. Para él, se entiende, para él; para su negro "fatum", para sus estrellas cruzadas hostilmente, sus estrellas bisojas y vengativas.

La boca descontenta y las manos delgadas, largas, blancas de Josefina al servir un "cocktail" en una fiesta de beneficencia fueron los dos rasgos suyos que se le quedaron en la sorprendida retina al verla por fin tan de cerca. Hermosa era el término para aquella mujer en sazón, contra tantas otras en agraz: hermosa, hermosísi-

ma. Espigada, piernilarga, de brazos llenos y duros, seno retrepado y generoso, cuello largo, que sostenía artísticamente su cabeza mediterránea, de piel dorada, como las guedejas cortas, peinadas hacia atrás, que enmarcaban la alta frente; oginegra, boquillena, sensual en la expresión pero sanamente sensual, sin el torpor impostado de las vampirosas del cine.

Era de esas bellezas que él calificaba automáticamente de inalcanzables; un flaco como él, una estantigua (alto y seco sí; pero nunca mal vestido como las estantiguas, habría precisado Josefina al oirlo destratarse en esa forma) ¿cómo podía imaginarse siquiera acarrado, acurrucado junto a ella, quieto en la embriaguez de su perfume, de aquella maternidad fundamental que exhalaba su carne casi griega?

Al extenderle un "whisky sour" la Hebe con esplendores de Aspasia dejó sus funciones y se detuvo a conversar un momento con Guy. Primero sobre las Brontë: Josefina había estado en la Legación Británica aquella tarde primaveral en que él, appyado en el piano de cola, habló para los socios de "Amigos del Arte" de Emily y su incestuoso infierno interior mientras componía "Cumbres borrascosas", y a pesar de la elegancia del ambiente, de la tersura de la prosa y de aquel chaqué de línea perfecta que él se había puesto imaginando que iba a dirigirse a su público en el jardín, sobre un césped bien peinado y parecido (vagamente) a las frescas alfombras nupciales de tanta recepción en una Inglaterra que era ya un bromuro amarilleante (en realidad había hablado en el enorme salón de estar, con los ventanales abiertos a las hojas novísimas y a las azaleas y verbenas que acababan de reventar esa mañana), ella decía haber visto detrás de toda aquella casual armonía no sabía qué desasosiego y qué angustia que la habían conmovido profundamente.

"Vd? ¿Vd. ha visto eso? ¿Está segura? ¡Vamos! Se ha dejado llevar por el tema. Mire que con la ironía de mis crónicas, con lo fácilmente que se me da la burla y con ese estilo que fluye, que corre, huyendo de lo machacón (lo machacón es la gran especialidad de los hombres de esta época) aquí no hay nadie que piense que yo pueda tener angustias. La gente me considera frívolo y me lo dice a veces hasta con admiración, como si la frivolidad fuera una virtud".

"Allá ellos. Casi todos necesitamos ver en lo que hacen los demás un espejo para las fallas que no reconocemos en nosotros mismos".

"Entonces ¿para Vd. los frívolos son ellos?"

"Frívolos de aire trascendental, sí. No podría ser de otro modo: ¡somos un pueblo tan joven! Pero Vd. es otra cosa, Vd. pertenece a otro mundo".

Antes la admiraba - la admiró a la distancia, durante quince años, viéndola en teatros, en bailes, en recepciones, siempre igual a sí misma, siempre en sazón, siempre frutal y resplandeciente - pero ahora la adoró. Nadie lo había tomado tan en serio hasta ese momento.

"Y es por eso que ha seguido yendo a todas mis conferencias y espectáculos. Por ese desasosiego intelectual. Gracias. Yo la he notado cada vez, que conste. Vd. está siempre en segunda o tercera fila. Francamente, verse visitado con tal puntualidad por la hermosura es un premio al que nunca me habría atrevido a aspirar".

"Gracias, pero tenga cuidado con las cosas que dice".

"¿Por qué, si son sinceras?"

"Especialmente cuando son sinceras. Ya le explicaré otra vez por qué. Antes habló de desasosiego intelectual. ¡No! No es eso lo que me ha llevado a sus conferencias. A mí me gusta cómo escribe y lo que dice: pero un escritor interesa en primer lugar por el hombre que lleva detrás. Yo he ido a todas esas conferencias tocada... por el desasosiego del hombre".

Guy rió con una risa un poco forzada y la miró con ojos heridos.

"¿Vd.? ¿Por qué? Vd. tiene el mundo a sus pies, estoy seguro. Vd. es el esplendor, la gloria de vivir".

"¿No me está juzgando ahora como la gente lo juzga a Vd. en general?"

"No creo. Ahí tiene un espejo. Mírese".

"Tengo una idea bastante exacta de lo que el espejo me puede decir: para eso le dedico un par de horas todas las mañanas" dijo ella con una sonrisa deliciosa. "Pero si Vd. no puede ver nada detrás de la imagen del espejo, me voy a llevar una gran desilusión".

"Todo lo que puedo decirle es que en una belleza tan luminosa como la suya no se

puede ver sino la felicidad. No se puede... ni se debe. ¡Alguien tiene que ser feliz en este mundo, qué cuerno!"

Ella rió con una risa descontenta, como su boca.

"Escúcheme un poco. Vd. no sabe nada de mi vida. Estoy en trámites de divorcio ¿lo sabía? ¿No? Lo sabe muy poca gente. He querido mucho a mi marido; en el fondo supongo que todavía lo quiero. Pero..."

Había tres clientes esperándola en el mostrador del bar improvisado; Josefina estaba veraneando mentalmente en otra parte y ni los vio.

"No me explique nada. Fue uno de mis profesores de liceo. Uno de los más brutales, de los más crueles conmigo".

"Puede ser así si se le antoja. Siempre que deja hablar a su ascendencia, que es una mezcla de sangres vengativas. Conmigo la ha dejado hablar demasiado a menudo. Pero Vd... Vd. no sabe lo que es un divorcio. La gente, por discreción, por no tomar partido, o por miedo de tener que hacer frente a cosas desagradables - el miedo gana - deja siempre solos a los que se divorcian. En el momento más horrible, más amargo: en esa muerte sin pompas fúnebres de la que yo no he salido todavía. ¡Uy! Me he convertido en una experta en soledad".

Todo lo estaba oyendo Guy ahora como aquella tarde: cada palabra, cada inflexión de voz, cada silencio. Detrás de la cariátide resplandeciente - hoy llevaba una especie de peplo - no se veía otra cosa que vitalidad, sensualidad: la avidez de los ojos, la boca firme - aunque descontenta - el brillo mate de la piel, con reflejos de oro: todo traicionaba aquella amargura en la que Guy simplemente se resistía a creer. ¡Tanta gente hace literatura con su vida! ¿Soledad? ¿Desconsuelo? Que vinieran y se dibujaran en unas ojeras; que velaran aquella mirada; que aciguataran aquella tez; entonces sí los reconocería. Y en aquel desafío mental Guy no veía que estaba actuando exactamente como los que lo juzgaban a él mismo por su carátula, como había dicho ella.

¡Josefina! No. El recuerdo era demasiado penoso; el dolor, el estupor estaban todavía demasiado frescos. Intentó seguir leyendo: "Era preciosa, desde el cabello color castaño cepillado hacia atrás, descubriendo la frente alta, hasta las piernas largas

y delgadas; pero al tomar el vaso de "cocktail" de sus manos y observar su sohrisa, sentí que,aunque le quitaran todo y no le dejaran más que los ojos, seguiría siendo siempre una criatura exquisita".

Y desde ese momento Josefina no lo dejó.

Estaba en la salita de su apartamento de 25 de Mayo. Se habían visto varias veces a la hora del té en el "Telégrafo"; habían cenado en el "Aguila", de donde las damas respetables de Montevideo seguían desalojando a las coristas, "vedettes" y empacadas mujeres de "cabaret" que durante varios años dieron pecaminoso prestigio de amanecer a una sala decorosa, unos reservados fríos y una respetable cocina burguesa; se habían encontrado también, deliberadamente, en dos embajadas. Ahora estaban en su apartamento. El le había traído una figura de Staffordshire comprada a un representante del Consejo Británico que había liquidado casi todas sus posesiones al marcharse (mejor enteras en tierra que rotas y en el fondo del mar, es posible que se hubiera dicho el hombre). Estaba ahí; la sentía respirar; sentía su olor a espliego y a carne casi griega. Estar allí era un placer de cuya calidad sólo podía haberse dado él cuenta si hubiera tenido veinte años más sobre sus hombros.

Tenían un John Haig puro en los vasos; la era rioplatense de la decadencia y la falsificación de los alcoholes no había comenzado todavía. Desde una puerta entreabierta se veía un rincón de aquel tocador que la definía como podría haberlo hecho un adjetivo: dos grandes frascos de opalina azul, un acerico de terciopelo rojo y una rosa que salía como única riqueza de un finisecular cuerno de la abundancia. En los sillones forrados de seda color lima había almohadones de seda color limón; sobre las mesas, victorianos conos de cristal que eran como túmulos de las muertas flores de esmalte que cubrían. Todo un poco deliberadamente frío, quizá, pero lleno de un secreto ardor criptógamo que se revelaba en cuanto ella entraba allí y encendía la maravillosa calefacción central de su mirada, de su sonrisa, de aquellos esguinces espontáneos con que arreglaba las cosas y hacía cantar su escultura viva.

Al entrar Guy le había besado las dos manos y luego las había retenido un segundo entre las suyas.

"Qué preciosidad de ambiente. Y qué suyo" le dijo.

"Mi hermana dice que no me refleja en absoluto, que es como un chiste que yo quisiera hacerle a los demás".

"¿Vd? Yo creo que esta habitación refleja muy bien su gusto. Vd. es la enemiga de la chafalonía, de las arracadas..."

"¿Arracadas?"

"Sí. Los pendientes grandes, o carabanas, como todavía se dice por aquí. Y la enemiga de los grandes chales multicolores. Siempre vestida de un solo color, siempre sencilla de línea".

"O lo más desnuda que puedo, como no ha gritado mi marido mil veces".

"¿Para qué la llevaba entonces a Carrasco? En los bailes una mujer debe lucirse en todo su esplendor, si lo tiene. "El suplicio de Tántalo" me dijo una noche al verla uno de sus admiradores."

"Un viejo, estoy segura. A no ser que la frase sea suya". Guy rió. "Si es suya, de eso quiero hablar con Vd. desde hace tiempo. De sus frases. De esas frases que despiertan tantas cosas y luego quedan en el aire. ¡Cuántas mujeres deben aborrecerlo desde el fondo de su corazón!"

"Alguna ha habido: pero era porque le decía cosas irónicas".

"Más le deben aborrecer las otras".

"¿No le gustan las lisonjas a las mujeres? ¿Especialmente cuando son ciertas?"

"Sí les gustan. Precisamente por eso. Una lisonja es una llave. Hay que seguir abriendo puertas... y luego entrar a la cámara final".

"Eso le podrán hacer los grandes galanes, los hombres seguros de su atractivo".

"Pero Delatour. Cada hombre tiene el suyo... por lo menos para una mujer".

"No. Eso no. Hay tipos odiosos. Hay tipos torpes. Hay tipos a quienes las mujeres se les ríen en la cara".

"¿Se incluye Vd. entre ellos?"

El ataque era directo. Guy la miró en los ojos. Eran ojos amigos: la amistad cantaba en ellos antes que nada. Y no respondió hasta pasado un momento largo.

"Las dos p-p-p-primeras chicas a quienes me declaré se me r-r... se me rie- rieron en la cara".

La mirada de Josefina seguía siendo abierta, amical; estar en su salón seguía siendo un regalo de los dioses.

"Comprendo que el recuerdo le sea penoso. ¿Cuánto tiempo hace de eso?"

"Doce, trece años..." dijo él con cierta vaguedad.

"Y ahora estamos en 1940. De palabra Vd. se me ha declarado varias veces".

"¿Yo? No me atrevería. Vd. ha sido siempre el paraíso inalcanzable".

Ella rió.

"¿Inalcanzable, cuando con sólo estirar el brazo...?"

"Psico - psicológica - psicológicamente inalcanzable" (menos mal que en aquel adverbio no se pronunciaba la pe).

"Me parece que Vd. ha puesto a las mujeres en un altar. Me lo explico. Yo, de niña, conocí a su madre. Era una figura impresionante de mujer, un espíritu impresionante también. Y se murió a la edad en que podía dejar la leyenda intacta".

"¿Leyenda?"

"Sí, esa leyenda que todo Hijo enamorado construye siempre en el fondo de su corazón".

"Bueno, enamorado... en cierta forma. Como hijo".

"Llámele hacho, Delatour. El amor tiene mil formas, pero siempre es amor".

La conversación lo había ido conduciendo a un callejón sin salida; la ofensiva de aquella Aspasia vestida de "gros grain" negro era perfecta. Pero si él no hubiera tenido el dominio externo que le había dado el presentarse tantas veces ante el público habría roto en ese momento en un sudor parecido al de un jugador de "tennis" después de dos "sets". Bebió más whisky: el hielo era un bálsamo para lo que sentía.

"Pero yo no me quiero ver idealizada en esa forma. Ya sabe Vd. cómo es la mujer a quien le han gritado piropos a la cara toda su vida. Yo soy impaciente y a veces imperiosa; tengo mil caprichos; soy, naturalmente, posesiva, como somos las mujeres en general. Pierdo un tiempo enorme en maquillarme y un tiempo todavía más grande es ir disimulando los efectos del maquillaje. Tiempo que, naturalmente, debía emplear en leer, en saber más, en ayudar a los otros".

Aquella declaración lo desarmó.

"Las obras de arte tienen que mantenerse en perfecto estado de conservación."

Y esta frase la desarmó a ella. Guy, abandonando aquella sonrisa casi permanente que había irritado a muchos hipocondríacos, se puso tan serio, tan, tan serio, que su expresión bordeaba lo cómico. Pero si ella sintió alguna tentación de reir (era difícil en aquel momento) la controló perfectamente. El dijo, no sin cierta dificultad:

"Yo veo que al decirme todas esas cosas Vd... Vd. está haciendo lo que tantos años he esperado que hiciera una mujer conmigo: darme confianza, ayudarme".

"¿Como acto de caridad? ¿Caridad yo? Ese es un elogio todavía más peligroso que el que Vd. hace de mi "resplandor" ".

"Caridad no, amistad".

"Mire, en plano de amistad le voy a decir una cosa: sea tímido, está permitido: yo creo que la timidez es una característica perfectamente viril: pero no sea tonto. Vd. es un tipo perfecto de txistulari vasco, lo que en España se llama "un buen mozo". Y para mí, su mentalidad es un atractivo casi irresistible ¿qué más quiere que le diga? Hay mujeres que sueñan con dejarse querer por tenorinos o tomdilleros, muchas mujeres a quienes atrae la ambigüedad sexual de los "ídolos"; pero muchas más a quienes excita la manera que un hombre sensible tiene de ver las cosas, su óptica de la vida, su mente, otra cualidad netamente viril".

Cuando Guy se sentó junto a ella luego de un momento tenía los ojos nublados. Le tomó una mano y se la besó intensa, largamente (en el fondo de aquel beso había cien imágenes de Fedor Ozep, de Litvak, de Genina, de Duvivier); y cuando se acercó más a ella y la tomó por un hombro para besarla en la boca... sonó el timbre de la puerta de calle.

"No puedo dejar de abrir" murmuró ella con un aire cómplice que a él le dio una pasajera sensación de embriaguez. "No he corrido las cortinas y la luz se ve desde la calle. Un momento". Y con la boca cerrada le dio un beso tan ligero, tan ligero... Un pétalo de azalea apliesdo un instante contra los labios sedientos de Guy.

Al entrar al salón y verlo, los de la hermana de Josefina, secos y cerrados, se habían puesto en guardia. Enriqueta era una versión al "gouache" de la dueña de casa: ojos más grandes, boca más bonita, escultura tan lisa y armoniosa como la de ella, pero sin duende, sin aquel resplandor casi helero que tenía en vilo a tantos hombres.

Era una agradable figura de cera, con una mentalidad también de cera en la que la última frase escuchada por ahí dejaba siempre una marca. Y la última frase que había escuchado por ahí es que la gente había visto a Josefina y a Guy juntos en varios sitios. Como campeona de los derechos de la mujer, Enriqueta no quería que su hermana perdiera su juicio de divorcio después de haberlo aguantado tantas cosas a su marido. Había venido a prevenirla, a hablar abiertamente con ella... y se encontraba nada menos que con el obstáculo en persona.

"Mirá qué porcelana inglesa más preciosa me ha traído Dolatour".

"En alguna forma hay que premiar la paciencia de Josefina yendo tan fielmente a todas mis charlas y espectáculos" dijo él, sintiéndose un poco disminuido - pese a su metro ochenta y siete - entre aquellas dos mujeres de heroica estatura.

"¿A todas?" La visitante lo miró con una sonrisa felizmente cordial.

"Que yo sepa, sí" dijo Josefina.

"La literatura tuvo siempre un gran arrastre para tí; eso hay que reconocerlo".

"Pero me casé con un arquitecto, ya ves".

"Y ya ves cómo te ha ido, querida. Ahora se trata de no empeorar la cosa antes de quedar libre".

Esta frase acerada quedo sin respuesta. Enriqueta admiró la porcelana y la alabó por gestos. Los tres se sentaron, componiendo un cuadro que hubiera atraído el ojo de Virginia Woolf: tres seres controladamente intensos, que iban a jugar al juego mundano de no parecerlo. Hablaron de Elsa Merlini, tan elegante, tan exquisita embajadora de la Italia de Mussolini como la Vergani y la Borboni y Dora Menichelli y Marta Abba lo habían sido de la Italia de Vittorio Emmanuele; la locura agresiva de una civilización minaba rápidamente la esencia de su arte, pero era un cáncer que dejaba las formas intactas por largo tiempo.

En toda esa época final de la vida montevideana de Guy el facsímile europeo les sa-

lía bastante bien a los provincianos conterráneos de Guy. Y también a éste que, aunque llevando en las venas la sangre catalana responsable por el estilizado señorío de sus gestos, estaba demasiado atiborrado de teatro, de literatura y de cine, de citas y frases, y sobre todo de nombres - ¡qué archivo con dos patas podía ser en ciertos momentos! - como para no parecer también irremediablemente provinciano a quien viniera de Europa.

En Europa la gente sabía menos que en el Río de la Plata lo que ocurría en las esquinas de París, de Milán o Budapest. Le bastaba con estar allí y respirar el polvo de siglos que se desprendía de aquellas espiras, de aquellas torres, de aquellos sótanos centenarios. Las iglesias medievales eran un decorado, pero había una vida real que vivir en la que la imagen de una Corinne Luchaire, por ejemplo, no le significaba nada a nadie, excepto al círculo suicida desde el que ella trepó a una corta y triste fama; pero para los montevideanos de 1940 la fotogénica aliada de los nazis era tópico de sueños, de largos y perezosos sueños.

¿Qué pasaría si uno se despertara y desde su ventana viera todas las mañanas el Partenón? ¿Cómo sería tener que cruzar todas las tardes, a la vuelta de la oficina, el monumental atrio de Notre Dame? Los europeos no sabían lo que era vivir en un mundo donde la "piqueta implacable del progreso" vivía pulverizándole a uno los "habitats" del recuerdo; un mundo donde a los treinta años raramente quedaba en pie alguna de las casas en que uno había sufrido su infancia.

Escena para Virginia Woolf. El mundo no tenía entonces la poderosa ayuda de los "Paris Match" y los "Oggi" y los "Playboy" de treinta años después para plebeyizarse y envilecer su gusto en lo que había de ser el primer paso sintomático de su desaparición. Breve, banal escena, cargada de deseos por satisfacer, de nostalgias de lo desconocido, y recubierta de un esmalte de buena educación que cualquier reactivo habría podido borrar sin mayor esfuerzo. Ahora, en el barco, Guy la veía en todo su sentido profundo. Un cuarto de siglo después la vería como el adiós a una gracia copiada, pero válida a la luz de la esquizofrenia universal en que alguno de sus personajes estaría flotando todavía entonces.

Otro "cocktail" y Guy se fue. Por la noche, luego de vencer su repugnancia de tartamudo por el teléfono, llamó a Josefina y supo que, apenas llegado él a la calle, la suave Enriqueta le había hecho a su hermana toda una escena. En esas pocas horas la línea de ataque jugada por aquella ilusión en tres innegables y admirables dimensiones había ido carcomiendo sus miedos hasta hacerlos caer verticalmente. Estaba seguro del calor que aquella mujer traería a su vida, de la llama que instalaría en su carne y de la tregua que su antipatiquísimo simpático viviría mientras durara la aventura. Se había olvidado de sufrir; había dejado de pensar en sí mismo. La vida era una cosa maravillosa; aun viviendo sus continuos horrores, valía la pena pasar por el mundo. Con tanta gente como quería vivir, ¡qué poca gente había que amara la vida como él en este momento! La exaltación lo hizo proponerle a Josefina que se encontraran en Buenos Aires de ahí en siete días.

El programa era cauto: Guy no se atrevía a pensar en un gran amor, ni quería reconocer aún la enloquecedora sonrisa de la felicidad. Distintos aviones; distintos hoteles. Enriqueta no lo sabría nunca, ni tampoco los abogados de Guarnieri. Almuerzo en Harrods el día de la llegada: paredes color rosa y blanco, biombos, sillas francesas de esterilla, un ~~Puligny-Montrachet~~ Beaune-Les-Vallages del 32, tallarines al jamón con mantequilla (hacía un tiempo que él había dejado de llamarle "manteca"); y, para comenzar, "Welsh rarebit", aquella deliciosa tostada galesa metida al horno sobre la que se derretía una mezcla de queso y cerveza.

Y luego la suntuosa cocina boloñesa del "Ligure". "Old-fashioneds" en el Richmond de Florida: "Pololo Cazabán es amigo mío" comentó Guy, añadiendo ingenuamente: "Si lo vemos le diremos que nos hemos encontrado en Buenos Aires por casualidad". Un almuerzo en el Plaza, el concierto matutino de los domingos en el Colón, una escapada nocturna al Armenonville... "Y no quiero hablar de lo demás" dijo, con la voz sonriente, para terminar.

"Yo sí quiero" respondió ella.

"Pero no por teléfono: en Harrods. El viernes de la semana que viene, a las doce y media. Los muchachos de la oficina me preguntan qué me pasa y me dicen que, cuando se hace un silencio, se me oye repicar el corazón. El contento - especialmen-

te si es ajeno - alarma a la gente. Si me muero antes de este viernes, que se sepa que muero de alegría. Y además abintestato, porque no quiero dejarle mi amor a nadie".

De toda la literatura habitual de Guy, esta frase fue la que menos le gustó a Josefina. Había que reconocer, de todos modos, que el entusiasmo erótico o sentimental: la pasión, si se quiere - todavía era demasiado temprano para llamarla amor - podía siempre con el buen gusto literario de cualquiera. Tanto peor. O tanto mejor: en aquel hombre faltaba que viviera el animal.

¡Cómo se arrepintió él luego de haber sugerido distintos aviones! ¡Hubo tan pocos lugares en que dejar deducir a la gente que tenía una amante, y que esa amante era una de las mujeres más espectaculares del Río de la Plata! Hasta que no llegaron las doce y treinta cinco de aquel viernes y no entró ella al salón comedor de Harrods con el orgullo de haber sido puntual pintado en toda su actitud - un inglés le habría preguntado alarmadísimo qué le había ocurrido: traía un retardo de nada menos que cinco minutos, y Guy, en su loca ansiedad, se sintió totalmente inglés - él no se convenció de que los dioses "brillantes e irónicos" le habían sonreído por una vez.

Pero luego, encontrando un nuevo encanto en las vidrieras de Florida al rever grabados antiguos, porcelanas, joyas, absorbiendo algo del placer femenino, distinto e inesperado, que ella sentía viéndolas por primera vez: paseando con ella por las avenidas de Palermo, por sus rosedales, por sus españolas fuentes de azulejos, que ahora parecían nuevas y mucho más suntuosos que antes; admirando el orden arquitectónico de sus grandes árboles, de sus cuadros y macizos de flores, organizados en diez estilos distintos en todos aquellos kilómetros de parque - siempre la síntesis de Europa - y, mientras pretendía contemplar tanto los bustos de bronce y las esculturas como la elegancia de los jinetes vivos - cascos de terciopelo, "jodhpurs" - estudiando en realidad el terreno para ver en qué angosto camino podía robar un beso; estrechándola un segundo contra sí y haciéndole sentir cómo estaba de encendido y pronto para el amor; y una hora más tarde, viéndola en "The Copper Kettle" presidir el rito del té con la distinción suprema, que era la de tomar tetera y lechera y tazas y jarritas de agua caliente y azucareras sin ver lo que hacía, mirándolo a

él, sonriéndole, y pese a ello virtiendo las medidas justas de todos aquellos líquidos con una seguridad - y más que seguridad, con una maestría - en la que ya apuntaba el dominio que se proponía ejercer sobre él; y luego, luego... la nerviosidad, el miedo de cometer alguna falta de tacto; el miedo, todavía mayor, de traicionar su inexperiencia (pero una mujer la advierte, por instinto, en el celo excesivo con que la trata el amante todavía verde, y por eso Guy había propuesto todas aquellas postergaciones al acto del amor), todos esos miedos se fueron asordinando, acallando, dejándolo en paz por fin.

Había pedido dinero prestado a diestra y siniestra, como un loco, como si fuera a poner Buenos Aires a los pies de aquella primera mujer de su vida, pero ahora no se atrevía a regalarle nada para que ella no pensara que en cierta forma la quería comprar. Esto sí la habría hecho reir desjaretadamente: suponer tales escrúpulos en un hombre que analizaba las cosas como él, que hablaba como él, que entraba en un misérrimo bar de Montevideo como él, con la insolencia teatral, la cuadratura, el ligero desdén por su propia importancia de un Jean Murat seguido por una cámara al subir las escaleras del Casino de Montecarlo.

Mientras esperaban el "sandwich" caliente él, deleitado mirándola y orgulloso de que ella no le quitara los ojos de encima (en ese instante su empaque y sus complejos habían desaparecido simultáneamente: era un actor frente a un magnífico público unipersonal y estaba interpretando su personaje con todas sus potencias despiertas) le dijo, jugando con fuego:

"Josefina, Josefina" (el nombre no era bonito, pero tenía cierta música, y él empezaba a embriagarse cantándolo): "¿qué ve Vd. en mí?"

"No sé si 'ver' es la palabra que convione" respondió ella como si leyera una réplica que él le había escrito. "Si desapareciera Vd. en este momento no sabría decir qué tipo de traje llevaba, ni qué color de corbata, ni de qué lado se hacía la raya del pelo, ni si tenía alguna cicatriz en la cara. Apropósito: ¿tiene alguna?"

"¡Uy! varias. Para un niño quieto y sedentario, como era yo, demasiadas. Ceja izquierda partida; labio inferior partido; corte grande junto al ojo derecho: aquí, ¿ve?"

"Pobrecito. Luego reconoceré con mis labios esas cicatrices y le haré un mimo póstumo al niño que se las ganó a pulmón, me imagino".

El se ruborizó por dentro pero con el rubor de un director escénico al ver quem un actor se apodera de los "bocadillos" de otro: la falta de capacidad para registrar detallos era cosa masculina y le correspondía más bien a Guy: y también la promesa de beso y mimo tendría que haberla hecho él. Pero, entrando por fin en su respuesta una vez que el mozo hubo dejado los sandwiches calientes en la mesa, Josefina justificó la transferencia:

"Para mí Vd. es una voz. Yo no le podré decir nunca qué efecto me ha hecho oirlo por radio. ¡Cuando pienso en el machismo impostado del Río de la Plata, en la recitación de los políticos y las cadencias de tango de los actores - todos tan vulgares, tan igualos, pobres - tengo que decir: qué voz única la suya!"

Aun con la vanidad que temblaba, agazapada, en el fondo de los complejos de Guy, la disposición rapsódica de Josefina lo escandalizó, lo avergonzó todavía más. Y para vestir con un poco de artificio idiomático aquel momento tan sincero, el falso hombre de mundo dijo en su embarazo:

"N'exagérons rien, ma chère, je vous en prie".

"Yo no exagero" protestó ella. "Al natural su voz tiene a veces una vibración un poco metálica, especialmente cuando está nervioso. Pero frente al micrófono ese... ¿cómo le puedo decir? ese cobre se hace bronce grave". Es asombroso. Y su espíritu sale completamente a luz en las inflexiones de su voz".

"Qué humillante, pensar que la mecánica pueda crear así su propia poesía", dijo él con una risita para disimular la vergüenza que no lo abandonaba.

"Lo que hace en todo caso es retocar un poco, mejorar la poesía natural de algunos seres" le dijo ella con la mirada más arrobadora que le había sido dado contemplar: la única cosa arrobadora que le había ocurrido, podía decir Guy sin temor a mentir. "La voz sola lo arranca a Vd. del medio en que vivimos; pero por si eso fuera poco, todavía Vd. le añade giros españoles y conjuga la segunda persona como en Castilla: "tienes, vienes". ¿Hay alguna razón especial?"

"¿Por qué? ¿Le parece una afectación?

"No, a Vd. le sale completamente natural".

"Eso es por lo menos lo que quiero. Y no por una razón profesional, Josefina. ¡Ay, Josefina, Josefina! Todavía no me creo esto: que estemos aquí, juntos, y que como Vd. ha dicho, esto sea una puerta que se va a abrir hacia algo todavía mejor". Estaba tan emocionado que, contra su costumbre, lanzó otra risita vacía e innecesaria. "No sé si Vd. sabrá que he estado esperando una beca para Inglaterra. Quiero hablar por radio a Sudamérica desde allí, y sé que en la mayor parte de nuestros países choca el acento platense. Ponerse a última hora ante el micrófono a intentar sacar un acento más universal siempre resulta duro, forzado. Yo quiero acostumbrarme a hablar así todos los días y que salga natural".

"Es verdad. Yo he estado con Jorge en Lima y en Santiago de Chile. Nuestro acento choca porque es más áspero, más italiano también. Hay que ver lo que hemos hecho en cuatro siglos con el andaluz de Palos de Moguer, el que hablaban los marineros de Solís y de Gaboto". La conversación era convenientemente "social", pero los ojos de Josefina hablaban otro diálogo. Y después de una pausa, poniéndose súbitamente grave, le preguntó a Guy: "¿Sigue con la idea de irse?" El la miró como si no la hubiera entendido muy bien. "Si le llega la invitación el martes próximo, por ejemplo, ¿se iría?"

"En las puertas del paraíso ¿quién va a pedir un billete para el infierno?" se limitó a contestar él.

Los dos rieron. El "sandwich" caliente quedó casi intacto. En camino al hotel de ella , un hotel suizo-alemán de recargadas molduras multicolores y escudos medievales - barroquismo apto para complacer a los hombres de negocios que lo frecuentaban - y además lo suficientemente caro como para espantar a los uruguayos adinerados, siempre tan cuidadosos con sus pesos, tomaron un par de "gin fizzes". Luego subieron a la habitación de Josefina. Estaba llena de rosas rojas que Guy había encargado por teléfono: cuatro docenas; en un balde de plata había dos botellas de "Veuve Clicquot" 1935.

¡Cuántos almuerzos baratos en la cantina de La Teja le costaría a Guy hacerse el

duque de Kent en este encuentro; cuántos regresos nocturnos desde el centro hasta su casa del Prado tendría que hacer a pie a pesar de la hora tardía y del bombín y los guantes color patito con que había ido a alguna recepción de embajada! (Admirando su "sieto reflejos" un pordiosero lo detuvo a la puerta del Sodre una noche que se cantaba "Walküre" y, antes de que el hombre abriera la boca, Guy le dijo: "Si Vd. me da cinco centésimos de los que tiene en el bolsillo, me ahorrará una tremenda pateada hasta mi casa después de dejar hecha mi crónica en el diario. Y hará una gran cosa, porque así podré dormir tres horas antes de estar a las siete en la planta de Capurró. El hombre rió este toque de "humour" de pechera dura porque en sus buenos tiempos había tenido una idea de lo que era la retórica; y a las tres de la madrugada, al pasar Guy a pie por el Palacio Legislativo, unos obreros que remendaban el asfalto miraron a aquella especie de Gary Cooper flaco y largo, de frac y galera de felpa, como si saliera de algún "studio" cinematográfico inexistente en la ciudad, vale decir, como si fuera una visión fantasmagórica; miraron y miraron y remiraron; hasta que el más mundano de ellos aclaró, recordando la casa de confecciones para hombres que hacía más publicidad en ese momento: "¡Es un aviso de López, Ovalle y Tedesco!")

¡Qué distancia había entre los sueldos de sus cuatro empleos, el desorden económico de su casa y sus gustos de señorito! (distancia que Guy salvaba generalmente a pie). Si esta pasión de ahora resultaba tener algún aliento, la fila de acreedoras llegaría desde la plazoleta que llevaba el nombre de su bisabuelo hasta la Avenida Millán, a unos trescientos cincuenta metros de su casa.

Pero en el hotel, en este momento, el duque apócrifo y tartamudo se guardaba muy bien de hacer tales cálculos. Se estaba mirando en los ojos encantados de ella: evidentemente su luna de miel no había tenido un prólogo tan ducalmente pensado como este que le ofrecía Guy. Josefina no dijo nada; se abalanzó sobre él, le aprisionó el cuello en sus brazos y lo besó con la técnica de una mujer apasionada - y frecuentemente - querida por su marido. Besándose cayeron en un sillón. A Guy le gustaba besar con locura, y su hambre de aquella clase de besos tenía diez años de atraso.

Ella se apartó dos veces para respirar, pero él volvió a la carga. "Ya está bien

así" se dijo la escultura viva, dándose cuenta de que la dirección escénica de aquel primer encuentro había caído en sus manos por la fuerza de las cosas y deshaciendo de repente el nudo de la corbata de Guy y desabrochándole el cuello de la camisa para indicar otras avenidas de acción.

Sin su corbata él se sentía desnudo. Su entrega al latido de su carne hacía, por otra parte, que no le saliera palabra de la boca. (¿Se podría hacer el amor sin decir al mismo tiempo las frases más poéticas del mundo? Esta era la cuestión que no se había planteado y que le saltaba ahora a los ojos como la suma de una registradora).

Desnudo y mudo, valo decir, privado de su única apostura, que era la de su imaginación organizada en elocuencia. ¡Qué horrible idea! Guy se levantó y fue hacia la mesilla donde descansaba el balde con el "champagne". Después desatar el alambre con el mayor cuidado, empujó de un lado y otro el corcho con el pulgar, suave, suavemente, esperando que su paciencia tuviera un aire de pericia científica y que Josefina quedara debidamente impresionada.

Pero aquel tapón era tan loco como todos los que había atacado antes con prudencia y, como ellos, saltó con un gran ruido, dejando que el líquido le mojara los pantalones. En ese par de minutos - ¿u horas? - Josefina había realizado la proeza de cambiar su vestido por una bata transparente. Ahora, riendo de la mojadura de Guy con carcajadas de felicidad, avanzó desde la puerta de la ropería detrás de la cual se había refugiado, recogió con el dedo una gota de "champagne" de la mejilla de Guy y se mojó con ella el lóbulo de la oreja "para la suerte", dijo.

"Sacate el saco" agregó enseguida iniciando el tuteo en una frase que él tradujo automáticamente a su español "universal" como "Quítate la chaqueta". ¡Y cuánto mejor quedaba así!

"Cuando bebamos esta copa" dijo él, llenando diligentemente los vasos aflautados que nunca había visto usar con tal fin. Copa en mano, cruzando los brazos y brindando uno por el otro con los ojos, los dos tragaron el líquido de una sola vez. Faltaba romper los vasos contra la pared, pero hasta ahí no llegó la espontánea imitación de Lubitsch.

El se quitó la chaqueta, que tiró primero encima de un sillón y acomodó luego al respaldo al sentarse para quitarse los zapatos (la sola presencia de aquella mujer introducía ya una conciencia del orden en su vida); y viéndolo en esa disposición tan ejecutiva, Josefina apretó desde el lecho dos botones eléctricos y dejó la habitación en la penumbra. Guy era una monja, pero lo era por desconfianza del mundo. La gente que se miraba con una mirada de cama y se las arreglaba para darse una cita a la media hora de haberse conocido le parecía de la catadura moral de los criminales, y casi todos lo eran casi siempre porque para cumplir con esa cita pisoteaban la confianza o la ciega adhesión de alguien. "Perros que se huelen en una esquina" decía él, sin comprensión o compasión alguna; en lo cual, sin saberlo, se ponía de acuerdo con una tía abuela suya, catolicona mezquina y cerrada pese - o a causa - de todo el incienso que se quemaba en su casa. Pero ella, atenida al pie de la letra, a la libertad con que él hablaba de cuestiones sexuales a los 17 años - una libertad que el mundo en general sólo adoptaría 30 o 40 años después - lo incluía en el número de esos perros, olvidada en su maledicente frenesí montevideano que el que ladra no muerde.

El pleito concluía ahora; una mujer que no lo juzgaba, sino que lo quería, estaba allí sobre el lecho, desnudándose bajo la bata, dispuesta a ser suya, y ¿qué menos podía hacer él que desnudarse también, con el mismo impudor de quien entra en las duchas de un gimnasio? No sería la extrema flacura de sus brazos lo que la detendría ahora (pero si Guy hubiera podido ocultarlos, lo habría hecho con un suspiro de alivio).

Al ir a meterse en el lecho algo lo detuvo. ¿Dónde estaban los "roulés" de jamón y cabello de ángel y los canapés de "foie-gras" que había pedido con el "champagne": no golpearía un camarero diciendo, en el momento psicológico, que había olvidado traerlos antes? Levantó una punta del almidonado mantel con vainicas y vio con satisfacción que, en un estante inferior de la mesa (no había espacio arriba; en realidad, los dos platos eran demasiado grandes) estaba todo lo que había pedido, arreglado con la magnificencia característica de Buenos Aires.

Ya no podía haber más postergaciones. Se hallaba en el lecho, apretado contra el desnudo de ella, que le desabotonó el calzoncillo con la misma ligereza y naturalidad

que si le quitara del polo una nota de mimosa; y así, puesto contra la ascética economía de sus músculos y huesos, el cuerpo de Josefina parecía mucho más abundante que con todas las ballenas y costuras de que estaba acorazado en la calle, pero ¡oh! tanto más cálido, vibrante y deleitoso que lo que cualquiera de los vejetes que tomblaban al verla en los bailes hubiera podido soñar nunca. Antes de que Guy detuviera largamente sus labios en el cuello de su amante - sí, ahora era su amante - y bajara luego los labios a los senos - tan turgentes como si ella se hubiera dado una inyección de parafina - ella lo besó en las sienes, en los ojos, en la mejilla junto a la oreja, confundiéndolo con la ternura maternal de su gesto. "Mi chiquito querido, mi nene, mi nene" le dijo, y él comprendió y, con los ojos húmedos, la besó apasionadamente en la mejilla y luego en la boca.

Estuvieron seis horas en la cama. Los "roulés" de jamón y canapés de "foie-gras" resultaron una idea famosa: después del segundo encuentro de amor, y abierta la segunda botella de "champagne" (esta vez Guy empapó las sábanas) los dos estaban desfallecidos, muertos de hambre. Pero el hambre de amor de Guy no estaba satisfecha todavía. Al mismo tiempo que le instalaba una paz desconocida en el pecho, la intensidad de la cópula repetida, en que todo había marchado sin tropiezos, le abría ese apetito sensual que él había sublimado disparándolo hacia el arte. Era un "nuevo rico" del amor: ella lo sentía y, todavía llena de maternal ternura por él, tenía el orgullo de que fuera con ella que gastaba aquellas riquezas intactas.

Que una belleza tan conmemorativa como Josefina fuera tierna produjo en Guy un efecto de borrachera y como el primer zarpazo doloroso del amor. Pero había cosas que ajustar todavía, impaciencias que reprimir, posturas que perfeccionar. El trataba de no parecer muerto de hambre de amor, pero la hambruna se le notaba en cada gesto, y ella luchaba cauta, tiernamente - siempre tan tiernamente - por evitarle esa indigestión que es fatal al hambriento.

La reverente, leve, larga caricia de los senos de Josefina con los labios, aunque inspirada en un principio más por la vocación artística de Guy que por su animalidad despierta, la hizo montar pronto a un éxtasis que se resolvió en un fuerte e inacabable arrullo de paloma. ¿Se oiría desde las habitaciones contiguas? pensó Guy por un segun-

do, pero sin dejar que muriera con ese escrúpulo el instinto que se había levantado desde el fondo de su ser y lo golpeaba como el ventarrón que anuncia la lluvia bienhechora después de años de sequía.

¡Qué enorme y magnífica paloma tenía en sus brazos! ¡Y qué manera escandalosa de arrullar! Para acallarla Guy tuvo que cambiar de zona erógena. Fue entonces cuando ella le pidió: "Decime algo, hablame. Quiero oir tu voz. La locura será completa si oigo tu voz".

No tenían la suficiente confianza como para que él pudiera permitirse una frase humorística (la cosa que le habría salido mejor) y en consecuencia Guy respondió: "¡Soy tan feliz, tan feliz gracias a tí, que la felicidad me da miedo; esto no puede durar; yo creo que me voy a morir".

"O yo" dijo ella con una sonrisa que reventaba de vida y de sensualidad.

x
x x x

Esa madrugada la había dejado en la puerta del hotel a las tres, luego de un copioso puchero a la española en el "Tropezón", entre bataclanas, mujeres dedicadas a la vida más difícil, que es la llamada "fácil", y algunos burgueses degenerados a quienes les gustaba ver asomar la alta e indiferente luz del día por sobre los techos de los edificios céntricos, como a ellos.

Durmieron, cada uno por su lado, apasionada y profundamente, lo mismo que habían hecho el amor (ella roncando más que él, pero esto Guy no lo supo nunca) y se encontraron a las once en el Richmond de Esmoralda ("No quiero conocer a ningún amigo tuyo", había dihho ella). Allí tomaron un par de aquellos sandwiches de berberechos que eran una obra de arte puramente bonaerense, con un pan hecho de encaje finísimo y abierto en grandes agujeros que parecían sufrir una nostalgia de gruyère. No querían perder tiempo en otro almuerzo: los esperaba el gran ruedo del lecho y varios toros de deseo a los que hacer bajar el testuz en otra gran corrida.

El la empezó a llamar Isolda y ella, no sabía por qué, "Moro". El sí sabía; lo que empezó por su parte como estudiada ars amandi se había estado quemando y deformando toda la tarde anterior al compás de su sentir; y aquella unión de arte y conflagración

carnal podía dar, y sin duda daba, una sensación de lascivia. En el café las frases de ambos fueron un poco incoherentes y estuvieron cortadas por suspiros y por unos "¡Ay, cómo te quiero!" y unos "Te voy a comer vivo" que la pedantería uruguaya los empujó a evitar la primera media hora, hasta que, como todos los amantes, se convencieron de que cada palabra que decían, cada susurro y cada mimo, eran inéditos en la historia del amor y que, desde luego, nadie había podido quererse nunca como ellos.

A la una salieron corriendo al hotel de Josefina; la habitación ya estaría hecha y querían deshacerla cuanto antes. Después de pasarse la tarde entera y el comienzo de la noche en la cama, salieron a las diez a cenar, y mientras él se vestía ella le dijo: "Mirate en el espejo. No te fijes en las ojeras; mirá la expresión, la placidez de tu cara. Tenés una paz tan grande que parece que hubieras aumentado dos o tres kilos".

El no vio placidez en su cara: vio disipación y felicidad, esa felicidad a la que había renunciado quince años antes y que seguía dándole miedo. En su inocencia le costaba comprender cómo después de verlo desnudo - y callado por ratos larguísimos - el entusiasmo de ella podía no sólo mantenerse, sino aumentar, y una vez se dijo para sus adentros: "Por fin la suerte me roza un poco con su ala" y otra vez "La suerte está aquí, conmigo", pero añadiendo: "¿Quedará donde está? No voy a hacer ningún voto ni tocar ningún amuleto. Es una polilla loca; podría espantarse".

En el Armenonville, adonde ella acudió con uno de sus famosos escotes, él le notó una mancha roja en el nacimiento del busto y pensó: "Pobre Isolda. Tengo una barba de bestia. Me afeitaré de nuevo a las siete de la tarde" sabiendo perfectamente que, aunque recordara esa decisión al día siguiente, ella no lo dejaría irse ni por cinco minutos.

Bailaron y bailaron; los dos bailaban espléndidamente y Josefina-Isolda era una de las pocas mujeres cuyo brazo derecho, al tomarlo él, no sentía hostil y duro como un ariete. Bailaron en una embriaguez de fuego y oro; riendo y acezándose,

Ravel, con sus timbres picantes y sorprendentes, le estaba robando la dulce paz de la somnolencia a aquella Isolda rendida por el amor.

Antes de almorzar, dos San Martines secos - la versión patriótica del Martini creada por Buenos Aires - la entonaron y la mirada se le animó un poco. Pero apenas tocó la deliciosa cima rellena o el no menos delicioso saltimbocca a la romana del Ligure. Entró un empresario teatral que conocía a ambos, pero pasó sin verlos. En cuanto se sentó de espaldas a la mesa que ocupaban Guy tomó furtivamente la mano de Josefina. Era una brasa viva. Pero él le sonrió y no le dijo nada.

Cinco minutos después se levantó y llamó a un médico amigo. No estaba en casa, naturalmente, pero su mujer le dio otro nombre y número. Llamó, más aplastado de ánimo que inquieto, pero aplastado y todo, tartamudeando por primera vez desde que entrara en aquella increíble abra de felicidad, e hizo una cita para que el médico viera a Josefina media hora más tarde.

Así empezó la pesadilla; Josefina resistiéndose a perder tiempo en esa visita y Guy insistiendo en que, cuando había fiebre, era necesario descubrir y tratar inmediatamente el mal que la causaba. Al hacer el médico presión con sus dedos sobre la mancha roja, Josefina pegó un grito y dijo que sentía como si hubiera tocado un bulto. Por un segundo Guy se sintió de vuelta en aquel túnel en que había entrado con su madre y su padre otro domingo, quince años atrás, en otro consultorio; pero rechazó la imagen, se la sacudió furiosamente de la piel; la vida no repite esas cosas, se dijo.

La imagen volvió a la mente, irónica, dos horas más tarde; la mente sí las repite. Estaban los tres en el consultorio dental que el médico había forzado prácticamente a abrir. La sospecha que los llevaba allí se vio confirmada por las radiografías; había una gran infección en una muela y, al abrir el dentista un cauce de drenaje, Guy pudo repetirse: "Esta vez hemos llegado a tiempo". Pero Josefina se desmayó durante la cura y al verla así, exangüe y como muerta, Guy tuvo que tirarse en una silla y bajar la cabeza casi hasta el suelo para no desmayarse a su vez.

Otra hora más tarde entraban en una clínica. Había aparecido una nueva mancha y se iba extendiendo por el hombro izquierdo y el cuello de la maravillosa estatua viva:

ella con un hálito exquisito. Esta embriaguez valía todo lo que ahora quedaba atrás; una vida dura y sin peso, como la plata, y como la plata, acendrada con polvo de huesos: los huesos de su madre muerta, los suyos propios. Josefina ya no olía a espliego sino a un perfume ácido de flores del campo, tónico y vital como todo su cuerpo.

París no tenía un cabaret igual a aquél, dijo ella; tan amplio, tan espléndido, tan elegante, sobre todo por su iluminación, muchísimo más refinada que la de Maxim's. Y los dos se juraron hacer una peregrinación mensual a Buenos Aires, por lo menos para pasear el orgullo de su amor y su destreza de bailarines por la pista del Armenonville.

A la mañana siguiente Josefina llegó al Colón con los ojos opacos, extrañamente velados. La mancha del cuello era mucho más roja que la noche anterior; ahora tenía pequeños focos morados.

"Mirá cómo me has removido la sangre, bandido" dijo ella.

Al tomarle la mano Guy sintió que tenía fiebre, pero no le dijo nada. Una infección siempre trae fiebre; él no quería intranquilizarla y - sobre todo - no quería intranquilizarse. Como cada minuto de aquel largo "week-end" - largo pero tan horrorosamente corto - el concierto fue inolvidable: Mozart, Schumann, Ravel. Excepto cuando se veía frente a algún gran zarpazo a la sensibilidad - una sinfonía de Beethoven, por ejemplo - Guy escuchaba música más bien con la cabeza, complacido con la alta matemática del tratamiento de un tema o con la exquisita geometría de la instrumentación; pero ahora escuchaba esta música con todo su cuerpo, su cuerpo vivo desde hacía dos días. Estaba inundado de música, como si todos los violines hubieran descendido sobre él, y por momentos como si fuera él mismo una cuerda de violín.

Escuchar música con dos "ella"; la que tenía a su vera y la que empezaba a llevar dentro de la sangre. ¡Qué deliciosa turbación y, en algunos momentos, qué borrachera! Se miraban furtivamente, siempre al mismo tiempo; el instinto ritmaba estas cosas tan bien como Mozart sus "allegretti". Pero en la mirada de Josefina había en ciertos instantes algo de ausencia, algo de inexplicable inquietud (él no se atrevía a decirse desvarío). Era evidente que los dos necesitaban descansar, dormir horas y horas;

era como si toda la envidia de otras mujeres, toda la maledicencia insana de Montevideo se hubieran concentrado en una sola maldición culminante y le hubieran envenenado la sangre con una precisión inapelable.

Mientras ella ocupaba la habitación privada donde el médico la convenció de que se quedara, él se encaró con Guy. O mejor dicho, Guy se encaró con aquel hombre cauto, de mirada resignada, nariz generosa, pequeñas manos inquietas, que no se atrevía a empezar la conversación.

"¿Es... es una septicemia?"

"Me temo que sea algo peor".

"¿Peor que una septicémia? ¡No puede ser!"

"Desgraciadamente, sí puede ser. Una piohemia; la infección en que se forman abscesos. La señora ya tiene dos".

"Pero desaparecerán ¿no? Una vez suprimida la causa... Es una mujer fuerte, de naturaleza sana".

"Vd. ya sabrá, me imagino, que es en la gente fuerte y sana que se ceban más estas sepsis".

"Entonces, es una cosa seria". El médico quedó callado. "¡Qué horror, pobrecita! ¡Y tan de repente! ¡Ayer estaba tan bien!"

"Ayer, me dijo la señora, había aparecido ya la primera mancha edematosa". (Otro relámpago de quince años atrás pasó por la cabeza de Guy: aquel papelillo en que el practicante que viera a su madre había anotado: "Absceso de edema agudo...") "Pero si el mal se detiene donde está, confío en que podamos combatirlo. ¿Vd. puede quedarse todo el día acompañándola, distrayéndola, animándola?"

"Yo soy amigo de ella,pero no pariente. Nos encontramos ayer por casualidad y tengo que volverme mañana a Montevideo".

"¿A quién se puede llamar para que la acompañe, entonces? ¿Tiene hermanas?"

"Dos. Una vive en el campo. El teléfono de la otra está en la guía y lo puede pedir a Informes en Montevideo".

"Anóteme el nombre aquí. Y el del marido de la señora. Creo que conviene llamar

desde ahora a los dos".

A Guy se le encogió el corazón.

"¿Tan serio es el caso? ¡Qué mala suerte, qué mala suerte, Dios mío!"

La exclamación era también un lamento por sí mismo. Tendría que cederles su lugar al marido y a la hermana; no estar con ella en toda aquella prueba; consentir en que de pronto se volviera una desconocida para él.

Al entrar a verla estaban acabando de ponerle suero. La enfermera se fue y Josefina miró angustiada a su amante (su amante de unas horas, su amante de sueño; estas de su brevísima embriaguez de amor eran las imágenes menos concretas de todas cuantas Guy evocara en el viaje; el goce carnal no puede nunca revivirse; la felicidad sonríe siempre de muy lejos, con una sonrisa totalmente fantasmal). Y desde aquel lecho anónimo, con la misma ternura con que el día antes le había besado los ojos y la frente, como a un niño, su Isolda le dijo:

"¡Qué mal actor sos a veces! No te pongas así; por Dios. Es una infección: he tenido otras y han pasado".

"Me pongo así por egoísmo. Ya sé que pasará. Pero mientras pasa, solo, de vuelta en Montevideo, ¿cómo voy a calmar mi necesidad de tí, mi gana de tí? Yo no estoy inquieto en absoluto: estoy furioso por este golpe de la suerte. Encontrarme aquí ahora como amigo tuyo, nada más que como amigo, sin poder besarte ni tener siquiera tu mano en la mía..."

"No es eso lo que dicen tus ojos. Yo no veo ninguna furia en ellos. Por favor, no te alarmes, "Moro". Yo creo que estoy en buenas manos. Este médico no ha perdido el tiempo y a tí tengo que agradecértelo".

"Lo principal era encontrar la causa. Ponte buena pronto, mi amor. Mi amor, mi amor. ¡Cinco días sin tí, hasta que vuelva el viernes! Es como para morirse".

Desde Montevideo mandó luego dos telegramas a la clínica. Uno decía: "Pronta mejoría. Saludos". El otro, en inglés, "Best wishes". Enriqueta los recibió con sorpresa y se los leyó a su hermana: las noticias viajaban increíblemente. La segunda vez la oyó decir: "De mi parte a Delatour que se enamore. Tiene que enamorarse pronto", pero

lo atribuyó al delirio de la fiebre y nunca transmitió el mensaje, que se le fue enseguida de la cabeza.

¡En qué inopia de los sentidos vivió todos aquellos días el novel amante, después de tanto lujo de amor! Llamó tres veces al médico desde su oficina; la tercera, al ver que respondía con evasivas y decirle que quería la verdad, oyó con horror que habían aparecido otros tres abscesos, y ya no tuvo valor para llamar más.

Una semana justa después de aquella tarde en aquel frío y gris cuarto de clínica en que, sin ninguna convicción, el habló sin cesar de sueños, de viajes, de conquistar un éxito mundial para ponerlo a sus pies, mientras Josefina sonreía y lo miraba con aquellos ojos tan opacos, de mirada tan triste y tan vaga, Guy abrió el diario que Silvia le había traído a la cama a mediodía y vio el nombre de ella en los avisos mortuorios, precedido de una cruz y seguido del inconcebible "Falleció en la paz del Señor". Saltándose la lista de nombres, llegó enseguida al último renglón: "el sepelio efectuado ayer en el Cementerio de la Recoleta".

Así, más íngrimo que nunca, volvió al celibato de siempre: más íngrimo y más desconfiado que nunca de la vida. Una cosa tuvo que agradecer al destino: que no le hubiera dado tiempo para enamorarse perdidamente de aquella criatura irreemplazable.

XVIII

Porque ha de quedar roto
mi corazón la noche cuadragésima.
(Ramón López Velarde - "Hoy como nunca")

A un día de distancia de la costa británica Guy hizo una de sus raras apariciones en el comedor. Quería estar un rato con Mildred, voluntariamente aprisionada luego por la marea de canto que invadía el "lounge". Ella podía resistirla bien, y si después de un bombardeo había gente que sacaban cantando de entre los escombros de Londres ¿por qué no iba a cantar ella con aquellos turistas uniformados de alma rubia? El barco no se había hundido; cantar era una voluntad de victoria, de arribo feliz.

Cambiaron pocas palabras. Mildred confesó su impaciencia y Guy dijo que, si no fuera por la incomunicación, por la falta de noticias de la casa, podría seguir habitando indefinidamente ese "no man's land". Silvia, Silvia. Cada vez que recordaba un gesto, una frase de Silvia, o se ponía a imaginar lo que estaría haciendo ella en ese momento, archivaba enseguida la imagen, la postergaba. Había que vivir hasta el fin esta libertad, esta pausa bendita.

Pero en ese almuerzo lo sorprendió la expresión de Peter Clark, sobre todo después de la forma en que había irrumpido en el camarote de Pierre y de Guy la tarde anterior para confirmar la noticia de la victoria total de Montgomery en El Alamein. Doce días de lucha encarnizada: la primera buena nueva de la guerra para los aliados, junto con la de la sobrehumana resistencia de Stalingrado, que no le aflojaba una sola pulgada al invasor. Guy podía imaginar la lucha cuerpo a cuerpo, pero no tenía la menor idea de lo que significaba la victoria en el desierto, y el contramaestre, sin el menor aire de superioridad, le brindó la somera explicación que sus cejas anudadas parecían estar pidiendo. Monty tenía mil tanques, la mitad de ellos norteamericanos y de un tipo nuevo. Con ellos había cumplido una marcha arrolladora, dejando atrás nombres que pronto pertenecerían a los textos de historia: Merza Matruh, Tobruk, Benghazi, El Agheila. Se decía que Rommel había perdido de 50.000 a 60.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. ¿Qué significa la desaparición de 50.000 hombres? ¿Cuántos habrían desaparecido en el convoy?

Pierre dijo a Clark:

"¿Y qué pito han tocado los franceses en la victoria?"

"Los comunicados dicen que han luchado bien en el flanco izquierdo de las fuerzas de Monty".

"De Gaulle debe estar hinchado como un pavo". Pierre rió sin mucha cordialidad. "Apuesto a que ha ido a decirle a Churchill que, si lo dejan hacer, acaba en un mes con los alemanes".

"¡Ja, ja, ja, ja, ja!"

Ahora, por la mañana, detrás del rostro compuesto, la sonrisa deliberada y los ojos obstinadamente azules de Peter Clark asomaba a regañadientes una inquietud, como si la inquietud estuviera vetada por el "Home Office", que le había dado su nacionalidad británica. Clark estaba inquieto y no lo disimulaba... o no era capaz de disimularlo. Miraba a uno y otro lado; golpeó una cuchara contra el mantel durante un par de minutos; sonreía sin que viniera a cuento.

Guy se puso alerta. El hombre estaba siempre bien informado. ¿Pasaría algo? Clark había terminado su comida; se levantaba. No había ocasión mejor para interpelarlo. Sin tomar postre, y excusándose ante Mildred, a quien dejó con la palabra en el aire, Guy se levantó también y corrió detrás de él.

"Un momento" le dijo en lo alto de la escalera.

"¿Deseaba Vd...?" El tono de su contestación fue todavía más impersonal que de costumbre.

"Bueno, así, a boca de jarro, no deseaba nada urgente. Conversar un poco, eso es todo. Pero el bar está cerrado hasta las seis.

"Y yo tengo que empaquetar algunas cosas. Más tarde, entonces, podríamos vernos ¿eh?"

Aquella postergación significaba que no habría charla. Guy se decidió a ser más explícito.

"Clark, Vd. ha hablado siempre sin pelos en la lengua. Todo lo que nos ha dicho era cierto. Por eso me dirijo a Vd. Tengo una curiosidad: estamos por llegar ¿no? o por

lo menos muy cerca, según oí esta mañana. Vd. habla ahora de hacer maletas. Mi curiosidad es, si Vd. quiere, lógica. Yo tengo la sensación de que pasa algo. No he hablado con nadie; no tengo dato alguno; solamente una sensación personal. ¿Pasa algo? Algo extraordinario, fuera de lo normal, quiero decir. O, en las circunstancias extraordinarias en que viajamos, algo que quizá tuviéramos que calificar de normal".

Clark rió:

"¡Cuánta reticencia! La reticencia está bien en este caso. Hemos huído; somos un barco aliado un poco fuera de la ley. Por eso es mejor no propagar rumores ¿eh? Pero yo sé lo mismo que Vd.; que es posible que lleguemos mañana. Nada más. Hasta entonces, espero que su intuición - o su sensación - lo engañe".

La sonrisa de que Clark acompañó estas frases no era tan inocua como él quería. Guy decidió esperar a Pierre. Desde el ataque al convoy hablaba poco con él; no por creerlo comprometido en nada que pudiera atentar contra su propia vida; aquello era demasiado absurdo. Pero quizás tuviera repugnancia de los varios gestos ostensibles que le había visto y con los que el aviador belga pretendía engañar a alguien de una manera demasiado infantil. ¿Para pasar por agente secreto? Sabe Dios. El espionaje - suponiendo que fuera un espía - abundaba en gestos infantiles, lo infantil estaba en su esencia; la gente se jugaba la vida, o la suerte de su país en una maniobra bélica, con trucos que pertenecían al mundo del cuento para niños. Pero leer esos trucos en un cuento era una cosa, y verlos en la realidad, otra. De todos modos, Guy reprimió esa ligera repugnancia y detuvo al aviador al verlo salir. Apuntando al principio a un falso blanco, le preguntó:

"Pierre. ¿Sabes algo del viejo chivo? A mí me dicen siempre lo mismo de su estado, pero no pregunto si es verdad".

"Lo he visto esta mañana. A juzgar por lo mucho que habla, está mucho mejor".

"Qué suerte. ¿Y Tom?"

"Ese no dice nada. Ha caído en una melancolía de la que no sé cómo va a salir".

Yendo entonces a su tema, Guy dijo sin ambajes:

"Acabo de hablar unas palabras con el contramaestre. El tipo, que excepto a la

hora del amor es de piedra, no me pareció nada de piedra a la hora del almuerzo. Al contrario: estaba muy, muy inquieto".

"¡Ah! ¿Tú también lo notaste?"

"Sí. Y le pregunté si pasaba algo, pero no soltó prenda. Todo lo que me dijo es que había oído que llegaríamos mañana".

"Zorro viejo. Este le hace el juego al Capitán".

"Entonces, pasa algo".

"No debía decírtelo. Te he notado distanciado estos días, distinto. A tí habría que hacerte la misma pregunta: ¿pasa algo?"

"Me pesa el viaje" mintió Guy.

"Porque, como otros cuantos, a lo mejor puedes haber creído esa historia de la luz que se encendió en cubierta".

"¿Se encendió alguna luz de verdad?"

"Sí, pero fue un error. La borrachera. No pensarás que yo he querido matarlos y morir con Vds. en esa forma".

"Eso fue lo que les dije a los que me vinieron con el cuento".

"Viejo Guy. Me alegra oírtelo decir". Y con una palmada en el hombro, en el que retuvo un momento la mano: "Si desembarcamos mañana, el sábado estaremos en Londres. Te espero en la "brasserie" del Criterion a las seis de la tarde".

"¿Qué día es mañana?"

"Viernes. Viernes 6 de noviembre".

"Entonces, desde que me embarqué en Montevideo, mañana se cumplirían cuarenta días de encierro aquí".

"La cuarentena. Somos un barco en cuarentena. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!"

"¿Y qué pasa? Dime qué pasa".

"Nos persigue otro submarino. Desde esta mañana. Y por la zona que atravesamos, donde un submarino persigue, casi siempre hay otro al acecho".

"¿Y por qué tanto secreto ahora?"

"Debe ser una superstición del Capitán. Tan cerca ya de la meta..."

Era otro día tétrico, de mar encabritado. Guy notó la coincidencia y de nuevo se dijo: "No nos va a pasar nada; no nos puede pasar nada". No parecía éste ser un sentimiento suyo solamente. A las seis y media de la tarde el bar estaba repleto de parroquianos, y sólo tres o cuatro de ellos llevaban el salvavidas al brazo. El bordoneo de la conversación había cobrado una intensidad y una agresividad que sólo tenía en las confiterías céntricas de Montevideo cualquier viernes de esos en que "no pasa nada". ¿Por qué? ¿Los pasajeros se sentían ya a salvo y daban el viaje por terminado? ¿O, pese a la superstición del Capitán, la voz de la persecución había corrido y estaban allí, hombro a hombro, copa tras copa, esperando saber que había pasado el último peligro?

Si se tomaba como indicación la cara de Collins, todo iba marchando bien. Las mejillas eran del color del bronce, la sonrisa cortés pero auténtica, y en el pillo brillaba esa luz de picardía popular que tiene la canela de Londres, el cockney. Guy le ofreció una copa.

"Nunca cuando estoy de servicio, milord".

"Perdone, pero yo creí que esta era la ocasión".

"¡No lo diga, no lo diga!" Collins lo interrumpió nerviosamente. "Aunque sea por cábala, no lo diga. Lo recuerdo perfectamente. Cuando llegue el momento - si llega - yo mismo iré en busca suya".

De repente entró Peter Clark, la mirada más inquieta todavía que por la mañana. Al pasar frente a Guy, éste le dijo:

"Ya sé lo que quería saber. Pero no callo porque respeto las supersticiones".

"No entiendo" dijo el contramaestre con un conato de sonrisa "pero respeto el silencio de los demás".

Una conversación cercana invadió la atención de Guy:

"Blithe Spirit? Divertidísima. No sé quién estará ahora en el reparto, pero yo he visto a Margaret Rutherford haciendo de la vidente, Madame Arcati. ¡Qué cara tiene y qué caras pone! Parece hermana de Michel Simon".

"Pues se ha sacado la lotería".

"¡Y se la ha sacado! Con esa cara no se puede ser otra cosa que actriz cómica, y de las buenas".

"¿Es un fantasma ese "spirit" del título? Porque la cosa me suena a Shakespeare. Esas dos palabras: espíritu jocundo - o travieso - son de Shakespeare".

"Creo que sí. El espíritu... Mejor dicho, "los" espíritus (hay dos: las mujeres de un viudo por partida doble) son en serio, porque su existencia se da por sentada. La obra es en broma, naturalmente; una broma metafísica. Pero de todos modos se juega con la idea de una vida de ultratumba".

"Los isabelinos creían a pies juntillas en los espíritus".

"Por eso el título no está mal ¿eh? Moraleja para la hora de los bombardeos: si uno muere , hay otra vida desde la que podrá seguir haciendo barbaridades".

"Buen consuelo para más de cuatro. Este Noel Coward no se pierde una. "Blithe Spirit" ¿eh? Van a ser una de las primeras cosas que vea".

Guy buscó con la mirada a Amescua y le hizo una seña invitándolo a acercarse. Primero le contó la charla sobre aquel éxito londinense y luego lo tocó en lo vivo al decirle:

"¿Nos pongo en una cosa vieja? Entonces [illegible]

está. Venus profesional o Venus "amateur": un horror".

"En todo caso, yo le he extendido oficialmente el título, Collins. Anadiomena debe beber con los dos por la llegada: ¿no le parece?"

"Muy buena idea, milord. Pero hay que ser rápido. Si no, aquí piden mi cabeza".

De abajo del mostrador sacó una tercera copa. El "champagne" rió en las tres su celebrada risa efervescente.

"Por que tenga Vd. siempre tan buenas intuiciones" dijo el barman a Guy.

"Convicciones" corrigió éste.

Collins frunció los labios como agregando: "Pero dudo de que pueda tenerlas siempre".

Dos o tres minutos después Karen estaba ya completamente contagiada de la exaltación general. Su sonrisa de animal sano se hacía más intensa y galvánica a cada segundo que pasaba, como si estuviera en un escenario y se la aclamara.

"Amigo Collins, ¿me permite que le diga una cosa? Yo sé que esto los ingleses no lo hacen, pero... Conocerlo ha sido conocer mucho a Londres... el Londres que yo me imagino. Y gracias a Vd., ya le tengo una gran simpatía anticipada a la ciudad".

El pequeño pájaro rubio, otra vez vivo y vivaz, hizo una corta inclinación de cabeza. Su sonrisa era más conmovida de lo que él mismo se imaginaba.

"Bien dicho, Guy". Karen estampó su boca en la mejilla del uruguayo. Luego se inclinó para hacer lo mismo con Collins. Guy tuvo que levantarla en brazos para que, a través de la barrera del mostrador, tuviera efecto el beso.

"Hulloa!" gritó por ahí una voz tremebunda dirigiéndose al terceto. "¿Qué se festeja ahí con tanto ósculo? ¿La apertura del primer frente aliado?"

Si alguien hubiera recordado esta observación en chiste dos días después, la habría visto como una profecía iluminada, pero en aquel momento y en aquel desorden pasó desapercibida, y Guy nunca supo quién la había dicho.

"Buena suerte y larga vida a los dos" gritó Collins a la pareja. "Me gustaría mucho ver a Anadiomena de uniforme; la primera Venus con medias de algodón; qué golpe para la mitología". Collins festejó su salida con una risa explosiva de cockney que cerró el brindis. Enseguida estaba al otro extremo del mostrador, donde lo recibió

una lluvia de afectuosas injurias.

"Mi primer vaso de "champagne" dijo Karen apurando el último sorbo.

"La ocasión ha estado bien elegida".

"Y mi primero - y único - soneto. Podría aprender muchas primeras cosas contigo".

"Pero todas son innecesarias, estoy seguro. La gracia está ahí, te asiste, te acompaña: la gracia lo puede todo".

"No sé a qué le llamás gracia. Si es lo que yo pienso, también está en tí".

"Cuidado, Anadiomena. Tengo una vanidad arisca y le cuesta salir a luz".

Ahora el segundo vaso estaba mediado.

"Es lo primero que tomo hoy ¿sabés? Con todos esos anuncios de submarinos, Miss Stokes nos prohibió hasta la Coca-Cola".

"Hizo bien".

"Pero ya estoy casi borracha. Qué bueno".

"Yo también; pero no de alcohol. Este momento, en tu compañía, es muy especial. Cómo querría retenerlo, prolongarlo. Evidentemente, me estoy poniendo viejo".

"Por mí no te preocupes. Después de haber leído quince veces el soneto, he decididp que también los viejos tienen sus cosas".

Guy la tomó de los hombros y, con el último aliento de su risa, le dio un largo beso de hermano.

"¡Ah, no, Mr. Delatour! Esto no es un premio consuelo. Ya nos encontraremos en Londres y veremos qué pasa. Fuera de aquí, fuera del grupo. Yo quiero volver a verte. No he conocido a nadie como tú, y corro peligro de que seas el único ejemplar en mi vida".

Guy sirvió otro medio vaso del "Mumm's Cordon Rouge" e hizo seña a Collins de que viniera por lo suyo.

"Mejor no anunciar nada" dijo luego, gritando también porque el rumor general se había hecho clamor. "En Londres veras a otros muchachos, de esos que han pasado ya la edad del acné. En un lugar en que la vida y la muerte están siempre juntas, rozándose, no serán como los demás, como los que ya conoces. Muchos sentirán que el mundo es de ellos, estoy seguro. Y ahí tendrás otra forma de poesía: la poesía de la acción."

"¿Y tú no sientes que el mundo es tuyo?"

"Yo acabo de perder un mundo. No sé qué me pasará en el que vamos a pisar ahora. En primer lugar, como ya sabes, me siento viejo para empezar".

"¡Bah! La esclerosis del espíritu es la única curable".

"¿Ah, sí? ¿Y eso como lo sabes tú?"

"Lo repetía siempre mi profesor de literatura, un irlandés loco con una enorme pelambre roja".

Gritando más todavía, Guy alcanzó a decirle:

"¡Ay, Karen, qué acierto de tus padres el haberte inventado! Bendita sea tu caloricidad espiritual".

"Esa palabrota no me suena muy bien ¿sabés?"

"Pero es el término justo para tí, porque tú tienes o irradias un calor superior al del ambiente".

"Bueno, basta, basta" dijo ella. "Las cosas sinceras que le dicen a uno nunca son bonitas".

"¿Y las bonitas no son sinceras?"

"No lo parecen".

Las palabras sueltas que se dijeron luego no atravesaron la barrera de sonido de aquel bar. Allí la voz colectiva era un órgano de iglesia en pleno ensayo: notas bajas, resonantes, suprarrenales. De repente dos australianos vinieron por Karen, la levantaron por el aire y Guy ya no la vio más. Enseguida, sin astucias de nadador - porque no sabía nadar ni siquiera en tierra firme - fue deslizándose como una oblea entre los bebedores apiñados allí y todavía no lo suficientemente "cocidos" como para abandonarse a la gran amnistía del canto coral.

Quería buscar a Mildred y la encontró en la puerta del "lounge" en el momento en que se iba. Un vistazo al interior de la sala lo explicó por qué: de un lado un sexteto de palúdicos resurrectos había repuesto un número de Tiller's Girls que indudablemente se tenían ya bien ensayado y representado en algún lugar de Africa; baile de precisión, con las patazas movidas al unísono, rítmicamente, al son de un número de Cole Porter. La gravedad beoda con que lo hacían era de una comicidad irresistible. Del otro lado... del otro lado un solista se había desnudado y se estaba poniendo un portasenos walkírico.

"¿Bebemos algo, Mildred?"

"No, gracias. Salgamos de aquí. A cubierta ¿eh? Le he prometido decirle algo si llegábamos vivos y, gracias a Dios, veo que tengo que cumplir mi promesa".

ney" y en sus propios auto-psicoanálisis en los cafés de Montevideo. A esta terapéutica coja le faltaba la absolución: él creía muy relativamente en sus virtudes. Mildred siguió: "En este barco, gracias a Dios, he tenido el otro alivio de que me presentaran a todos Vds. sin que al verme nadie haya puesto la cabeza tiesa o abierto los ojos como diciendo: "¡Ah! ¿Esta es la famosa...?" Luego bajó la voz:

"El hecho no se publicó nunca en los diarios. Es uno de los pocos casos en que la prensa se ha portado decentemente. Pero mucha gente lo ha sabido, demasiada; el chisme se mueve más pronto que el fuego en un bosque. Todo lo que puedo decirle es que no ocurrió en la Argentina. Podría haber pasado allí como en cualquier otra parte, pero..."

El se subió el cuello del sobretodo, se puso el guante de la mano derecha y con ella mantuvo las solapas cruzadas contra su cuello. Afortunadamente Mildred no se apercibió de ninguno de estos movimientos. Por lo demás, no era la falta de atención lo que los dictaba, sino el exceso de frío. Ella siguió hablando sin interrumpirse, enriquecido el hilo de su voz cálida - y hasta este momento no perturbada - por la variedad de inflexiones del inglés:

"A los veinticinco años me enamoré. En mis sueños de los dieciocho ya figuraba un actor británico de regular estatura, perfil regular, moreno, sereno, caballeresco, incapaz de "tics" adolescentes. El bigote acentuaba su sonrisa irónica. Sus ojos eran siempre inteligentes, siempre; y a veces, además, estaban llenos de un fuego romántico que ya no se ve más por ahí".

"Ronald Colman" no pudo menos de exclamar Guy.

"Excepto ese fuego de la mirada y la dicción del actor - demasiado civilizada algunas veces - el muchacho del que me enamoré <u>era</u> Ronald Colman. Estaba por terminar dos años de práctica en la agencia de una compañía petrolera inglesa. Tres meses después debía volver a Londres. De ahí, quién sabe adónde lo destacarían. "¿Ves? El destino ha sido bueno conmigo" dijo él el día en que me propuso casamiento. Yo, antes de que acabara de tartamudear, le dí un sí mudo besándolo con todo el entusiasmo de que me sentía capaz. Que era mucho. "Si te hubiera encontrado dos meses después, es posible que no hubiéramos tenido tiempo de conocernos y casarnos" dijo él: Pero se equivocaba; el destino no fue bueno con él. Esa fecha del primer encuentro - ¡pero de qué sirve pensar

así en el destino! - fue fatal para los dos. Si nos hubiéramos conocido dos meses más tarde yo me habría enamorado de él inmediatamente - como ocurrió - y al saber que se iba le habría propuesto matrimonio yo misma. Larry... Larry era un muchacho de una gentileza tan profunda que no veo cómo habría podido decirme que no. Y nos habríamos marchado sin pasar por el horror por que pasamos. Por eso digo que el destino no fue bueno con él; sería su karma."

"Así, con tiempo para que Larry se tomara la pequeña vacación que le correspondía antes de volver a Londres, aceptamos una invitación para salir de Buenos Aires y pasar quince días en una playa. Ibamos a casa de viejos amigos de mi familia. A los cinco días de llegar nos dieron un "cocktail-party" donde se anunció nuestro compromiso. Yo no sé hasta qué punto conoce Vd. a los ingleses; en todo caso sé que no ha vivido con ellos lo bastante como para... para estar al tanto de ciertas costumbres. Hay una, muy civilizada, que se practica en secreto: la de que una pareja, al comprometerse, está tácimente autorizadam a..." Aquí el hilo luminoso de voz se quebróm, se ensombreció. Ella hizo una pausa para dominarse y Guy, en vez de completar la frase con la imaginación, sólo pensó: "Qué frío. Qué frío. Espero que me ahorre los detalles". La continuación lo sorprendió: "... a hacer un ensayo de matrimonio". Pero se guardó muy bien de preguntar: "¿Cómo?" Ella siguió:

"Sexual, se entiende. Un ensayo sexual. Como verá, era un momento muy especial para nosotros. El "party", irónicamente - todo en esta historia está rebozado y saltado en ironía - fue el más alegre de mi vida. La gente no se iba más de la casa; al amanecer todavía quedaban diez invitados riendo, charlando, ya sin beber. Alguien debe haber leído cierta impaciencia en los ojos de Larry; de repente dos de ellos propusieron un desayuno en el centro, y todos se fueron en los dos últimos coches que quedaban. Los dueños de casa estaban ya tan dormidos, que se retiraron sin darnos las buenas noches".

"Cuánto detalle. Cuánto detalle" pensó Guy que, por más que tiritara, era técnicamente incapaz de incurrir en uno de esos gestos clásicos con que las gentes combaten el frío, como el de golpearse un brazo con el otro o el de saltar sobre un pie y luego sobre el otro, repetidamente. Su divorcio de los demás no estaba dictado solamente por su timidez, por sus complejos de tartamudo, por su exagerada sensibilidad, por sus mie-

dos; también había algo en su sangre que lo rescataba de todos los gestos banales, los inevitables gestos banales del hombre. (Pero esto se lo tenían que estar diciendo los otros, y cuando se lo decían Guy lo tomaba siempre como una acusación). Mildred siguió:

"Era un amanecer realmente divino. Desde las ventanas del "living", que daban a la playa, el horizonte no tenía los rosas y rojos de costumbre, sino tonos lilas y violetas. No sé cómo todo el horror de lo que vino después no me ha borrado el detalle de la memoria. Será porque los colores no eran reales ni anunciaban tampoco nada real; nada que el común de los hombres pueda considerar real, vale decir, cotidiano, lógico. Perdónamme ¿quiere? Me doy cuenta de que estoy cayendo en la literatura, pero no sé cómo podría decirle lo que pasó de un golpe, sin comentarios, sin... sin adornos; decirlo así sería repetir en cierta forma la bestialidad inenarrable del ataque".

"Por la forma en que me miraba Larry y por la clase de besos que nos dimos en la veranda de la casa antes de salir yo supe que el comienzo de nuestro ensayo no estaba lejos. El no me dijo nada ni me apuró en ninguna forma; sólo me tomó de la cintura y me llevó hacia la playa dándome, de vez en cuando, un beso tierno con los labios cerrados".

"Yo no sentía tan feliz que no atinaba a decir nada. Larry comprendía perfectamente mi reacción; siempre lo comprendía todo; y para no obligarme a hablar - ahogada de felicidad como estaba - el tampoco dijo nada. Cuando llegamos cerca de la orilla y a la izquierda de un bosque de pinos no muy extenso - la playa era inmensa - miró en derredor suyo. No había nadie. Debía ser un poco menos de las cuatro y media de la mañana. Entonces me dio un beso de verdadera pasión, un beso interminable que me asustó un poco. En los dos o tres segundos que nos separamos para respirar lo miré con asombro. Estaba rojo y jadeante, casi descompuesto, pero los ojos eran los mismos ojos serenos de siempre, con la misma mirada noble de siempre. Recuerdo que pensé que la locura está dentro de nosotros, siempre al acecho; aquellos ojos no tenían nada que ver con el resto de su cara".

"Luego dijo una sola palabra: "Ven". Entramos en el bosque de pinos y encontramos un claro que yo no conocía. Allí, sobre la arena, tiró su chaqueta y un chal que yo llevaba; así pudimos echarnos sin miedo a que la arena se nos metiera por los ojos y

por la boca. Nuestro abrazo fue largo y tierno. Yo lo veía impaciente pero, dos o tres veces, dominándose, se sentó en la arena y miró en su derredor para convencerse de que estábamos verdaderamente solos".

"Por último Larry se quitó la camisa. En ese mismo momento una risa horrible, obscena - una risa verdaderamente infernal - tembló encima de nosotros. Estábamos rodeados por ocho facinerosos jóvenes, que debían habernos visto salir de la casa y nos siguieron a la distancia, ocultándose entre los árboles. Uno de ellos era casi un niño: no tendría más de 18 o 19 años, y al principio estaba tan asustado como yo. Larry se incorporó de un salto. El mayor del grupo - un hombre de unos treinta años - lo puso inmediatamente fuera de combate de un directo a la mandíbula. Luego, mientras unos lo acababan de desnudar, otro le metía un pañuelo en la boca. A mí, después del primer grito que pegué, me hicieron lo mismo usando mi chal".

"Esa fue mi iniciación al amor: ese fue también el primer paso de Larry a la felicidad: un paso fatal. Sujetos cada uno de brazos y piernas por tres de aquellas bestias, el cuarto, el que quedaba libre, se desahogó por turno con nosotros. Pero no por igual. Al irse turnando, cinco de aquellos monstruos se desahogaron conmigo; pero los

si yo no hubiera podido tener nada que ver con una cosa así".

"A mí me pareció que la pesadilla duraba horas y horas, que cuando aquellas bestias se cansaron de decir obscenidades, de reirse, de insultarnos, de encontrar brutalmente su placer en nosotros como hubieran podido encontrarlo con un perro, tendrían que ser ya las once de la mañana. Pero no eran ni las seis y media. Mientras nos revolvíamos con la misma furia Larry y yo, no sé cómo no se cansaron de estarnos sujetando, cómo encontraron fuerzas para sostener su salvajismo hasta el fin".

"Mildred. Por favor, no siga. Se está haciendo mal a Vd. misma".

"¡No me diga que Vd. no puede seguir oyendo - por lo menos - a mí que lo viví!"

"No lo decía por eso".

"¿Alguna vez ha visto Vd. un choque de autos? ¿Los vidrios hechos añicos, el llanto rabioso de los niños, la gente que sacan fuera en medio de grandes charcos de sangre,los ojos de "shock", la forma grotesca en que los desconocidos que se detienen a mirar conocen la intimidad física de una mujer sin haberle visto la cara?"

"He visto uno, sí. No había niños ni gritos; pero no lo olvidaré nunca".

"Muy bien. Entonces tiene un punto de referencia. Lo que nos pasó aquella mañana fue diez veces más horrible. No fue un accidente; no fue la obra de la fatalidad; fue obra de hombres, un crimen completamente deliberado. Y como cosa de horror, sólo puedo compararlo con un choque de autos que se repitiera y repitiera y repitiera incontables veces. Si es difícil aguantar el horror de la primera, imagínese lo que habrá sido la quinta, la sexta. Larry y yo estábamos tan ensangrentados como en un choque. El tuvo un vómito de sangre; a mí - eso lo vi mucho después - la sangre me manaba de dos heridas en la cara, de dos golpes que me dieron mientras me resistía. Pero toda aquella sangre parecía estimular a las bestias; era como un complemento a la "hombría" suprema de su gesto. Y así nos deshicieron por dentro; al irse, estábamos mucho peor que la gente que meten en una ambulancia después de un choque, abierta por dentro, cortada, deshecha".

"Qué horror, qué horror" volvió a exclamar Guy como un eco de sí mismo. "Ni en la guerra ocurren cosas así".

"No sé. Sólo sé que aquel ataque mató a Larry. No murió allí mismo, como habría queri-

do (de esto no tengo ninguna duda: me lo dijo después, en el hospital); pero hubo un momento de humillación que lo quebró para siempre. En su fiera lucha, en su tensión inenarrable (parecía como si los gritos ahogados que pegaba se tuvieran que oir a cinco kilómetros de allí) el desgaste nervioso que tuvo el pobre fue tan grande, que perdió el control de sí mismo. Uno de aquellos individuos - uno que tenía cara de mono - sintió o vio lo que le ocurría y lo celebró a grandes gritos: "¡Mirá! ¡Mirámelo al gringo: se fue no más! ¿Qué me decís? ¡Le gusta la cosa; al tipo también le gusta!" El arranc6n que Larry tuvo al oir aquello fue tal que yo creía que iba a poder sacudirse a aquellos asesinos de encima. Pero lo dieron de puntapiés, uno de ellos en la boca. Y lo tiraron contra la arena. Y siguieron."

"Antes de que se fueran yo me desmayé. Cuando volví en mí el último de ellos se estaba vistiendo. Los miré bien a la cara a todos. Las caras no se me despintarán jamás. Cuando Amescua me tomó de los brazos los otros días, no era su cara la que vi al mirarlo; era la de uno de aquellos asesinos".

"Qué horror. Qué horror". Era lo único que podía decir Guy; su celebrada elocuencia lo había desertado, se había ido por la borda. Aquella reacción pareció, curiosamente, aumentar el afecto que Mildred sentía por él, y ella ya no se pudo contener. Su llanto abrió una pausa bienvenida - tan limpia como un silencio - en aquel "racconto". Pasó casi un minuto antes de que ella siguiera:

"Se fueron riendo, como un grupo de héroes que acabaran de ganar una cruz de guerra". Larry había perdido también el conocimiento - no sé cuándo, pero desgraciadamente debió haber sido al final, cuando ya no le quedaban fuerzas para intentar luchar o para gritar - y todo lo que hice yo para reanimarlo fue inútil. Había entrado en una especie de coma. Lo di vuelta en la arena, le cubrí el cuerpo. Estaba exangüe, blanco como un papel, pero respiraba. Apenas, apenas; un soplo de aire que por suerte pude sentir en mi desesperación. Pensé que antes de que llegara la ambulancia podía morirse y salí corriendo para la casa. Pero no tenía fuerzas. Me caí tres veces y al final seguí hasta la orilla y me metí en el mar."

"El agua estaba muy fría y me reanimó. Entré chorreando en aquel "living room" tan cuidado, tan pulido siempre, grité "Socorro" un par de veces con todas mis fuerzas y

alm bajar Lillian, la dueña de casa, tuvo que agarrarse de la barandilla para no caerse, de la impresión que le hizo verme".

"Larry pasó un mes y medio en el hospital. Yo estuve tres días. Me trataron por "shock" principalmente. Pero él estaba totalmente roto en cuerpo y en espíritu. No me dijo nunca una palabra de amor, y sólo me hizo un comentario sobre el episodio; ese de que habría querido quedarse muerto en la playa. Cuando yo le tomaba la mano cariñosamente, siempre se las arreglaba para retirarla sin brusquedad".

"El día que lo dieron de alta vino a la casa, recogió sus cosas y su fue a Buenos Aires diciendo que necesitaba estar completamente solo por un tiempo. Yo no insistí; era un hombre muerto y, como testigo de la causa de su muerte, yo era quien menos habría podido ayudarlo. Pero su herida del alma fue tan grande que ni siquiera pensó en mí, en lo que aquellos hombres habían destruído también dentro de mí. O si pensó, no lo dijo; y el Larry de antes habría pensado en mí en primer lugar".

En cubierta la temperatura había cambiado. El viento era tan cortante e implacable como al salir ambos allí, pero la mejilla de Guy estaba ardiendo; todo él estaba encendido de rabia.

"Larry se tomó el primer avión para Londres sin decirme nada" siguió Mildred después de otra pausa. "Seis meses después recibí una carta de su madre; en pocas líneas me decía que él se había suicidado en el campo con una escopeta de caza. A la familia le fue fácil simular un accidente. Porque este es un mundo tan complicado que a un hombre lo pueden matar en vida violándolo, como hicieron con él; pero ese hombre no tiene derecho - por lo menos en Inglaterra - a buscar la paz, la muerte definitiva, por su propia mano".

La rabia de Guy brillaba como un fanal en la boca de lobo de la cubierta; era incandescente, una rabia al rojo blanco. "¡No tenerlos a mano a todos y poder ahogarlos uno por uno, apretándoles el cuello hasta dejarlos duros!" dijo. Mildred rechazó la imagen cerrando los ojos:

"¡No! ¡No! Así ganarían ellos".

"Los anormales siempre ganan. Ahí está Hitler. Aunque pierda la guerra, habrá tenido

a todo un continente en un puño y habrá hecho morir a millones y millones de hombres. ¿No matamos a los insectos dañinos? A bestias como esas también hay que liquidarlas".

"Están todos en la cárcel; cadena perpetua" suspiró ella.

"Pues allí corromperán a delincuentes menores. La locura es lo que más pronto se contagia".

"Hay que luchar contra ella".

"Luchar, sí; dejarlos vivos es resignarse a que locos como esos ganen la partida. Habría que hacer que se curen: ¿pero cómo? No se sabe lo bastante de su enfermedad. No se es lo bastante fuerte para lidiar con ellos. ¡No! Matarlos. Es la única manera de librarse de semejante escoria humana. Ajusticiarlos es una forma de parar a los otros anormales antes de que los imiten".

Los sollozos pudieron con el dique que les oponía la voluntad de Mildred y acallaron por unos instantes la lejana sinfonía del viento.

"Yo... yo los he perdonado" dijo ella, hipando todavía. "Aunque lo que hicieron me ha arruinado la vida. Ahora como el primer día; lo mismo".

Guy le puso un pañuelo en la mano. Enjugando los fluídos de su pena, ella tardó un momento largo en enderezarse el ánimo. Era una eternidad para pasarla en silencio; a Guy el frío volvió a penetrarle otra vez los huesos y se le coló por el alma. Para combatirlo él retuvo la respiración hasta sentir como que reventaba por dentro; era el recurso que se había inventado en las salas frías de los cines donde pasó tiritando tantas "matinées" en los años de sus desmayos y del comienzo de su faquirismo.

"No podré ver nunca a los hombres como son en realidad" dijo Mildred con voz más serena. "Tampoco aceptar la vida tal cual es. Para mí, para mí se entiende; para mi corazón. Pero eran locos, enfermos todos. Hay que perdonarlos".

El la abrazó. Abrazo largo, mejilla contra mejilla, que convocó otro golpe de llanto en aquel luto absoluto del frío y de la sombra. Luego le rozó la mejilla con los labios y la sintió endurecerse en un movimiento instintivo de rechazo.

"Mildred, Mildred. Cuando pase más tiempo..."

"Han pasado 16 años. Cuando pase más tiempo seré una vieja reseca. Por eso no quie

ro envenenarme con ningún rencor. Sería una doble victoria para el mal. El perdón, el perdón, esa es la cura. La única".

"Yo no podría" dijo él con los labios apretados, sintiendo que la indignación volvía a hacerle correr la sangre más aprisa por todo el cuerpo.

"Los hombres, claro..."

"Vamos adentro".

"Pobre Guy. Debe estar helado; y todo por mi culpa. ¡Qué debut en este frigorífico de las Islas Británicas!"

"Sentí frío al principio" dijo él abriendo la primera de las dos puertas que en los días ya lejanos de la paz defendían a los pasajeros del viento y ahora resultaban ideales para el "blackout". "Pero con la furia que me [illegible] lo que le pasó, estoy ardiendo; tóqueme".

Ella prescindió de la verificación que se le proponía. Al trasponer la segunda puerta los sacudió una cachetada de ruido: pianos, armónicas, voces cantantes que zigzagueaban alcohólicamente de este a oeste del "lounge", carcajadas incontenibles como un estornudo, gritos subhumanos. Era evidente que el festejo duraría toda la noche.

Mildred vio sin sorpresa que Guy tenía los ojos llenos de unas lágrimas duras, que no caían.

"Tiene Vd. un amigo para siempre" dijo él tomándole las manos y besándoselas. Pero no se detuvo a mirar cómo Mildred se alejaba, y desechó la idea de volver al "lounge" o al bar. Era cierto que le ardían las mejillas, y también que le picaba cada poro. La rabia era en él una verdadera fiebre. Había vuelto a sentirse tenso como una ballesta abierta que no dispara nunca su flecha, su cerebro como el bodoque cerrado en el moldo de una fuerte tenaza, como le había ocurrido luego de una escena de insultos en su hogar; y como entonces, habría cogido a puntapiés todo cuanto se le ponía al paso.

Mildred desapareció de su vista mientras él se quitaba rápidamente los guantes y el sobretodo. Luego, irguiéndose, Guy enfiló hacia su camarote sintiendo pasos rápidos detrás de él; pero no se volvió a mirar quién era. Tiró el abrigo sobre su litera y, mientras se secaba los ojos con una toalla, sintió que dos manos le aferraban los hom-

bros. Sorprendido, arrancó bruscamente el trapo de su cara para sentir que una boca abierta y encendida en "whisky" intentaba unirse a la suya, y que una mejilla caliente le rascaba la piel con el blando cepillo de su barba. Al rechazar de un empujón al intruso, Guy vio que era David Coryton.

"¿Está loco?" le gritó.

"Todos estamos un poco locos esta noche" respondió el tenientillo con un temblor de contrariedad en los labios y una mirada vidriosa, viscosa, que inspiró a Guy una súbita repugnancia.

"Pero Vd. lo está del todo" le contestó éste con la misma dureza. "A no ser que tenga media botella de "whisky" dentro".

"In vino veritas" dijo el muchacho con una risa amarga. "No estoy más loco que los otros. Vuelva por ahí a verlos: esta noche todos se muestran tal cual son. Mañana, al desembarcar, será otra cosa, pero mírelos ahora. Peor - o mejor - que una borrachera".

"Me alegro por ellos".

"¿Es de alegría que lloraba?" El chico le echaba, pestañeando, una mirada de reproche, pero no podía sostenerla, y bajaba los ojos para volverlos a subir con el mismo acento que interrogación y queja.

"No lloraba. Salí por un rato y el viento me hizo mal a los ojos".

Pero si Coryton no podía sostener la mirada de Guy, sí podía sostener la rapidez jadeante de aquel diálogo. "Vamos" dijo. "No tiene por qué ocultar así sus sentimientos. Vd. no es inglés".

"¿Y Vd.?"

El chico percibió la mordiente ironía de la pregunta y eso pareció calmarlo; esta vez, al levantar los ojos, vio la expresión de monitor que había puesto Guy y lo encontró un poco ridículo.

"Yo nací en la India y viví allí hasta los 12 años; eso podrá explicarle muchas cosas".

En aquel ping-pong de palabras una - la clave, quizá - pareció haberse caído al suelo sin que nadie se agachara a recogerla. Hubo una pausa de dimensiones diametralmente distintas para los dos interlocutores.

"Váyase, váyase, ¡por favor!" dijo Guy con mayor brusquedad todavía. "No me siento bien y no tengo nada más que hablar con Vd."

"Pero en el viaje Vd. me ha mostrado simpatía..." protestó el tenientillo con el mismo temblor en los labios.

"No la clase de simpatía que Vd. parece esperar" lo interrumpió Guy, ahora con verdadera irritación.

"¡Bah! Si Vd. hubiera vivido en el Oriente, sabría que cuando la amistad de dos hombres culmina en abrazo nadie lo considera un crimen. El afecto es una forma de amor, y el amor es la única verdad, LA UNICA. ¿Todavía, a su edad, no se ha dado cuenta de eso? ¿No le significa nada que yo venga aquí y le diga lo que siento por Vd.?"

"Mire, váyase por las buenas, ¿quiere? Váyase antes de que pierda la paciencia y lo saque de un brazo" dijo Guy bajando la voz.

"Vd. no puede decirme eso en serio. No. Yo no puedo, no puedo creer que Vd. sea uno de esos tipos muertos a los que no les importan ni las mujeres ni los hombres" contestó el intruso ensayando un tono de desafío.

"¿Un impotente?" Guy lanzó una risotada despectiva. "Y suponiendo que así fuera ¿a Vd. qué cuerno le importa?"

La voz del teniente salió asordinada de su garganta:

"Sí me importa. Es lo que más me importa" dijo dando la espalda a Guy y alejándose hacia el ojo de buey, contra el que dejó descansar un momento la frente abrasada. "Yo no soy un vicioso, sépalo bien. Además, Vd. lo ve: eso se ve. Pero cuando uno encuentra el hombre excepcional... Sólo a alguien como Vd. puedo atreverme a hablarle así. Compréndame, por Dios; si ha querido alguna vez en la vida, Vd. me tiene que comprender. Nos separamos; no sé si lo volveré a ver... Si no hablo ahora, ¿cuándo podría decirle, cuándo...?"

"Pero míreme bien. ¿Por qué yo? ¿Con esta mandíbula? ¿Con estos ojos hundidos? ¿Con esta cara? Míreme bien".

"¿¿Y qué me importa la cara?? ¿De dónde sale Vd.? ¡Cristo bendito, no es posible que sepa tan poco de la vida! No, Vd. se está burlando de mí".

Había una incongruencia extrema en la lección de madurez y tolerancia que aquel po-

timetre de 20 años a lo sumo estaba dando al casto Quijote uruguayo.

"He entrado aquí con demasiada rabia como para pensar en burlas" barbotó Guy. "Y Vd. ha aumentado esa rabia, la ha multiplicado por diez".

"Pero no porque lo quisiera. Escúchome, "Prof". No sea tan duro. ¿Qué le he hecho yo? Si es por lo que siento... sentir no es una culpa, nunca. Lo será en su país, entre los suyos. Católicos ¿no?"

"Ateos".

El ensayo de risa irónica de David Coryton le salió mal; parecía más bien un sollozo

"Los ateos son peores todavía. Pero sentirse enamorado - como sea - es maravilloso; una felicidad así no puede ser nunca una culpa. ¡Y esto lo siento nada más que viéndolo, oyéndolo! Una cosa me atrae en Vd... irresistiblemente (ya ve que al decirlo me pongo en sus manos, pero tengo que decírselo); su fuerza mental, su cerebro de hombre."

"¡Pero si apenas me ha oído hablar! ¡Si no sabe cómo pienso! Vd. está loco".

"No necesito saber cómo piensa: lo siento. Sé perfectamente lo que va a decir, minuto tras minuto, y hasta cómo lo va a decir. Ninguna mujer podría comprenderlo de esta manera. Nunca".

"Pero para comprender no hace falta... esa clase de relación. Basta con una amistad normal".

"Mi sentimiento también es normal ¿sabe? Si no, no nacerían tantos hombres como yo. Pero a mí... a mí no me basta con admirarlo" dijo volviéndose bruscamente, "porque me enamora lo que Vd. piensa. Pero ¡para qué voy a perder tiempo en explicárselo! Vd. no está pronto. Vd. no sabe nada de esta manera de sentir".

"Sólo sé que no es mi manera de sentir: de eso puede estar seguro" dijo Guy volviéndole la espalda. "Le he pedido dos veces que se vaya; estoy cansado, me siento mal, y no tengo tiempo ni ganas de escuchar a un loco".

"¡El loco es Vd.! No, perdóneme, perdóneme; Vd. me ha hecho decirlo por la forma en que me trata. Es un insulto, un insulto, y yo no lo insultaría por nada del mundo. Yo no estoy loco. Ya llegará el día en que se arrepienta de haberme tratado así. El mundo da muchas vueltas; la gente tiene muchos cambios. Eso lo sabe Vd. mejor que yo, porque

ha vivido más. Pero cuando Vd. quiera cambiar, será tarde".

"¡Já! Los tipos como Vd. están soñando siempre que todos los hombres comparten sus aberraciones".

"Hay muchos más como yo de lo que Vd. cree" dijo el chico con voz de llanto. "No es ningún crimen. Pero Vd. quiere seguir con los ojos cerrados, y el que la paga soy yo". Enseguida corrió hacia Guy, le tomó una mano bruscamente y se la besó y soltó antes de que él pudiera reaccionar. Era una actitud de esclavo que turbó al interpelado y lo dejó revuelto por dentro, como si hubiera pisado una serpiente sin darse cuenta. Pero antes de que pudiera decir nada ya había salido David Coryton del camarote, convertido su llanto en sollozo; un sollozo más femenino que el de Mildred, pensó Guy con furia. Felizmente para el oficialillo, no hubo quien lo oyera ni quien lo viera salir de allí.

XIX

"Pensamiento mío,
no me deis tal guerra,
pues sois en la tierra
de quien sólo fío".

(Diego Hurtado de Mendoza - "A su pensamiento")

La pasión de los gritos de Guy, su furia repentina, despertaron a Pierre con un sobresalto. "¿Pero no ven que eso no puede ser? Cómo - cómo no lo ven? ¡No puede ser, no puede ser! " chillaba el hombre en su pesadilla, revolviéndose en la litera. Y luego, de una manera entrecortada, a veces no fácil de entender: "¡Si serán best - bestias! ¿No saben que la revolución contra todo, la rev-lución perpet - es el fin del mundo? Hacerla es reclamar a gritos la represión, la fuerza! ¿No lo ven? ¡El mundo no pued- vivir en un continuo desorden! El desorden llama a la fuerza... y la fuerza - la fuerza acaba por traer la guerr. ¿Eso quieren entonces? ¿La guerra? ¡Bestias! Con el gran fuego esa guerr... será el fin de todo".

Los gritos enervaron a Pierre, que saltó de su lecho. ¡Caramba! ¿Qué sería ese "gran fuego" que iba a acabar con todo en este mundo?

"¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Resentidos o inocentes, todos asesinos!"

Pierre decidió terminar la arenga con esa nota categórica, gritada a pleno pulmón por Guy. De pie, junto a la litera de éste, le había puesto una mano en el hombro y ahora lo sacudió con fuerza, diciendo:

"Buenos días, H. G. Wells".

"¿Qué pasa?" exclamó Guy de pronto sentándose en la cama, pero sin abrir todavía los ojos.

"Que estás armando mucho escándalo. Cálmate".

Aquella voz venía de lejos, filtrada por una gran serenidad.

"¡No! ¡No! ¡Es el fin del mundo! ¿Quién puede calmarse? ¡Todo se viene abajo! ¡Es el fin! ¿No comprenden? ¡El fin!"

Pierre apretó los dedos, como una tenaza, sobre el hombro de Guy.

"¡Fuera! ¡Fuera de aquí!" gritó éste con vehemencia. Luego, lenta y penosamente, abrió los ojos. Y cambiando el diapasón, dijo a Pierre con naturalidad pero también con asombro: "Buenos días" como si lo encontrara de pronto en otro mundo. "Buenos días" repitió. "Entonces era un sueño. ¡Qué suerte! ¡Fue un sueño larguísimo, y tan absurdo!"

"¿Sueño, con esos gritos? Dirás una pesadilla".

"Sí, pero real, bien real".

"Ya lo he visto, ya. Dormido, por lo menos, yo nunca he oído gritar así a nadie". ¡Vaya sueños que tiene el joven! ¡Para empezar, el fin de todo! ¡Lo que habrás bebido ahoche! ¿Dónde estabas?"

"Un poco en cubierta... y el resto del tiempo aquí".

"¿Aquí? Pues te has perdido la bacanal de tu vida".

"Ya lo sé. He visto el prólogo y me imagino el resto".

"¡Ojojoy! No te lo imaginas. Fue fabuloso".

"Una especie de 'suruba' brasilera ¿no? Todos desnudos y cambiando de cuerpo de vez en cuando".

"Bueno, tan fabuloso como todo eso no. Pero tendrías que haber visto a los australianos".

"Búrlate de mí si quieres, viejo Pierre, pero esas cosas no me divierten. No puedo participar porque el espíritu crítico, por más que beba, sigue siempre despierto en mí. Animalizarse será un descanso, y si tú quieres un placer: pero yo soy incapaz de animalizarme. He nacido monja, como dice mi hermana, y ¡qué le vamos a hacer!"

Pierre rió. "Nadie que te oiga lo diría".

El tono entre ambos había vuelto espontáneamente a la cordialidad de los primeros días. Tanto uno como otro parecían necesitarlo; y los rostros hinchados por el sueño se aclaraban y aniñaban con las anchas sonrisas.

"¿Y para cuándo ese fin del mundo, vamos a ver?" preguntó Pierre.

"No tengo idea. Me acuerdo de aviones que transportaban a quinientos pasajeros; de cohetes que iban a la Luna; de mujeres que andaban por la calle con los senos desnudos".

"Entonces, la cosa viene para dentro de diez años. O menos. El "gran fuego" de que hablabas podría ser el arma secreta de Hitler. Estamos bien arreglados" dijo Pierre saltando de su litera con una risa larga y asomándose al ojo de buey, que le trajo la inesperada litografía de plomo de un noviembre en Inglaterra.

"Cuán corto me lo fiáis" bostezó Guy.

"Viejo, al paso que van las cosas... Pero para dentro de diez años yo estaré probablemente bajo tierra. Y no en un refugio antiaéreo, sino en el campo, cerca de Knokke-le-Zoute, espero".

"Qué disparate".

"Mejor así que en un asilo de enfermos mentales".

"Pues sí que te ha dejado optimista la suruba".

"¿Y tú con tu pesadilla? No gritan como tú soñando ni los muchachos de vuelta de una misión de bombardeo, cuando me los dejan completamente "knockout" a fuerza de ginebra".

"Sí. Ya me has hablado de eso. Yo sólo puedo decirte una cosa. En mi sueño todo era real, mucho más real que..." y mirando por el ojo de buey a las espesas gasas de la atmósfera, precisó: "que esa niebla que se ve ahí fuera".

"¿Real? ¿De veras? Si todo eso te parecía real, entonces llevas un infierno dentro. ¡Pobre Guy! Tendrás que divertirte mucho en Londres. Ahora que, con la mensualidad de una beca, no podrás hacer mucho. Pero ve todas las noches al teatro. A tí te gusta el teatro con locura ¿no?"

"De siempre. He ido al teatro toda mi vida".

"Pues ve. Hay localidades de todos los precios. Es lo único que ha quedado intacto en Inglaterra. Eso y los "pubs" de campo, que también

te gustarán tan furiosamente como a mí, espero. Los soldados saben que el cine es mentira, y a estas alturas les consta que es una mentira especialmente fabricada para darles ánimos; pero el teatro no. Sir James Barrie no escribía para soldados, y menos los hacían G. B. Shaw y Oscar Wilde. La gente que dice ahora sus obras y las viste y las mueve lo hace con un arte, una perfección, un desparpajo... ¡Uy! Realmente lo animan a uno a seguir viviendo".

"Pero tú te ves muerto dentro de diez años".

"Eso es distinto. Fatalismo de aviador".

"La suruba, por lo menos, te ha puesto elocuente".

"¿Te parece? Es que hasta ahora hemos hablado muy poco, viejo. Tú y yo apenas nos conocemos".

"No por mi culpa".

"Ya lo sé. La culpa es completamente mía. He tenido muy poca tranquilidad en el viaje; de eso sí te habrás dado cuenta. La barrabasada que he hecho viniendo a Río es de las que se pagan. Eso lo he tenido todo el tiempo entre ceja y ceja como un clavo, ¡para qué te voy a engañar!"

"Y ahora se acerca el momento de ajustar cuentas".

"Bueno, eso no me asusta - o más bien dicho, no me inquieta. Mi hoja de servicios es buena. Lo que me asusta es que la razón que yo doy, la que me he dado a mí mismo - ver nacer a mi hijo - no sea del todo la verdadera".

"¿¿Cómo??"

"Yo me entiendo".

"Y ahora que llegamos, te importa poco que te entienda yo también".

"¿A que tú la sabes? Apuesto cualquier cosa a que sabes la otra razón. Me extrañaría mucho que no la supieras. Un tipo que piensa y repiensa las cosas como tú".

"Que las sueña y resueña. Ojalá las pensara y repensara. Me gustaría ser filósofo".

"¡Bah! Esos lo embrollan todo. Lo que haces tú está bien; le da más color a la vida. Pero no saques el cuerpo ahora. Estamos por llegar. Habla".

"Pues... luego de oirte contar el regreso de los pilotos a la base, la tensión insoportable, las borracheras obligatorias, el apagón mental por el alcohol, cualquiera, creo, sería capaz de imaginarse esa causa. Sencillamente, tú llegaste a un punto de saturación y ya no aguantabas más. No sé, me imagino. ¿Era así?"

"Yo tampoco lo sé. Puede que fuera así. En los interrogatorios me lo arrancarán de dentro si dentro lo llevo. Es lo lógico. Pero los demás muchachos no hacen nada por el estilo."

"Muchachos. E sa es la palabra clave".

"Todos somos 'muchachos', 'the boys', todos, hasta los instructores de cincuenta pasados".

"Sí, pero los pilotos no tienen cincuenta años: tienen veinte. Tú eres un viejo comparado con ellos. Ellos no tienen mujer ni hijos. Con responsabilidades, la cosa cambia. A los veinte años se piensa en suicidarse - yo, por lo menos, lo he pensado cotidianamente - porque no se tiene la menor idea de lo que es morir".

"Ni vivir" agregó Pierre.

"Una cosa va indisolublemente unida a la otra. Pero tú tienes treinta y cinco años y quieres a la vida por todos tus poros. Y tienes ya un programa para el descenso a la madurez y la vejez: las rubias, el Vauxhall, la casa de campo, el "chef de cuisine", la biblioteca. Todo bien concreto. Esos otros muchachos... Una copa aquí, una mujer allá... Eso debe ser toda su vida. Y tienen la cocaína de los bombardeos para dar un tono más alto a ese simple existir".

"Heroína. Y o he probado las dos. Lo que se siente como emoción encima de los cañones antiaéreos se parece mucho más a un "shot" de heroína".

"Muy bien. Pues ahí lo tienes explicado todo... o casi todo".

"Si supiera que verdaderamente es así, estaría más en guardia y me defendería mejor en esos interrogatorios que me esperan".

"¿Pero por qué has vuelto?"

"¿Cómo que por qué he vuelto? Cuestión de honor".

Pierre se había tendido en su litera y tenía los ojos fijos en el techo del camarote, como Guy. Ninguno miraba al otro ni hacía el menor movimiento; sólo les faltaba un "block" de apuntes en la mano para parecer que se estaban psicoanalizando mutuamente.

"Honor. ¡El honor!" dijo Guy con lentitud. "¿Tú crees de verdad que hay mucho honor en tirar una bomba sobre una ciudad desconocida y matar a una mujer desconocida y a sus hijos, también desconocidos, que si no fuera por la guerra a lo mejor eran todos grandes amigos tuyos?"

"¡Qué cosas tienes!"

"Contesta".

"No, no creo que eso tenga nada que ver con el honor. Pero ese asesinato a ojos cerrados nos lo han impuesto los dirigentes de esa mujer, y ella lo aprueba; excepto un puñado de judíos escondidos aquí y allá, no hay en Alemania resistencia contra Hitler".

"Se puede siempre objetar por razones de conciencia".

"Y hay que ver cómo queda después tu nombre. Ni quiero pensar en el horror con que me miraría mi mujer".

"Entonces, te prefiere muerto... o loco".

"El mundo es así".

"Por eso tiene que cambiar".

"Pero primero hay que acabar con toda esta barbaridad".

"Una cosa va con la otra, Pierre".

"Así que tú querrías que yo fuera el hombre nuevo, ¿eh? El que está por encima del código napoleónico, de los convencionalismos, de la vieja idea del honor. (La "vieja idea del honor" pareció atragantársele, porque estuvo tosiendo un buen rato sin que Guy moviera un dedo por ayudarlo. Luego hizo dos o tres inspiraciones profundas). "¿No te he dicho que soy un burgués? Y a mucha honra. No es a mí a quien corresponde cambiar esas cosas".

"Ya las cambiará tu hijo".

"A lo mejor. A veces pienso en eso. Qué desastre. Pobre Jean-Loup; una vida sin rubias, sin Vauxhall y sin "chef de cuisine". ¡Catastrófico, chico!" Los dos rieron de buena gana. "¿Y tú?" preguntó el aviador luego.

"¿Yo qué?"

"¿Tú en qué estás? Mañana por la mañana saldremos de esta cárcel flotante. ¿Cómo sales tú? ¿En qué has estado pensando, si se puede saber?"

"Nada más que en el pasado. Mi pensamiento no me ha dado tregua, viejo. Y no he hecho más que recordar lo peor, como si quisiera lavarme de todo eso antes de poner el pie en Inglaterra".

"¡Qué bien dicho!"

"No me tomes el pelo. Es una idea completamente banal".

"No lo creas. Lavarse el pasado de encima, como quien se limpia las manos de sangre. Un gesto de rey antiguo. Si has podido hacerlo, te felicito".

Guy respondió con una leve risilla:

"Bueno, no es que yo tenga grandes culpas".

"No te ofendas, pero siempre, de todo lo malo que nos pasa, tenemos un poco la culpa" dijo Pierre mirándolo esta vez, en el momento en que Guy tenía un escalofrío.

"Tómate un trago, ten" agregó enseguida, extendiéndole el frasco de bolsillo en que siempre llevaba consigo algo de "whisky". Y al ver que Guy no se movía, añadió: "Si te vieras la cara, te tomarías lo que queda aquí de un solo trago".

Guy bebió sin ganas, concienzudamente, todo lo que pudo; se incorporó en la cama y dijo: "Todos hablan siempre de la terapéutica de los viajes, del supremo beneficio de cambiar de ambiente. Pensarán en los viajes de turismo, que desembocan en casita, en lo seguro. Jodido, pero seguro. Así, sí. Así juego. Uno se refresca, se olvida por un tiempo de todo, y vuelve con nuevos bríos a torear sus viejas culpas y a meterse en nuevas complicaciones. Los viajeros dicen que lo mejor del viaje es siempre la vuelta a casa. ¿Pero cuando no hay vuelta? ¿Y cuando no hay casa, qué?" Pierre rió. "Sí, tú ríete."

"Claro que me río. En el mejor de los casos yo vuelvo a mis misiones de bombardeo, Te las cambio por todas tus incertidumbres".

"Perdóname. Es que el viaje a lo desconocido, cuando dura tanto tiempo como éste, acaba por parecerse a la obra de Sutton Vane".

"¿Sutton Vane?"

"Sí. "Outward Bound", una pieza que recorrió el mundo hace doce o catorce años. ¿No la recuerdas?"

"No".

"¡Qué pronto envejece todo en el teatro! Fue un gran éxito de Londres y Nueva York. Y creo que Leslie Howard estuvo complicado en él. La cosa transcurre en un barco donde la gente se siente extraña, inquieta. Y se asombra, calladamente, de muchas cosas. Así como yo. Varios de ellos no saben por qué están allí, ni saben tampoco bien adónde van. Así como yo... casi".

"¡Qué tipo más exagerado!"

"Bueno ¿y qué? No intentes ahora hacerme renunciar a mis pocas vir-

tudes. Pero sigamos con la obra. Poco a poco va quedando en claro que el barco es simbólico y el viaje, infinito. Así se llamó la pieza en español: "El viaje infinito". Los viajeros están todos muertos y la tripulación parece compuesta por una sección administrativa del purgatorio o cosa así (el autor era inglés, y como tal, dejó la cosa en el aire).

"¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¿Y así te sientes a bordo: muerto?"

"No, pero tan sin rumbo, tan "outward bound", tan sin saber verdaderamente adónde voy, que a veces pienso que esto es igual que estar muerto. Dicen que los espíritus rondan contimuamente el lugar de su última vida. Después de este viaje, lo comprendo bien. Cuando no se tiene verdaderamente nada que hacer, uno mira hacia atrás ¡qué remedio! Pero como muerto a la S utton Vane me siento muy incómodo, te lo aseguro. Reviento de ganas de llegar; reviento de ganas de hacer algo, de trabajar. Quiero archivar esta película de una buena vez; al diablo con los recuerdos",

"¡Uy! Recién empiezas con ellos".

"¿Qué quieres decir?"

"Si de veras estás decidido a no volver, no te espantarás nunca los recuerdos de encima. ¿De qué puedes vivir afectivamente hasta que te adaptes a Londres? ¿Qué es uno sino la suma de lo que ha sentido y vivido, eh?" Mientras estés trabajando, santo y bueno; hay que concentrarse en lo que uno hace. Pero cuando lees en tu habitación, cuando tomas una copa esperando a alguien, cuando viajas en un subterráneo o en un ómnibus, o en los entreactos de una función de teatro - si vas solo - la película pasa y vuelve a pasar, siempre con escenas nuevas; nuevas porque uno las creía abandonadas en un cesto del cuarto de cortes. Esto, para usar una imagen que creo te será simpática. Y de repente resucitan donde sea, y allí mismo te hacen polvo. Y o lo sé bien;

cuesta un año dejar de ser ese tipo que vive de rentas de lo que pasó. También tiene que pasar un año para que entierres en un limbo especial todos los pequeños horrores nuevos: los "trifles" con jalea de paquete, los mejillones en vinagre, el "porridge", la cerveza tibia... y hasta la falta de bombas. Porque cuando caen bombas, todo se pone mejor. Un año. Si después de ese año has soportado la cerveza inglesa, la comida inglesa, la ingenuidad inglesa - que los hace admirarnos a todos nosotros los latinos mientras nosotros los odiamos, o por lo menos nos reímos de ellos, habrás empezado a hacerte una nueva vida".

"Si puedo trabajar, aguantaré eso y mucho más".

"Claro que podrás trabajar. Por las ondas de la BBC actúa - ¡qué más remedio! - cada voluntario analfabeto que tiembla la tierra.

"¡Ay! ¡Si fuera ahora! ¡Mañana mismo por la tarde! Estos últimos días han sido tétricos. Cuarenta días de cárcel ¡cuarenta días! Es increíble. Nos conocemos y no nos conocemos, como los matrimonios. Todos ¿te has fijado? actúan como si no nos fuéramos a ver nunca más".

"Bueno, por eso no te preocupes. En la mayor parte de los casos no pierdes mucho".

"No seas cínico. En las horas del ataque al convoy aprendí, gracias a casi todos ellos, varias cosas fundamentales".

"Me alegro, viejo".

"Pero sentiría verdaderamente no volverte a ver a tí".

"Me verás, pierde cuidado. Por lo pronto, si mañana tengo suerte, hemos quedado en vernos en la "brasserie" del Criterion a las seis. Y si no, más adelante. Aunque tenga un tiempo de encierro, yo puedo lanzarme en paracaídas sobre Francia o Bélgica y hacer "liaison" hablando con varios acentos locales. Conozco a mucha gente. No hay tantos en Londres que puedan hacerlo. Se servirán de mí... mientras sirva".

"Pero no pierdas nunca de vista las rubias y el Vauxhall. Ahí está

tu fuerza. Lucha por que no muera tu goce de vivir, una cosa que es tan importante como la libertad".

"¡Ajajá! ¿Quién es el elocuente ahora?"

"Es que quién sabe cuándo nos vemos. Y entenderse sin tener que dar demasiadas explicaciones, y saber que uno se entiende de entrada, es algo que yo necesitaba mucho desde que salí. Sólo lo he tenido gracias a tí".

"Pues en el 'Club Belge' de María en Park Lane, en cuanto me suelten, allí duermo siempre que estoy en Londres".

"Gracias. Mientras tanto, tragaré todo el teatro que pueda. Algún museo queda por ver todavía ¿no? Aunque no de pintura. Lástima. En nuestro culto Uruguay no hay un solo cuadro importante que ver en ninguna parte".

"Ahí sí caes mal. Aquí todo está escondido metros y metros bajo tierra. En la 'National Gallery' se muestra un cuadro - uno solo - de vez en cuando. Pero en el Victoria y Albert tendrás muchas cosas para deleitarte; una historia del traje, con ejemplos conservados de todas las épocas, cosas de historia natural, miniaturas isabelinas".

"Pero nada de eso espanta del todo los recuerdos. Maldito pensamiento mío, que tanta guerra me da".

"Nada de eso. Si los recuerdos no te saltaran ahora a la mente a cada minuto, serías un monstruo. Tienes que hacer cosas singulares en Londres; este es el momento; si no se hacen ahora, en medio de este caos, cuando casi nadie te conoce, ¿qué recuerdos te van a quedar para después?"

Guy rió.

"No sé lo que pueda ser singular aquí. En Montevideo, hace unos cuatro o cinco años, me puse una vez un sombrero de fieltro común y corrien

te con una plumita, como se han usado siempre en Estados Unidos. Y con él puesto tomé un ómnibus con destino al Cerro - barrio obrero por excelencia - que pasaba por mi casa del Prado. El ómnibus iba lleno de mis jornaleros. En cuanto me senté, la carcajada fue general. Pero como los comentarios eran bisbiseados y nadie decía en voz alta nada concreto, no podía ni quería darme por aludido. Y decidí desafiar esa risa cobarde que se escuda en el número - cobarde e inculta. la plebe, para mi gusto, raramente es noble, ¡qué quieres! Los campesinos, hasta cierto punto, son otra cosa. Algo parecido pasó en España, dice Amescua, al servírsele una República a un pueblo que no estaba en absoluto preparado para tal regalo. Obreros que nunca habían comido lo suficiente y que arrastraban una negra y lógica carga de resentimiento, al largarse a la calle sintiéndose amos, metían la mano en el escote a una mujer - dice él - sólo porque el marido llevaba cuello blanco y corbata. A uno le duele imaginar cosas así, uno que ha nacido y vivido empapado de democracia. Individualmente, los obreros son hombres, hombres como los otros, y en la ANCAP fui amigo y consejero de docenas de ellos. Pero colectivamente, y frente a algo insólito, nunca se sabe qué esperar de ellos. Por eso para mí no hay clases, sino individuos".

"¿Y qué pasó?"

"La chica que iba sentada a mi lado cambiaba de color a cada ola de risa: sin mirarla yo lo sentía; creería que yo no tenía vergüenza ni honor ni hombría. Pero ¿quién sale a luchar con 50 energúmenos que se sienten superiores y graciosos porque forman un grupo unánime? Gary Cooper... y eso ante las cámaras de la "Paramount" y a sueldo. Si yo les hubiera dirigido la palabra, no sólo habría arreciado aquella risa soez, sino que quizá habría habido insultos. Y con los insultos, la obligación de golpear, la cosa que yo más odio. Golpear era poco; los habría matado a todos, sentimiento vergonzante. Fue horrible. Pasados cinco minutos, me levanté y los miré fijo en los ojos, por lo menos a los que tenía

frente a mí al salir. No sé qué clase de odio o desprecio habría en mi mirada, pero las risas se fueron acallando, y sólo se produjo un nuevo estallido una vez que hube bajado del ómnibus (nadie me siguió). Y pensar que dentro de cinco o seis años toda esa pobre gente ignorante, que se cree la sal de la tierra a fuerza de habérselo dicho tantos poetas ilusos, andará con una plumita en el sombrero exactamente igual a la de aquel mío (que me habían traído de Nueva York). Pero lo que yo sentí aquel día: el fuego por dentro, la rabia, la vergüenza de ser uruguayo, la vergüenza de ser hombre, me convenció de que nunca habrá un mundo unido, ni comprensión internacional, ni nada. Si no se comprende que alguien distinto pueda llevar una plumita en el sombrero, ¡cómo se van a comprender otras religiones, otras actitudes sexuales, otras maneras de educar a los propios hijos! Lo que he venido a hacer aquí - ayudar a las Naciones Unidas en la prédica de un mundo nuevo - hay que hacerlo: pero tengo mis graves sospechas de que es lo mismo que ladrar a la luna".

Pierre, luego de sacudir la cabeza, lanzó un silbido expirando el aire como quien ya no puede más. La puerta del camarote se entreabrió y Frank asomó por última vez su inolvidable nariz pinocchiesca.

"Mira" dijo el belga a Guy en español, "mira a este hombre, la "faccia tosta" de la realidad; mírate y declárate contento con el mundo que nos ha tocado en suerte. Pese a todo".

"Hmm. Eso tendré que verlo todavía. ¿Te parece tan buena la realidad? ¿A tan pocas horas de la llegada?" No siguió. No podía tratar ya con ironía a Pierre. Aparte su cordialidad, su generosidad, su señorío, Pierre tenía misterio; era el único personaje misterioso con que Guy se había tropezado hasta entonces. Y el misterio, con la alta calidad estética, eran las dos únicas cosas que le inspiraban un respeto instantáneo.

. . .

Al salir Guy a cubierta empezaba recién la limpieza del bar y la del "lounge".

El relato de Mildred y la escena con David Coryton le golpeaban todavía el corazón, y los dos con sentimientos de furia y pena al mismo tiempo. Uno y otro episodio lo comprometían, lo hacían ver qué lejos estaba el dulce despego del comienzo del viaje, qué poca paz podía tenerle reservada la vida a un hombre sensible como él.

Sabía que, sin ir más lejos, este otro mundo anglosajón lo aceptaba por lo que anunciaba su aspecto, en el que no veía nada de chocante, como en la aldea montevideana; y si lo aceptaban tendría que llegar el día en que se aceptara él también. Pero aceptarse era entrar en el juego completo; abrir las esclusas de su inocencia, de su castidad, de aquel arte refinado con que había ido postergando la madurez, y dejar que entrara una oleada de la pasión humana que había venido sorteando y esquivando mientras se entregaba en cuerpo y alma a su otra pasión, la del duelo con Montevideo. "¡Ah, ser un hombre común y corriente, un personaje anónimo!" había gritado por dentro muchas veces. Pero ahora la idea lo daba pánico. El ser extraordinario de Montevideo podía ser un habitante común y corriente de Londres. Si así lo reconocía él ¿dónde irían a parar su brillo, su estilo, su neurosis creadora? Una vez perdido el "élan", la falsa confianza que da el actuar, ¿dónde quedaría su apetito de triunfo?

De detrás del bar surgió Collins con la segunda botella de "champagne" y dos vasos. "En su camarote, milord" le dijo con un guiño y una carcajada.

En camino al camarote, de donde Pierre había sacado ya su equipaje, los dos tropezaron con caras descaecidas y macilentas. Evidentemente, el jugo de granos de café que se servía a bordo con el nombre de café no había servido de antídoto contra la borrachera general, y el "shock" orgánico gracias al cual ésta instala una paz precaria en el vago y en el simpático había perdido momentáneamente todo prestigio. Al ver la botella y la expresión resuelta de pasajero y "steward" todos se volvían diciendo con cómica exageración: "¡Estos van a seguir! ¡Uy, no! ¡Uy, no!"

"Yo tengo nada más que unos minutos; a Vd. le sobra el tiempo" dijo Collins al entrar en el camarote. "No atracaremos antes del almuerzo ¿sabe? Pero el bar no abriría aunque el pasaje lo asaltara; anoche se bebieron todo, hasta la última gota".

"Que les aproveche".

"Podrían haber dormido toda la mañana; no se ve otra cosa que gaviotas y niebla. Pero el hombre es un bicho impaciente. ¿Ha visto Vd. cómo la gente se empuja siempre para entrar o salir antes que los demás?"

"Excepto yo".

"Ya lo sé. Por eso es Vd. un "lord".

El taponazo de la botella suplió festivamente la risa que Collins habría querido producir en ese momento. Pero fue una risa sin eco de espuma: de la botella se escapó solamente un corto vaho de niebla carbónica. Guy, especialista en bañar a sus amigos en "champagne", admiró la destreza profesional del "barman".

"Si se me permite expresar un deseo un poco extraño..." dijo, levantando su copa llena."Hacia el final de su licencia ¿no sería factible que pisara una cáscara de banana y se rompiera algún hueso de una pierna? Un par de meses más de descanso no le vienen mal a nadie".

"Espero que no sea un deseo, sino una sugerencia, sir. Yo la tendría en cuenta si en el hospital de la Royal Navy la comida no fuera peor todavía que en este barco".

"Lo siento. Siempre hay pegas para todo".

"Y si la pruebita no me saliera muy bien, hay que pensar en la carestía de sillas de ruedas. En la guerra falta de todo". Rieron. "Perdóneme por apurar mi copa, cosa que no se debe hacer con el "champagne". No debía haber venido, milord, pero un trato es un trato; teníamos que bebernos juntos la segunda. Además, no queda mucho de este oro líquido por esos mundos; por ahora sólo lo consumen diariamente la Wehrmacht y sus amigos".

"Aprecio la distinción que me ha hecho, Collins; sé el lujo que esto es, y brindo por la vuelta del oro líquido a este puto mundo".

"Vd. lo ha dicho, milord".

"¿Sabe que a mí me destetaron con "champagne"?"

"No habría esperado otra cosa de Vd.".

"Mi padre era socio de una casa que lo importaba".

"Cuente lo primero, pero no lo segundo. Conviene siempre contar una parte de la verdad ¿no?; pero nada más que una parte".

"¿Eso hacen los ingleses?"

"Nosotros no contamos absolutamente nada a nadie, partiendo del principio de que no hay que dar la lata a los demás".

Guy llenó otra vez el vaso del "barman" y el suyo.

"Collins, es posible que Vd. se ría, pero para mí llegar a Inglaterra es una ocasión solemne. Hora de purgarme del peor de mis vicios uruguayos". Collins levantó las cejas cómicamente. "Un vicio bastante serio ¿sabe? Yo... yo siempre adorno la verdad espontáneamente; la hincho, la transformo. No invento una mentira completa, pero maquillo la verdad hasta que a veces no la reconoce ni su madre".

"Milord, simplemente, no puede con su imaginación de escritor".

"Gracias, pero no es eso. En el Uruguay todos, prácticamente, hacen como yo, y no porque no puedan con su imaginación, sino porque no pueden con la realidad. Pero en Inglaterra yo tengo que hacer un esfuerzo por reconocer la realidad, por registrarla".

"¿Para qué?"

"Hombre, para... para..." Guy explotó en una risa a borbotones. "Qué ocurrencias tiene, Collins".

"Me parece extraordinario que Vd. se preocupe por eso, cuando la gente se pasa la vida cerrando los ojos a la realidad".

"No sé si Vd. habla de lo mismo que yo. Pero le voy a poner un ejemplo. Aquella tarde del primer ataque al convoy, cuando el torpedo rebotó contra el casco a estribor y Vd. se me cruzó un segundo después en cubierta ¿recuerda?..."

"Perfectamente, milord".

"Yo le pregunté qué pasaba y Vd. dijo "Action station, sir".

"Exacto. Y Vd. me contestó: "¿Y eso es todo? Bah". Lo recordaré toda mi vida. Es una anécdota que circulará mucho por ahí. "Más inglés que los ingleses", diré yo cuando hable de Vd."

"Yo lo dejé decir eso e hice mal. No es cierto, Collins. Lo que Vd. ignora es que yo no sabía en absoluto qué quiere decir "action station". Como desconozco miles de cosas en inglés".

"¿Y quién le dijo a Vd. que el torpedo había rebotado contra el barco?"

"Nadie. Yo mismo vi el torpedo. Lo vi venir y lo vi rebotar. La explosión del petrolero la sentí al bajar a mi camarote".

"Y entonces ¿qué diferencia hace que entendiera o no mi frase?"

"Toda la diferencia del mundo. Lo que vi no lo pude creer, no quedó registrado en mis emociones, eso es todo".

"Pues si mis compatriotas guardan la calma es porque tienen esa misma inconsciencia del peligro. Sólo les da miedo morir cuando están ya muertos, si me permite la expresión". Guy volvió a reir sin ganas. "No todos, desde luego; a mí no me cuente Vd. en la lista".

"Pero Collins, si yo hubiera entendido que Vd. decía "zafarrancho de combate" me habría sentido sacudido, y quién sabe cuál habría sido mi reacción."

"Ah, milord! ¡La virtud de las palabras! Esa frase la ha oído Vd. veinte veces en el cine, estoy seguro. Pero algo le hizo no entenderla. Algo le hizo también ver el torpedo y no enterarse. Francamente, no me parece tan grave que Vd. y la realidad mantengan relaciones equívocas, milord. ¡Cuántos refugiados europeos en Londres pagarían ahora mismo cientos de libras por estar en su piel!"

"Pero yo no creo que convenga tomarlo todo a broma".

"Ni tampoco demasiado en serio. Y perdóneme; me tengo que ir". Sin más ceremonia, el camarero tomó la copa vacía de manos de Guy. "Ha sido un verdadero placer conocerlo. Hasta otra reencarnación, milord".

Le apretó la mano y salió con ese andar de gorrión cauteloso que tenía. Guy quedó riendo, pero con la sensación de que algo trunco estaba suspendido en el aire; una sensación que, con su natural teatralidad y su pasión por los discursos, los "criollos", de haber ocupado el lugar de Collins, no habrían permitido nunca que se produjera.

Solo y tranquilo por fin - más tranquilo de lo que se imaginaba - trabajó en su camarote más de tres horas.

xxx

A almorzar no bajó casi nadie. Peter Clark estaba ya tomando su postre cuando él llegó a la mesa. Dos minutos después sólo había quedado allí el diplomático enfermo, que con voz estereofónica dijo desde el otro extremo de la mesa:

"Le deseo buena suerte, señor. Me ha entretenido mucho escucharlo. Y hasta creo que me ha mejorado un tanto".

A Guy se le atragantó la cerveza. Su "gracias" quedó disuelto en un tiroteo de to-

ses. Y el fantasma gris logró cobrar acento y ganar hasta un "close-up" en la película del viaje, que quizá estuviera entrando ahora, completa, en la cuarta dimensión.

A las dos de la tarde el "Talk of the Town" se hallaba todavía cierta distancia del puerto. Una lancha depositó a bordo a media docena de personajes descuidadamente vestidos, de caras rojas y graves, que se encerraron con el Capitán en su cabina por espacio de una hora larga. Los pasajeros ya no tenían más paciencia. La noche anterior se habían despedido nabucodonosóricamente unos de otros; reanudar el tono de guía Baedeker y té en la vicaría parecía ridículo después de aquella bacanal. Todo lo que habrían querido los más era bajar directamente de su camarote al muelle sin despedirse de nadie. Pero no había tiempo siquiera para recomponerse una expresión menos dilapidada antes de enfrentar a los oficiales de la inmigración y de las aduanas.

Las ruidosas gaviotas recordaron a Guy la excursión por el Támesis de una película de Conrad Veidt, "The Passing on the Third Floor Back"; la espera en cubierta, entre la niebla que los comía su resto de color a aquellos rostros de cera, a la llegada a Londres del revolucionario de Graham Greene en "Confidential Agent". Europa había sido un sueño de celuloide para él; pero ahí tenía enfrente la desnuda, la desnudísima realidad.

Liverpool. Los aviones alemanes habían afeitado todos los almacenes de los "docks". Pocos ladrillos del esqueleto de las construcciones quedaban en pie; lo demás era un terreno baldío bien nivelado - en 24 horas se retiraba todo resto del derrumbe de un edificio - y sólo la maleza nueva, de un verde tierno, se empeñaba en componer un boletín de vida para negar aquella victoria del enemigo. Otro boletín, afortunadamente bien cierto, se iba propagando por la cubierta como una súbita transmisión oral e iba levantando el bajo tono de casa de reposo que la borrachera imponía a los pasajeros:

"El 'Afrika Korps' de Rommel se sigue retirando a Egipto con todo el equipo. Ha perdido casi todos sus tanques y lleva a miles de italianos consigo. Los ingleses han tomado 9.000 prisioneros y siguen a las columnas alemanas, que huyen en desorden. Esta vez sí que le han cortado la cola al zorro de Rommel."

Guy fue a llevar la noticia a Mildred al verla aparecer por fin en la cubierta de

babor con tres de sus voluntarias. Estaba demacrada, pero la alegría le iluminó el rostro y lo transformó. Hubo abrazos y vivas que en medio de aquel silencio gris fueron como luces de bengala, pero en cubierta, como en todos los rincones del barco, se instaló enseguida en los ánimos la helada neblina portuaria de Liverpool, aquella enfermedad del aire que Guy no conocía y que daba a los pasajeros la traza de quienes llegan en un "Black Maria" a las puertas de la cárcel.

"¿Nos querremos tanto sin saberlo? Miren un poco en torno nuestro. Qué caras. Qué tristeza. Ni que regresáramos a cumplir una condena de trabajos forzados después de una jira por el Caribe en el "Queen Mary" exclamó Guy. Y la matrona de los ojos verdes, bajando el tono:

"Algo de eso hay, por lo menos para los que vamos al Ejército".

"Pero el orgullo de esa decisión les tendría que estar reventando a todos en la mirada".

"El orgullo nosotras lo tomamos con una bolsa de agua caliente y una taza de té" dijo Betty con una voz que el alcohol había hecho momentáneamente masculina: Al disiparse las risas, Mildred siguió con su murmullo:

"Guy, en nuestro camarote no durmió nadie anoche. Y las chicas me dieron una guerra terrible para que preguntara al vasito si algo bueno las esperaba en Inglaterra. ¿A que no adivina la respuesta? Fue una sola palabra".

"Hell?" dijo Guy por decir algo.

"Exacto: el infierno. Y como todas creen en esos mensajes, no espere aquí sonrisas radiantes".

"Pero en cambio el espíritu - o lo que sea - venía cargado de mensajes para los hombres" anunció Betty. Guy interrogó con la mirada a Mildred, que hizo un movimiento imperceptible con la cabeza:

"A Vd. lo ven bien metido en acciones de guerra. Y en uniforme. Pero no hasta dentro de dos años".

"¿Tanto durará la cosa?"

"Quijote completo" dijo ella con una leve sonrisa, "pero Quijote 44".

"Para eso tendrá que ocurrir un milagro".

"Parece también que verá mucho a Amescua, que tendrá mucho que ver con él".

"¡Qué suerte!"

"Pero eso no es nada" exclamó Betty. "Va a encontrar dos amores en Londres, uno alegre y otro trágico. ¿Qué le parece?"

La risa de las chicas explotó con la esplendorosa estupidez con que explota en la gente joven e hizo que Guy agradeciera una vez más al destino el no haber tenido nunca una verdadera juventud.

"¿Y qué pasa con Pierre?"

"Pierre - dice al vasito - queda aquí en Liverpool: un interrogatorio de semanas y semanas".

"Enseguida veremos si es verdad".

"Y al contraalmirante le va muy bien este año, pero después no hay nada que anunciar; no lo ven ya sobre la tierra".

Apoyándose en el hombro de una enfermera, pasó junto a ellos en ese momento el espectro de Tom Beaden. La cara era una testa griega de escayola que alguien hubiera limado aquí y allá y embadurnado luego con pintura color sepia. Más inexplicable todavía que aquellas manchas era la sonrisa que dedicó él a Guy y el orgullo con que mostró, levantando la tela con el índice y el pulgar, la camisa de seda "beige", que se había puesto para desembarcar.

Guy le estrechó una mano con las dos suyas y le dijo: "Escríbeme al Consejo Británico".

"Depende del sitio en que me metan ahora" dijo el dios cockney con una indiferencia superior todavía a la de antes. "Pero ya caeré por Londres. Croma Ni-ve-a. Lo mejor para su cutis. Ni-ve-a" y se alejó con un guiño que parecía un tic.

Unos segundos después dos voluntarios de tercera parecieron someter a Guy a un cacheo policial en la brusquedad y multiplicidad de sus abrazos. Las acompañantes de Mildred fruncieron la nariz. Y el árabe del conato de oreja le dijo con otro guiño que parecía toda una decisión: "Si desertamos, iremos a Londres a vivir a costillas tuyas".

El barco había sorteado ya las últimas minas - siempre había alguna nueva o alguna que escapó antes a los detectores - y se acercaba más y más al muelle. Armenia arrasada; las aldeas belgas deshechas por los obuses alemanes en la primera guerra mundial; Guy acudió a todo su archivo del desastre, pero en las visiones retenidas por su mente salía siempre algún árbol de pie, algún niño llorando, alguna cosa viva. Este era un prado de Kafka del que se había expulsado al sol y donde el amor parecía terminantemente prohibido. Aun así, con su quebranto de guerra y borroso por las sucias aguas del invierno, Guy lo reconoció; en el fondo de su alma lo reconoció. Era Inglaterra. Guy había estado aquí en otros siglos y otras aventuras; este lugar formaba ya parte de sus huesos.

Nuevas soledades lo esperaban en él,pero también nuevas fortalezas. La cuarentena del viaje terminaba como un largo sueño, y ahora veía su penosa vida de Montevideo como el prólogo necesario a esta vida por venir. Aunque las voces, los olores, el color del pasado, las solicitaciones de todo cuanto había querido o lo había querido a él llegaran a ser todavía más intensas en Londres que en los últimos días de aquel encierro, valdría la pena soportarlos. Inglaterra reconocida; Europa como una médula en sus huesos; esperanza y promesa. ¿Dejaría de ser el triste niño de agua y verbo entrecortado, el niño disfrazado de hombre cuya risa de Júpiter capitolino "tendría que haber estado prohibida por decreto municipal", como había dicho una vez el gerente de un cine montevideano? Si dejaba de serlo en alguna parte, sería aquí, donde el drama era colectivo y casi anónimo.

Una camilla llevada por dos hombres pasó junto a él con un soldado sano, fuerte, que reventaba de juventud y, en ese momento, de risa. La siguió otra donde llevaban al "viejo chivo", más consumido que antes si cabe. Steer dio orden a los soldados de que lo detuvieran frente a Guy. La piel pegada al hueso parecía haberse afinado todavía más en aquellos diez días de confinamiento y estaba tan blanca que el hueso era casi hueso desnudo. Pero el Capitán obsequiaba sin cesar al aire con su agónica sonrisa de calavera.

"Anótate esta" dijo a Guy. "Ted vuelve con las dos piernas amputadas. ¿Y sabes

de qué se ríe tanto? De que yo le he dicho: "Podrás jactarte de regresar, pero no podrás decir que vuelves a poner los pies en tu tierra".

Aquel tipo brutal de "humour" lastimó a Guy. Lastimado y todo, ensayó una sonrisa; pero Steer no notó ni su repugnancia ni su esfuerzo, y siguió: "He pedido que me manden a una clínica de cirujía estética. A ver con qué me rellenan un poco la piel para el reencuentro con mi chica".

"A ella eso no le importará mucho".

"El físico importa mucho en el amor" replicó Steer. Si se miraba el rostro de donde salía, aquella era la declaración más fantástica del viaje. "Pero no te preocupes; tengo cuerda para rato. Y oye, chico; no seas tan duro con tu país ¿quieres?"

"Todos lo somos. El día en que los uruguayos empecemos a chapotear en las aguas turbias del nacionalismo, adiós país".

"Pero cuando llegues a Londres no le ofrezcas a nadie ese juicio; aquí nadie sabe cómo son los uruguayos. Y un mes después la nostalgia te hará convertir tu tierra en un paraíso. En vez de ponerla por las nubes entonces - yo sé de qué te hablo - perdona ahora a tu país si ha sido duro contigo; perdónalo." Y dirigiéndose A los enfermeros: "No se quejarán de que no les doy oportunidad de ejercitar los músculos sosteniéndome aquí, ¿eh? "

"Buena suerte, viejo chivo. Buena suerte... y mucho brío para el amor" se limitó a responder el uruguayo.

Steer volvió a soltar el trapo de la risa, y sólo lo detuvo el beso que Guy le dio en la frente. La camilla siguió. Al volver a su lugar en la borda, el viajero tropezó con David Coryton.

"¿Me perdona?" le dijo el chico con los ojos rojos y una sonrisa gris, como el aire. Otra vez la palabra perdón, la idea del perdón. Evidentemente, estaba lejos de Montevideo.

"No hay nada que perdonar" contestó Guy con voz serena.

"Sí, sí; mi torpeza. Yo sé bien que lo he asustado. Dos veces he estado con Vd. y las dos me he ido a los extremos. O el alma, y nada más que el alma... o el

cuerpo. No era así como quería que nos conociéramos. Perdóneme. Me han preparado para el más allá... pero del más acá no sé casi nada. Y así he perdido su estima; lo he perdido como amigo".

"No exagere. Adiós. Buena suerte" le dijo Guy estrechándole la mano y cortando la despedida cuando vio que al muñequito de azúcar le empezaban a temblar los labios. Volvió junto a Mildred y miró nuevamente el muelle. Por una esquina aparecieron, escobillones en mano, unas quince mujeres con guardapolvos grises y trapos de colores indefinidos atados a la cabeza a guisa de turbante. Eran también de Kafka, pero pronto desmintieron su prestigio de friso mortuorio lanzándose a cantar a grito pelado "Roll Up the Barrel" y levantando sus escobas en señal de saludo al barco victorioso frente a los submarinos enemigos. Ellas sabían muy bien qué terribles estaban siendo las derrotas en esas semanas.

Más vida y alegría, más clarines de triunfo de los que había en sus risas y sus gritos, no podrían haber esperado nunca los pasajeros del "Talk of the Town". El barco estaba completamente hundido en el silencio, penetrado por la emoción de tanta pobreza mezclada con tanto bailoteo popular y tanta risa de los reaños. Pero en cuanto terminó su canción, una voz aguda, casi de falsete, atravesó el cristal de aquel silencio gritando desde la cubierta:

"¡Viva el Partido Comunista!"

Era Adolfo Cortés. Las mujeres se desataron en "hurrahs". Lo mismo habría ocurrido si el arquitecto hubiera gritado: "¡Viva los Alcohólicos Anónimos!" o "¡Viva Chaim Weizmann!"; a esa distancia toda frase era indistinguible. Pero él se espejó, sonriente, y una vena del cuello se le hinchó mientras decía:

"Gran país. Gran país. Justo lo que yo esperaba".

Cazorla - París - Puerto Pollensa - Sète,

Agosto 1967/ Agosto 1968.